

Obras Maestras
del Siglo XX

74

Leonardo Sciascia

El archivo de Egipto



Origen-Seix Barral

Título original: Il Consiglio d'Egitto
Traducción de Ana Goldar

TÍTULO DE ACERDOS SOBRE LA UNIVERSIDAD

U. N. A. M.

PROCEDENCIA

ASIGNATURA

PQ 4879
- 257
CG512
1935

Traducción cedida por
Editorial Planeta, S. A.

Dirección del proyecto: R.B.A. Proyectos Editoriales, S. A.

1983, edición española
Colección: Obras Maestras de la Literatura Contemporánea
Editorial Seix Barral, S. A.
Córcega 270, Barcelona 8, España

1985, coedición mexicana
Colección: Obras Maestras del Siglo XX
Editorial Seix Barral, S.A.
Córcega 270, Barcelona 8, España
Editorial Artemisa, S.A. de C.V.
Av. Cuauhtémoc No. 1236, 4º piso
03600 México, D. F.

ISBN 968-22-0097-0
ISBN 968-22-0022-3 Obra Completa

Impreso en México
Printed in Mexico

Nous la voyons en vérité, comme des Tulle-
ries vous voyez le faubourg Saint-Germain; le
canal n'est, ma foi, guère plus large et pour
le passer, cependant nous sommes en peine.
Croiriez-vous? S'il ne nous fallait que du vent,
nous ferions comme Agamemnon: nous sacrifi-
ferions une fille. Dieu merci, nous en avons de
reste. Mais pas une seule barque, et voilà l'em-
baras. Il nous en vient, dit-on; tant que j'aurai
cet espoir, ne croyez pas, madame, que je
tourne jamais un regard en arrière, vers les
lieux où vous habitez, quoiqu'ils me plaisent
fort. Je veux voir la patrie de Proserpine, et
savoir un peu pourquoi le diable a pris femme
en ce pays-là.

COURIER, *Lettres de France et d'Italie*

CEU 8367

PRIMERA PARTE

I

El benedictino pasó un manojillo de plumas multicolores sobre el canto superior del libro; su carota redonda sopló, como la del dios de los vientos en las cartas marinas, para disipar el negro polvo. Abrió el libro con un estremecimiento que, dadas las circunstancias, parecía delicadeza o indecisión. La luz, que caía oblicua, desde la alta ventana, sobre el folio color arena, otorgó relieve a los caracteres: una cuadrilla grotesca, aplastada, seca, de hormigas negras. Su excelencia Abdallah Mohamed ben Olman se inclinó sobre esos signos. Su mirada habitualmente lánguida, aburrida, fatigada, había adquirido vida y agudeza. Un instante más tarde se erguía, para rebuscar con la mano derecha por debajo de la túnica. Extrajo una lente montada en oro, entre piedras verdes, que semejava una flor o un fruto adherido a un sutil sarmiento.

—Un arroyo congelado —dijo, mostrándola. Sonreía; acababa de citar palabras de Ibn Hamdis, el poeta siciliano, en homenaje a sus huéspedes. Pero, a excepción de fray Giuseppe Vella, nadie allí sabía árabe y fray Giuseppe no estaba en condiciones de comprender la gentil significación que su excelencia

había querido otorgar a la cita, ni tampoco de pecatarse de que se trataba de una cita. Y así fue como tradujo el gesto, no las palabras:

—La lente, necesita la lente.

Ya esto lo había comprendido por sí mismo monseñor Airoldi, que esperaba, emocionado, la respuesta de su excelencia acerca de aquel códice.

Su excelencia había vuelto a inclinarse sobre el manuscrito. Movía la lente como si dibujara vacilantes elipses. Fray Giuseppe entreveía cómo aquella escritura brincaba dentro de la lente y, antes de que tuviese tiempo de interpretar siquiera un signo, lo veía caer una vez más, desflecado, sobre el folio carcomido.

Su excelencia volteó el folio. Se detuvo en un examen minucioso. Murmuró alguna palabra. Volteó otros folios, de prisa, recorriéndolos apenas con la lente; sobre el último, en el que refulgían diminutos gusanos de plata, se detuvo.

Luego de enderezarse, dio espaldas al códice: la mirada ya se le había apagado.

—Una vida del profeta —dijo—, nada sobre Sicilia. Una vida del profeta como muchas otras.

Fray Giuseppe Vella se volvió hacia monseñor Airoldi con la cara resplandeciente.

—Su excelencia dice que se trata de un precioso códice: no existen otros similares incluso en sus países. Aquí se narra la conquista de Sicilia, los hechos de los tiempos de la dominación...

Monseñor Airoldi enrojeció de alegría y pidió, con un balbuceo emocionado:

—Pregunta a su excelencia... Eso es, pregúntale si, en la forma, se asemeja a la *Crónica de Cambridge* o al *De rebus siculis*, digamos...

El capellán Vella no era hombre que se desazonara frente a una pregunta tan vaga; estaba

preparado para algo muy distinto. Giró para enfrentar a su excelencia:

—Monseñor se siente desilusionado al saber que este códice no toca asuntos sicilianos. Pero desea tener noticia de si otras vidas del profeta, similares a ésta, pueden hallarse en Cambridge o en otros lugares de Europa.

—En nuestras bibliotecas existen muchas. No sé si las habrá en Cambridge o en otros lugares de Europa... Me apena haber ocasionado esta desilusión a monseñor. Pero las cosas son tales como son.

«¡Ah, no! ¡Las cosas no son tales como son!», pensó fray Giuseppe y tradujo para el prelado:

—Su excelencia no conoce el *De rebus siculis*, como es natural...

—Ya, es natural... —respondió monseñor, con aire confuso.

—Pero sabe de la existencia de la *Crónica de Cambridge*... Este códice es, según dice él, algo distinto; se trata de una recopilación de cartas, de relaciones... Documentos de gobierno, en una palabra.

La idea de poner el embrollo en acción se le había ocurrido al capellán Vella tan pronto como monseñor Airoldi había propuesto el paseo hasta el monasterio de San Martino. Allí, había recordado monseñor, se guardaba un códice árabe, llevado a Palermo un siglo antes por don Martino La Farina, bibliotecario del Escorial. Y no se presentaría otra ocasión mejor para enterarse de cuál era el contenido de aquel manuscrito: un árabe que sabía de letras y de historia, un intérprete como Vella...

Abdallah Mohamed ben Olman, embajador de Marruecos en la corte de Nápoles, se encontraba en Palermo, en ese mes de diciembre de 1782. Una tempestad había hecho naufragar en las costas sicilianas el barco en el que se dirigía hacia su tierra

marroquí. El virrey Caracciolo sabía muy bien cuánto interés alimentaba el gobierno de Nápoles por las relaciones con el piratesco mundo árabe. De modo que obró en ese sentido, con aparente cortesía: en cuanto tuvo noticias del desastre, envió sillas de mano y carrozas, acompañadas de adecuada escolta, para que auxiliasen al embajador que se hallaba, desolado, sobre la playa, entre sus bultos y equipajes. Pero en el mismo instante en que el embajador marroquí arribó a palacio, el virrey advirtió que era imposible comunicarse con él: no sabía francés y tampoco hablaba napolitano. En forma providencial, alguien le sugirió que enviase por aquel capellán maltés que vagaba por la ciudad, siempre solo, siempre enfadado, sin que se supiese qué azar lo había arrojado a la feliz ciudad de Palermo.

Los *volantes* enviados en busca de Vella escudriñaron toda la ciudad, puesto que en casa de la sobrina que lo hospedaba se podía hallarle en la noche o durante las horas de las comidas. El resto del día lo pasaba fuera, en general, ocupado en la doble profesión de capellán de la Orden de Malta y de *numerista* de la lotería. De esta última actividad obtenía lo superfluo, en tanto que la primera le brindaba lo necesario. Así pues, no las pasaba tan mal, sólo que aún no se hallaba en condiciones de liberarse de la hospitalidad de su sobrina. Hospitalidad espinosísima, con media docena de niños que parecían salidos de la boca del infierno y un jefe de familia, marido de la sobrina y padre de aquellos niños, ocioso y borrachón.

Uno de los *volantes* logró encontrarlo, por fin. Estaba en la tienda de un carnicero, en la Albergaria y se hallaba empeñado en interpretarle un sueño bastante confuso. Porque, más que *numerista*, el capellán era un intérprete de sueños: de los sue-

ños que le relataban surgían los elementos que él reunía con una cierta coherencia narrativa y las imágenes que en la narración tenían mayor importancia, se convertían en números. Y no era empresa fácil reducir a cinco números los sueños de la gente de la Albergaria y del Capo, que eran los dos barrios a los que limitaba su actividad. Sueños aquellos sin fin, como las historias de *l Reali di Francia*; sueños que se descomponían en un caos de imágenes, que fluían en mil arroyuelos sombríos. En el que el carnicero le estaba relatando, en el momento de la llegada del *volante*, aparecían nada menos que un cerdo que reía, el virrey, una vecina, una comilona de cuscús y... Estos eran los elementos que el capellán había logrado extraer de aquel formidable sueño.

Vella escuchó el recado del *volante* y le pareció de buen augurio que el llamado del virrey le llegara en instantes en que se encontraba a punto de adjudicar un número al virrey que había soñado el carnicero.

Al *volante* le aseguró:

—Iré de inmediato —y se volvió hacia el carnicero—: ¿al virrey lo has soñado en forma pública o privada?

—¿Cómo? —preguntó el carnicero.

—Quiero decir si lo has visto con su corte, en la calle, o estaba solo.

—Lo he soñado frente a mí, él y yo solos.

—Virrey 11... Cuscús 31... El cerdo es el 4...

—Pero el cerdo reía —señaló el carnicero—, reía a carcajadas.

—¿Y lo veías reír o sólo le oías?

—Pues, ahora que lo pienso, me parece que cuando comenzó a reír he dejado de verlo.

—Entonces agregarás el 77... y el 45 por la vecina.

Hizo un gesto al *volante* y se encaminó hacia la puerta.

—Padre —gritó el carnicero—, os habéis olvidado de aquello.

—Si de verdad quieres incluirlo, el 80 —respondió el capellán, ruborizado—. Pero los números han de ser cinco: tendrás que quitar el 80 o el 77.

—El 80, no —afirmó el carnicero.

El capellán se marchó, mandando al diablo a su cliente.

El virrey tenía los nervios excitados. El capellán no dispuso del tiempo necesario ni siquiera para inclinarse; de inmediato se halló casi en los brazos del embajador de Marruecos, empujado por el apremiante Caracciolo.

—No me digáis que no sabéis árabe —bromeó con tono ácido el virrey— u os enviaré a la Vicaría.

—A decir verdad, un poco de árabe, sé —respondió don Giuseppe.

—Magnífico... Llevad, pues, a pasear a este hombre; le daréis todo lo que os pida, le contentaréis en cada deseo, en cada capricho: mujeres de mala vida o damas de alta alcurnia.

—¡Excelencia! —había protestado fray Giuseppe mientras señalaba la cruz jerosolimitana que llevaba sobre el pecho.

—Habréis de quitársela. Hasta podéis ir vos también con mujeres. Apuesto a que no os resultará una cosa nueva —había contestado el virrey, con la cara iluminada por una sonrisa maliciosa.

Unido a Vella como un ciego a su guía, a partir de aquel momento, el embajador no había pedido mujeres, por fortuna. A pesar de ello, su mirada lenta y viscosa se deslizaba como la miel sobre los escotes de las damas. En cambio, había requerido

ver todo lo que de origen árabe existía en Palermo. A partir de esta exigencia, en la medida en que fray Giuseppe podía satisfacerla, dando unas veces en el sitio exacto o equivocándose otras, nacía el humor general de la jornada. Fue un hecho feliz que monseñor Airoldi, con su gran amor por la historia siciliana y por las cosas de origen árabe, interviniese para convertirse en guía del embajador, siempre con la mediación de fray Giuseppe como intérprete. Incluso monseñor había convertido el deber del capellán en una circunstancia placentera; lucrativa, por cierto, ya lo era desde el comienzo. Las noches transcurrían, dulces, entre hermosísimas mujeres, el delicioso encanto de las luces, sedas, espejos, músicas suaves y cantos melodiosos, sumados a las delicadezas culinarias y a la ilustre compañía.

Y el pensamiento de que todo aquello no podría durar más allá de la partida de Abdallah Mohamed ben Olman, comenzó a corroer a fray Giuseppe Vella. Volver a las cifras de su misérrima renta capellanía, al inseguro provecho de los números, le parecía ahora una suerte amarga, un motivo de desesperación.

Así, por el ansia de no perder ciertas alegrías apenas degustadas, por la avaricia innata, por el oscuro desprecio hacia sus propios semejantes, apresando con premura la ocasión que la suerte le brindaba, sabiendo que corría grave riesgo, Giuseppe Vella se convirtió en el protagonista de la gran impostura.

II

El 12 de enero de 1783 Abdallah Mohamed ben Olman partió. Cuando la falúa zarpó, su estado de ánimo era muy similar al de su acompañante e intérprete: de liberación, de felicidad. Era verdad que el embajador parecía casi un sordomudo, pero fray Giuseppe había pasado jornadas inquietas, con el corazón en la boca, como se suele decir, temeroso de que un gesto de impaciencia, una elocuente actitud de disgusto o desilusión, revelase a monseñor Airoidi y a los demás que el intérprete no estaba por entero seguro de su árabe.

—Vete a tu propio diablo —murmuró fray Giuseppe mientras la falúa se fundía en la línea de cobre cálido del horizonte crepuscular. Y de pronto descubrió que había olvidado, o que jamás había sabido el nombre del embajador. Para la función a la que lo destinaba dentro de su planificada impostura, lo rebautizó Muhammed ben Osman Mahgia, y en ese mismo instante quiso comprobar la reacción de monseñor.

—Nuestro querido Muhammed ben Osman Mahgia —dijo.

—Querido de verdad —respondió monseñor Airoidi—. Es una gran pena que haya querido abandonarnos con tanta presteza: su consejo te hubiese sido precioso para el trabajo que tendrás que emprender. —Mantendremos correspondencia.

—Oh, ya sabes cómo son las cosas... el ojo de un hombre como él a tu lado, su presencia... Hubieras podido cumplir con tu trabajo más aprisa y con

mayor seguridad... Si de hecho Sicilia fuese reino, tal como lo es de nombre, hubiéramos arbitrado cada medio a nuestro alcance para tener en Palermo, como embajador, a nuestro... ¿cómo se llama?

—Muhammed ben Osman Mahgia.

—Eso es... Pero tú cumplirás tu tarea con acierto aun sin él, no me cabe duda... Y toma en cuenta los motivos de mi impaciencia, de mi pasión: siglos de historia, de civilización, desenterrados de entre las tinieblas en las que yacen, devueltos a la luz de la conciencia. Una obra magna, querido mío, una obra sin parangón, a la que quedarán ligados tu nombre y el mío modestísimo...

—Oh, excelencia —se defendió fray Giuseppe.

—Pues sí, será, sobre todo, mérito tuyo; por decirlo así, no soy más que tu empresario... A propósito: sé en qué condiciones vives en casa de tu sobrina, en un barrio ruidoso y en una casa sin comodidades... Mi secretario se ocupa en estos momentos de buscarte una casa adecuada para ti, para tu trabajo, que sea decente y tranquila...

—Estoy profundamente agradecido a vuestra excelencia.

—Y no permitiré que te falten otras muestras de mi buena voluntad, de mi interesada buena voluntad... Interesada, tenlo bien presente, interesada —subrayó con una sonrisa, mientras le tendía la mano para que se la besase. Monseñor Airoidi ocupó su litera dorada, con cierta fatiga y algún leve gemido. El palafrenero cerró la portezuela; por detrás del cristal, monseñor hizo una señal de saludo, de bendición.

Fray Giuseppe permaneció firme en su reverencia, con la mano sobre la cruz jerosolimitana, sobre el corazón, como si anhelara contener su ímpetu, el tempestuoso regocijo del riesgo, de la victoria.

Sumergido en sus pensamientos, se encaminó ha-

cia su casa a través del populoso barrio de la Kalsa: las mujeres le señalaban con el dedo y los niños gritaban a sus espaldas.

—El cura que estaba con el turco, el cura del turco —puesto que como acompañante del marroquí se había vuelto popular.

Fray Guisepe ni siquiera les oía. Alto, robusto, lento y solemne su paso, grave el rostro oliváceo, los ojos absortos, con la gran cruz de Jerusalén sobre el pecho, caminaba en medio de aquel polvillo humano. En tanto, en su mente, jugaban a los dados fechas y nombres; rodaban a través de la hégira, de la era cristiana, del oscuro e inmutable tiempo del polvillo humano de la Kalsa; se hacinaban para componer una cifra, un destino; otra vez se agitaban, martilleantes, dentro del pasado ciego. Fazello, Inveges, Caruso, la *Crónica de Cambridge*: los elementos de su juego, los dados de su azar.

«Sólo me hará falta algo de método —se decía—, sólo algo de atención.»

Sin embargo, no era capaz de impedir que sus sentimientos se exaltaran, que la misteriosa ala de la piedad desflorase la fría impostura, que la melancolía humana se elevara en medio de aquel polvo.

III

—Vuestra excelencia —decía el marqués de Gera-ci— ha tenido la suerte de hallar los códices árabes; pero yo me pregunto dónde irán a dar con sus huesos los estudiosos que, en el día de mañana, experimenten la inquietud de recoger la historia de la Santa Inquisición en Sicilia.

—Pues muy bien puede haber otros documentos en otras instituciones, en otros archivos —respondió con cierto embarazo monseñor Airoidi— además existen crónicas y diarios.

—Vuestra excelencia me ha hecho comprender que no se trata de una misma cosa: entregar a las llamas un archivo como aquel del Santo Tribunal constituye un daño enorme, irreparable... Habrá de transcurrir mucho tiempo hasta que se logre seguir el rastro de los documentos dispersos aquí y allá, hasta que se los reúna... ¡Y luego, los periódicos! A cualquiera se le ocurre una tontería y la estampa en un periódico, como el marqués de Villabianca, que recoge cada rumor. De aquí a cien años, su periódico se habrá convertido en un excelente motivo de risa.

—¿Y qué queréis hacer, querido marqués? Además, ya es cosa hecha: nuestro virrey ha querido colmar este capricho suyo.

—Un capricho de *paglietta* (1), ya que vuestra excelencia ha querido considerarlo un capricho.

—Ssshhh —pidió su excelencia, con el índice sobre los labios, haciendo una cruz.

—Yo me..., y vuestra excelencia me perdone, en él, en sus partidarios y en sus esbirros. Yo llamo al pan pan y al vino vino, y a aquello que vuestra excelencia llama capricho, yo lo denomino delito. ¡Quemar los archivos de la Santa Inquisición! Quemar tres siglos así, como si nada. Tres siglos que requieran algo más que una hoguera para ser borrados. Un patrimonio, una riqueza que pertenecía a todos, y, en particular, a nosotros, a nuestra propia clase...

—*Deus, iudica causam tuam* (2) —dijo, irónico, el

(1) Voz napolitana, dialectal: leguleyo.

(2) Dios, sé juez en tu propia causa.

abogado Di Blasi. Citaba el lema de la Inquisición que el virrey había hecho borrar de la fachada del palacio Steri.

El marqués lo envolvió con una mirada malévola.

Con mayor fogosidad prosiguió Geraci:

—Y me pregunto cómo el arzobispo se ha dejado arrastrar al espectáculo de semejante mascarada.

—No ha sido una mascarada. El marqués Caracciolo ha querido darnos a todos la idea exacta, la exacta advertencia de que los tiempos están a punto de cambiar y de que con cierto pasado hay que hacer lo que con las cosas apesadas: una hoguera... —explicó Di Blasi.

—En cuanto a la intervención de su eminencia... ¿Qué queréis que os diga...? Los tiempos cambian, como bien dice el abogado —observó monseñor Airoldi.

—Un individuo llamado D'Alembert —intervino el príncipe de Cattolica— ha hecho publicar en el *Mercure de France* una carta que sobre este tema le ha escrito nuestro *paglietta*. Y hay para morirse con esa ridiculez... Figuráos que asegura que ha llorado cuando el secretario del gobierno leyó en público el decreto de abolición... ¿Vosotros le habéis visto llorar?

—Yo no estaba allí —respondió con desdén el marqués.

—Yo sí estuve presente —dijo Di Blasi— y os aseguro que el virrey se hallaba conmovido de verdad. También yo lo estaba.

—Pediré que me presten el *Mercure de France* —exclamó el príncipe de Cattolica, mirando con desprecio a Di Blasi y dirigiéndose hacia el marqués Geraci— y os lo haré leer: cosa de risa, os aseguro, cosa de risa... —se alejó sonriente, pero casi de inmediato regresó para colgarse del brazo del marqués—. ¿Puedo deciros una palabra?

El marqués emitió un bufido de molestia e hizo girar su mirada, como si buscase algún auxilio. Luego lo siguió.

—El marqués tiene la lengua envenenada contra el virrey —explicó monseñor Airoldi a fray Giuseppe Vella, que estaba a su lado—. Figúrate que ha recibido la advertencia de que no debe usar en adelante ciertos títulos: primer conde en Italia, primer señor de una y otra Sicilia, príncipe del Sacro Imperio Romano... ¿Y se puede vivir aún sin estos títulos?

Giovanni Meli, que parecía semiadormilado sobre una poltrona, se despertó con el picante airecillo de la maledicencia. Una expresión compasiva le cubrió la cara, como si de verdad participase de los agobios del príncipe de Cattolica, y exclamó:

—¡Oh, nuestro pobre príncipe! Obtiene de Nápoles seis meses de plazo para pagar a sus acreedores y, no señor, el virrey exige que pague de inmediato... ¡Qué tiempos! —Bajó los párpados para ocultar el brillo de burla que iluminaba sus ojos; luego los alzó y su mirada fingía inocencia—. Y no hay nada que decir de aquel pobre príncipe de Pietrapertusa, que ahora está en Castellammare por nada, exactamente sin ninguna clase de motivos. Sólo le ha dado hospitalidad a algunos asesinos, el pobre príncipe... ¿Y cuándo, antes de ahora, por algo semejante, se ha enviado a prisión a un noble?

—Un caso inaudito —comentó don Vincenzo Di Pietro que, al pasar, había llegado a oír la última frase y se mostraba lleno de severa indignación.

—Los nobles: la sal de la tierra de Sicilia —suspiró Giovanni Meli.

—Bien podéis afirmarlo —sentenció don Gaspare Palermo.

—El privilegio, la libertad de Sicilia —abundó don Vincenzo en favor de la teoría.

—¿Qué libertad? —preguntó el abogado Di Blasi.

—Por cierto que no es aquella que vos exigís —respondió con tono seco don Gaspare.

—¡La igualdad! —se burló don Vincenzo y con la voz cambiada y un tono que caricaturizaba las inflexiones de un académico, dijo—: *La desigualdad entre los hombres repugna a la razón suficiente...* ¡La razón suficiente!, ¡cosa de locos!

El abogado Di Blasi se mantuvo en calma. La alusión a un ensayo escrito por él y publicado cinco años atrás le resultaba hiriente: por el modo descortés y por el tono de burla. Además, porque no estimaba en demasía ya aquel escrito e incluso pensaba que tal vez había sido un error la publicación. Había sido un trabajo aproximativo, inadecuado, hasta ingenuo.

—Quizá vos considerarás mucho más convincente la disertación de don Antonino Pepi acerca de la desigualdad natural entre los hombres —observó con suave ironía.

—Si don Antonino Pepi ha escrito que los hombres no son iguales, estoy de acuerdo con él... Pero, para ser francos aquí, entre nosotros, yo con todos estos ensayos y con todas estas disertaciones me limpio el trasero.

—¡Y hacéis muy bien! —gritó Meli, con tan grande entusiasmo que don Vincenzo se sintió perplejo, incluso desconfiado. Porque detrás de ese entusiasmo, no podía menos que estar oculto algún aguijón, algún dardo envenenado: la gente que garrapatea papeles constituye una verdadera secta.

Por fortuna era ya la hora de organizar la mesa, es decir, la mesa de juego. Como un enjambre, todos se dirigían hacia las salas donde los sirvientes ya habían ordenado todo lo necesario. Don Gaspare y don Vincenzo se marcharon.

—Fray Rosario Gregorio —dijo Meli, para trasladar a otro tema su vocación de susceptor las reacciones del prójimo de un modo extemporáneo— está diciendo cosas que parecen de otro mundo; asegura que no sabéis una palabra de árabe, que el contenido del código de San Martino lo estáis inventando por entero, con puntos y comas...

Se había dirigido a Vella, que dibujó un movimiento de sorpresa y luego, con frialdad, repuso:

—¿Y por qué no se le ocurre venir a decirme a mí mismo estas cosas? Me sería fácil persuadirle de que se engaña... Además, me sería muy necesaria la ayuda de él, sus conocimientos. En lugar de herirnos con la maledicencia, podríamos trabajar juntos, juntos entregarnos a esta obra que sólo Dios sabe cuántas fatigas me exige y cuántas angustias me provoca... —las últimas palabras se le quebraron, patéticas, lacrimosas.

—¿Veis la mansedumbre de nuestro capellán? —preguntó monseñor Airoldi a Meli—. Es un hombre de oro: lleno de paciencia y de humildad...

Vella se puso de pie. Con total perfección lograba dar a su cólera el aspecto de la virtud ofendida, del martirio que se soporta con entereza resignada.

—Si vuestra excelencia me lo permite, quisiera distraer un poco mi mente...

—Ve, ve —le exhortó monseñor, con premura.

Fray Giuseppe se dirigió hacia las salas en las que se había iniciado el juego: le resultaba muy agradable ver cómo corría el dinero, observar que de una carta, de un número, podía desprenderse el golpe de la suerte, analizar las distintas reacciones de aquellos gentilhombres, de aquellas damas. Por cierto que se consideraba poco delicado presenciar el juego sin tomar ninguna participación en él. Pero en el caso de un sacerdote, a quien sus haberes y las

convenciones le impedían integrar una mesa de juego, se hacía excepción a la regla. Y fray Giuseppe pasaba de una mesa a otra, se detenía allí donde el juego se desarrollaba con mayor encarnizamiento. Particular emoción le producía uno de aquellos juegos: el bisbis, que pagaba al vencedor sesenta y cuatro veces la apuesta que hubiese hecho. Prohibidísimo, claro está, hecho que, para los jugadores, sumaba el sabor de desprecio por la intrusa, siempre intrusa, autoridad. Sobre una única carta, sobre un único número, muchas veces se desvanecía todo un feudo. Fray Giuseppe, que no carecía de imaginación, en aquella carta, en aquel número, veía aflorar, vívido, el mapa diminuto del feudo: la campiña verdadera, dura, concreta de los beneficios, sin idilio y sin arcadía. Y alguno de esos señores ya no tenía más derechos para apostar un feudo a sus cartas. Entonces ponía en juego el carruaje que le estaba aguardando en la cuadra o un camarero que poseía especial habilidad para peinar. Personas marcadas, personas destinadas a perder: la mala suerte, como una serpiente, reptaba en un primer momento de uno a otro jugador y, luego, se ensañaba con uno de esos señores durante toda la velada y no le abandonaba ni por un instante.

Y allí estaban las mujeres. Jugaban distraídas, sin pasión, casi nunca con más dinero que el metálico que llevasen consigo: onzas, escudos, ducados de plata. En el sentir de fray Giuseppe la plata representaba la cualidad, la esencia de aquel mundo femenino: voz, risa, música, corporal e ilusoria sustancia, espejo y eco. Porque de modo confuso el sacerdote experimentaba la fascinación de todo aquello, también confusamente se le agitaban dentro el deseo y el respeto, la malicia y la castidad. Pero sin que hubiese drama en su aspecto, sino una silenciosa chispa que moría dentro de sus pupilas.

Y mientras los ojos de fray Giuseppe gozaban, sin pasión, aplacada ya su cólera, de toda la gracia de Dios esparcida en onzas de plata y suaves senos, monseñor Airoldi decía a Meli y a Di Blasi:

—¿Lo estás viendo? Es un hombre que se conmueve con facilidad, impresionable, aprensivo... Y sensible en grado sumo a las estimaciones de Gregorio, un hombre cuyos conocimientos e inteligencia admira hondamente... Y no ha logrado comprender semejante actitud. Tampoco yo, a decir verdad, lo he logrado; una actitud envidiosa, mezquina... Hasta a mí me ha turbado, lo confieso, porque siquiera por respeto a mi persona tendría que ser más cauto, ya que no quiere callar.

—¿Vuestra excelencia considera por entero infundadas las sospechas de Gregorio? —preguntó Di Blasi.

—Por entero, querido mío, por entero... Y juzgado por vos mismo: nos hallamos frente a un hombre sin cultura, desprovisto de conocimientos... —Se volvió hacia Meli—. Vos, que le conocéis bien, podréis responder: ¿creéis que Giuseppe sabe de letras, de historia?

—Es un bruto —aseguró Meli.

—Entonces, pues, ¿cómo podría un hombre así reconstruir de la nada un período de la historia que, bien o mal, yo estoy en condiciones de verificar? ¿Cómo podría un hombre así tramar un embrollo que le resultaría difícilísimo aun al mismo Gregorio...? Creedme: Vella sabe árabe. Y os digo más: sólo sabe árabe, en nuestra lengua vulgar ni siquiera es capaz de escribir una carta.

IV

En la casa que monseñor Airoidi había hecho rentar, espaciosa, llena de luz, enfrentada por un lado a la campiña y con un pequeño huerto vallado donde el capellán solía estirar las piernas o hacer la siesta, una de las habitaciones se había convertido en algo así como una cueva de alquimia. Giuseppe Vella guardaba allí diversos tipos de tintas, las colas ordenadas según color, intensidad y resistencia, las sutilísimas, transparentes, apenas verdosas láminas de oro, los folios intactos de viejo y pesado papel, los calcos, las matrices, los crisoles, los metales: todo el material y los instrumentos de la impostura.

Para empezar, había separado el códice folio por folio. Luego, con especial cuidado, había entremezclado la pila de hojas, como si se tratara de un mazo de cartas para algún juego; porque el suyo era, sin duda, un juego de gran habilidad, de temible azar, y por ello, para cortar el mazo, no se había olvidado del toque, a modo de propiciación. Después, con paciencia, con mucha calma, había vuelto a unir los folios del códice. Y así la vida de Mahoma resultaba lo bastante embrollada. Su genealogía había quedado separada de acontecimientos como la guerra de Dú'Amarra o la batalla de Ohod; las revelaciones del Corán en el día de la batalla de Ohod eran entregadas a un grupo de conversos, y así por el estilo.

Pero no era suficiente. A continuación habría de seguir la parte más delicada del trabajo: la total corrupción del texto, la transformación de los caracteres árabes en caracteres que él había decidido de-

nominar moro-sículos. En realidad, se trataba tan sólo del maltés, el dialecto de la isla de Malta, transcrito, mediante el alfabeto árabe. Es decir que su tarea, en rigor, consistía en transformar un texto árabe en un texto maltés transcrito en caracteres árabigos, una vida de Mahoma en árabe en una historia de Sicilia en maltés. Pero todo esto lo hacía sin poner demasiados empeños cuidadosos, en forma preconcibida, motivo por el cual don Giuseppe Calleja, un maltés que sabía muy bien el árabe, más adelante se hallaría conque no lograba comprender mucho de aquel texto y, en cierta ocasión, dijo que le parecía, que sólo le parecía, un maltés escrito en caracteres árabigos.

Fray Giuseppe Vella enriquecía, pues, el códice con palotes ligeros y vibrátiles como patas de mosca, con puntos diminutos, tildes y cedillas, que distribuía con atención especial y con mano firme. Luego, sobre cada folio, cubierto con cola incolora, extendía mediante una espátula, y con enorme habilidad, una hoja casi transparente de oro; así lograba una pátina uniforme a través de la cual fuese imposible diferenciar la tinta antigua de la nueva. Y después de ese trabajo lingüístico y de la delicada faena manual, se empeñaba en desarrollar otra tarea, en la que estudio y fantasía lo llevaban a límites extremos de compromiso: la creación, a partir de la nada, o casi de la nada, de toda la historia de los musulmanes de Sicilia.

De buena gana hubiera dejado de lado aquellos pocos elementos que otros habían dado a luz antes o que habían inventado acerca de esa historia (muy posiblemente lo han inventado todo, pensaba). Con mucho más entusiasmo hubiese trabajado entregándose por entero a la imaginación, a los recursos de su estro personal. Pero monseñor Airoidi era conocedor minucioso de todo aquello que hasta ese

momento se hubiera escrito acerca de Sicilia en griego, latín y lenguas europeas. Además, allí estaba aquel Rosario Gregorio, como un mastín, preparado para la dentellada, para el ensañamiento. Era necesario estudiar, pues, para adecuar la fantasía a los pocos datos existentes, para evitar, como por cierto le había ocurrido en los primeros tiempos de la aventura, atribuir a un personaje actos que, en cambio, habían sido ejecutados por otro. Ignorante del error, había escrito que la orden de invadir Sicilia fue dada por Ibrahim ben Aalbi, cuando en realidad la había impartido Ziadatallah. Este equívoco ocasionó a monseñor una honda perplejidad, que se dispó con la aparición de una medalla que sustentaba la exactitud del códice y la idoneidad del traductor. Monseñor creyó que la medalla era un regalo que el memorioso embajador marroquí había enviado, cuando, de verdad, a fray Giuseppe le había exigido enormes fatigas realizar esa *opera prima* en su propia casa.

Cualquier otro no hubiese resistido, se le hubieran destrozado los nervios en aquella continua ansiedad, en aquella atención extrema por conocer una materia incierta, huidiza. Y ni qué decir del trabajo mecánico de tallador, fundidor, restaurador (a su modo, claro está, y para dar base a su impostura). Pero fray Giuseppe se sentía libre como un pájaro en los aires. Incluso engordaba. Las lenguas malignas decían que le relucía el pelo, como el de un caballo que tiene buen amo, que está bien alimentado. La emoción del peligro era su elemento, y también lo era el buen comer, el dinero en la hucha, la justa medida de alegría, como posibilidad al menos, si no como hecho, a la que su vida había arrabado, por fin.

Se levantaba con las primeras luces del alba, luego de cinco o a lo sumo seis horas de profundo sueño. Con la mente despejada demolía una decena

de líneas de lo que frente al mundo sería la traducción del códice de San Martino, es decir del *Archivo de Sicilia*. Mediante tablas cronológicas y genealógicas que él mismo se había preparado, controlaba lo escrito para que no se deslizase ningún dato contradictorio, ningún error. Si le quedaba alguna duda, consultaba los textos; si tampoco los textos podían resolver sus dudas, dejaba un pequeño espacio en blanco, como el de un asterisco que remitía a vagas anotaciones a pie de folio, de modo que monseñor Airolti pudiese, según su juicio, sugerir alguna interpretación. Luego volvía a copiar, con chapurreos de vaguedades orientales y errores de gramática italiana. Para fraguar estos errores, se auxiliaba con los *Rudimenti della lingua italiana*, del abate Pierdomenico Soresi, libro que de mucho le servía para teñir en forma pintoresca sus atentados contra la norma de la lengua.

Una pausa de recreo: chocolate caliente, tierno pan de España que las monjas de La Piedad no le hacían faltar, buen tabaco, un breve paseo por el huerto que aún brillaba de rocío y que estaba envuelto en un halo de grata humedad. En aquellos momentos, los sentidos de fray Giuseppe, excitados por el pan de España de las monjas, por el color y por la consistencia de la golosina, más que por el sabor mismo, llegaban al estado de embriaguez. Ese mundo que declinaba como impostura, se iba elevando como una onda de luz para revestirse de realidad, para penetrarla y transfigurarla. A partir del agua, de la mujer, de la fruta, surgía la dulzura de vivir y a ella se abandonaba fray Giuseppe, tal como lo habrían hecho el gobernador o el emir cuyas existencias inventaba cada día.

Pero el trabajo no admitía prolongados ocios y el capellán regresaba a la pesada tarea de acufiar; de ella dependía la paz de su comida, que cocinaba en

el mismo fuego con que fundía las aleaciones, para sacar doble provecho de una misma lumbre. Luego, la digestión en el huerto, bajo la pérgola, donde se entregaba a un sueño ligero. Por último, una horita dedicada, como se decía a sí mismo, a la decoración del códice, en general y, algunas veces, al diseño de medallas y monedas.

Así llegaba la hora del avemaría, toque que casi siempre lo sorprendía en la calle, mientras se encaminaba hacia el palacio de monseñor Airoldi o a otros lugares de reuniones o de fiestas.

En cuanto a la misa que cada mañana tenía el deber de decir, puesto que gracias al importante trabajo que desarrollaba había obtenido autorización para decirlo sobre el pequeño altar que se había construido en la casa, a menudo ocurría que la olvidaba.

V

Los días, uno tras del otro, rodaban para fundirse en aquella oscura masa, en aquel caos desde donde Giuseppe Vella hacía surgir, con estudio paciente y fantasía gallarda, imanes, emires y califas. En el mundo que ahora fray Giuseppe frecuentaba en forma asidua, el tiempo parecía medido sólo por los golpes de cabeza de Caracciolo: por las *caraccioladas* que, entre las gentes que así las llamaban, producían un eco frenético de desprecio sin límites y de ira.

Ya el príncipe de Trabia había echado mano de la pluma en nombre de la nobleza entera: «Cada día se elevan fervientes votos al Cielo para inspirar en el Corazón de los Soberanos una resolución que nos

libere de una esclavitud más dura aún que aquella del Pueblo de Israel en Babilonia. ¡No se respetan las leyes y las órdenes del Rey...! De todas partes emana una legislación más estrecha que la del Diván. Todos ansían descansar de las fatigas de sus oficios y retirarse a la soledad, de no ser por una determinada disposición mecánica de asuntos mutuos que lleva consigo la necesidad de permanecer en un lugar que se ha convertido en el laberinto de las desventuras y la lobreguez más profundas...»

La carta estaba dirigida al marqués de Sambuca, ministro en Nápoles, y la cita del Diván había florecido en la pluma del príncipe a causa de lo mucho que se hablaba acerca del *Archivo de Sicilia*, que el capellán Vella estaba traduciendo y del que monseñor Airoldi brindaba primicias en los salones que frecuentaba. Y hasta en el espejo de la moda, aunque con timidez, relumbraban chispazos de elementos árabes. Vella, por cerrado y melancólico que se mostrase —y tal vez por eso mismo— daba a las señoras la idea de que era depositario de ese secreto, esa misteriosa y erótica dimensión que, en ciertas ocasiones, se concretaba en el relampagueo de un abanico: de aquellos abanicos inspirados en esas noches de fábula, que se abrían dejando ver imágenes de parejas inusitadas, de placeres intensos y que a menudo, terminaban siendo secuestrados como productos de contrabando y quemados por mano del verdugo, frente al palacio Steri.

Del mismo modo que los abanicos, de Francia llegaba la moda que revivía y se multiplicaba, como un hecho feliz, dentro de una sociedad más que nunca convertida en el laberinto de la voluptuosidad y del ocio y que tan sólo temblaba ante los azares del bisbís y de los adulterios. Era verdad: Caracciolo constituía una fuente de fastidios para esos nobles. Las damas ya no podían enjoyarse con la florielisada

cruz verde sobre campo morado que distinguía a los servidores de la Inquisición y, por ende, ya no gozaban de la consiguiente inmunidad. Y así, a cualquier dama noble que se dejase llevar por algún capricho, que incurriese en cualquier imprudencia, le podía suceder lo mismo que a la princesa de Serradifalco, que había sido arrestada como si fuese una posadera. Y el impuesto sobre las carrozas, con el secuestro de aquellas cuyos propietarios se negaban a pagar, como había sucedido con las de la marquesa de Geraci y el duque de Cesarò. Y la captura del duque de Sperlinga, a raíz de un homicidio cometido en sabe Dios qué estado de desorden nervioso. Todo esto sin hablar de las nuevas funciones públicas, acompañadas de pingües honorarios, arrebatadas a los nobles y confiadas a funcionarios, ni de las cinco prelacías, con rentas abultadas, que la Iglesia había visto perdidas. Para mal de los pobres curas y de la Iglesia, las *caraccioladas* se sucedían unas tras otras: el veto a percibir dinero por las flores de estola negra, es decir el óbolo por funerales, a pedir contribuciones para misas y obras de caridad y ya fuese a esto o aquello, no había día en el que el virrey no inventase un nuevo vejamen, en el que no metiera su volteriana nariz en las cosas de la religión.

Un viento de piedad hacia la religión vilipendiada agitaba a los nobles, que mantenían largas conversaciones en su círculo de la plaza Marina, durante una tarde de fines de junio, en la que el mar templaba el aire con una ligera brisa. Se comentaba la proximidad de la fiesta de Santa Rosalía y que Caracciolo había decidido hacer ahorro del erario público reduciendo de cinco a tres los días de especial iluminación y de fuegos de artificio que la ciudad tributaba a la santa. Decisión gravísima ésta, que ni siquiera los muy pocos nobles aún adeptos a Carac-

ciolo se atrevían a justificar. De modo que Regalmici, Sorrentino, Prades y Castelnouvo se mantenían silenciosos en medio de la tempestad que arremolinaba. Sólo Francesco Paolo Di Blasi hacía frente a las críticas, puesto que también él era un abogado *paglietta*, se hallaba un tanto fuera de lugar en los medios gentílicos y no poseía más que una renta, insegura, de mil onzas.

Ya el barón Mortillaro, en nombre del senado palermitano, había enviado a su majestad un escrito que atacaba la blasfema decisión del virrey. En la corte, ese escrito suyo era apoyado por su hermana, casada con un diplomático español. Todos aguardaban la llegada del correo que, sin duda, traería noticia del éxito de la reclamación, del disgusto del rey y la consiguiente mortificación de Caracciolo.

—¡Y apoya a los jansenistas! —tronaba el príncipe de Pietraperzia, como concluyente aserto de una de sus prolongadas invectivas.

—¿A los jansenistas? —preguntó el duquesito de la Verdura, aterrizado aun antes de saber con exactitud qué o quiénes eran los jansenistas.

—Sí, a los jansenistas —confirmó el príncipe.

—Supongo que el duquesito tendrá interés en saber quiénes son los jansenistas —intervino Di Blasi.

—Pues... los jansenistas son los que se atreven a emporcar el dogma de la Gracia a su manera... San Agustín... En una palabra, una verdadera herejía... Pero vos —y se volvió, airado, hacia Di Blasi— ¿por qué sembráis cizaña? Si el hijo del duque quiere saber quiénes son los jansenistas, que se lo pregunte a su confesor: yo, en materia de fe, no quiero comprometerme ni aun con meter un dedo en el asunto.

—Habéis dicho con tal horror que el virrey protege a los jansenistas...

—Pues sí, señor, los protege. Protege todo aquello que pueda aniquilar a la religión.

—O sea que vos sabéis con certidumbre que el jansenismo puede aniquilar a la religión...

—Así me lo han dicho. Y, si queréis saberlo, me lo ha dicho, precisamente...

—Vuestro confesor, como es natural.

—Mi confesor, que en materia de doctrina tiene más que suficiente y hasta podría alimentar con ello a los perros.

—¿Creéis que los perros la apreciarían?

—Vos poseéis el don de sacarme siempre fuera de mi sendero. Ahora mismo hemos ido a dar al tema de los perros... Aquí estábamos hablando de la fiesta de Santa Rosalía, si tenéis la gentileza de reconocerlo.

—Lo reconozco.

—Pues bien: la fiesta debe durar cinco días y quien quiera hacer economía, que la haga en su propia casa... Y si lo que intentan es remediar los daños producidos por el terremoto de Messina con el dinero de los palermitanos, con las monedas sustraídas a la fiesta de la santa, yo afirmo que cada uno ha de pensar en sus propias dificultades y que si Messina ha sufrido un desastre, ha de soportarlo y remediarlo por sí misma... ¡Los mesineses! Gente que siempre ha tratado de perjudicar a Palermo...

—He sabido que el *paglietta* ha dado ciertos pasos para que se transfiriese la capital desde Palermo a Messina —dijo en ese instante el duque de Cesarò.

—¿Lo habéis oído? —rugió a Di Blasi, a Regalmici y a todos los amigos de Caracciolo, el príncipe de Pietraperzia— ¿y vosotros, palermitanos, no sentís que se os retuercen las entrañas?

—El virrey no tiene nada en contra de la ciudad de Palermo —intervino Regalmici—, estima tan sólo

que la concentración de la nobleza en este lugar es factor determinante para que se produzcan inconvenientes y demoras en la acción del gobierno.

—Eso vale tanto como decir que se ha puesto en contra de todos nosotros —dijo el marqués de Villabianca.

—¿Y no lo sabíais? —preguntó, sonriente, monseñor Airolidi.

Monseñor se hallaba sentado aparte, con Vella a su lado, como de costumbre. Ambos habían considerado el trabajo del día en el *Archivo de Sicilia*; en esos momentos, silenciosos, bebían un delicioso granizado de limón, que fray Giuseppe dejaba deslizarse por su garganta a cucharadas, con evidente placer.

El marqués de Villabianca arrastró su silla hacia el prelado, para confiarle, en un susurro:

—¿Sabéis que esta misma mañana el virrey ha encontrado, sobre su mesa de trabajo, una esquila que con grandes letras torpes le advertía «la fiesta o la cabeza?»

—¿De verdad? —se regocijó monseñor.

—Así me lo ha confiado el marqués de Caldarera, que es uno de los de la casa... El virrey, me ha dicho, se había enfurecido como un toro...

—El hecho, sin duda, es éste: quiere hacernos daño a nosotros, en cada cosa y con cualquier medio a su alcance —decía, en tanto, el príncipe de Trabia.

—Pero ha encontrado el pan duro que merecen sus dientes —aduló el barón Mortillaro, en clara alusión a la carta que Trabia había enviado al ministro de Nápoles.

—Ah, no lo sé, amigo mío, no lo sé —se estremeció Trabia y añadió con dolorosa convicción—: Me temo que hasta en Nápoles hayan perdido la cabeza. El rey ya no puede contar con consejeros de criterio sensato y de fidelidad probada... Si el proyecto de

un nuevo censo, de un nuevo catastro, que el marqués Caracciolo ha enviado, se impone, nos las veremos negras; estaremos obligados a pagar impuestos sobre vuestras posesiones tal como cualquier burgués campesino ha de pagarlos sobre sus miserables tierras... —tal vez quería demostrar su clase, su seriedad absoluta, a llamar al enemigo por su título y por su nombre, al no utilizar el despectivo apodo de *paglietta*.

—¿Y no os parece lógico —dijo Di Blasi— y más que lógico, justo, que quien posee tierras miserables pague por sus tierras miserables y que quien tiene grandes posesiones pague por ellas?

—¿Lógico? ¿Justo...? ¡Yo digo que es monstruoso! Nuestros derechos son sacrosantos, jurados por todos los reyes, por todos los virreyes... Vos, que os ocupáis de leyes, tendríais que saberlo muy bien... ¡La libertad de Sicilia! ¡Santísimo Dios! —y alzó las manos unidas, en un gesto que pretendía volver a consagrar esa libertad.

—Lo sé muy bien, es verdad; también sé de las usurpaciones, de los abusos... Pero, más allá de lo que pueda discutir acerca del privilegio, por así decir dentro del privilegio mismo, queda por considerar el hecho de que el privilegio en sí, es decir ésa que vos llamáis la libertad de Sicilia, ya no tiene vigencia y no es otra cosa que una enorme usurpación que contiene muchas más, en número infinito...

Quién sabe dónde habría ido a dar la discusión si la condesa de Regalpetra no se hubiese apartado del grupo de sus amigas, resplandeciente en su vestido de fino tafetán a listas blancas y rojo cereza, con el abanico recibido de Inglaterra abierto sobre los senos casi desnudos, para llamar a Di Blasi.

—¿Manteníais una discusión importante? Os ruego que me excuséis, pero os he llamado porque quería deciros ya, ya mismo, ya mismísimo, que he leído

aquel delicioso librito que con tanta gentileza me habéis prestado... Delicioso, sí, delicioso... Por cierto que me ha parecido... ¿cómo deciros...?, un poco audaz... —y alzó el abanico para cubrir con coquetería la luz maliciosa de su sonrisa y de sus ojos—. ¿Pero cómo podéis tener todos esos libros deliciosos? Todos esos pequeños libritos deliciosos...

—También tengo otros más extensos... Y puesto que *Les bijoux indiscrets* os ha agradado tanto, todas las obras del señor Diderot están a vuestra disposición.

—¿Tenéis otros? ¿De verdad...? ¿Y siempre escribe sobre estos temas el señor...?

—... Diderot. No, no siempre.

—¡Oh, qué obra extraordinaria *Les bijoux indiscrets*...! Adivinad las fantasías que me ha sugerido esa lectura.

—Habréis pensado en lo que sucedería si las joyas de vuestras amigas pudiesen hablar.

—¡Oh! ¿Cómo lo habéis adivinado...? Pues sí, ésa es la fantasía que se me ha ocurrido, y me ha dado profundo gusto, os lo aseguro...

—Y apuesto a que habéis pensado que si el collar de cierta señora hubiese hablado al futuro marido, en la noche de bodas esa dama se habría evitado quedarse al sereno, en el balcón donde el marido desilusionado la encerrara...

—Porque no habría habido boda —estalló la condesa, riendo hasta las lágrimas; luego, con el bello pecho agitado, mientras se abanicaba para apaciguar la ruborizada animación del rostro, agregó—: ¿Sabéis que sois extraordinario? Sois capaz de adivinar todos mis pensamientos.

—De vos me agradaría adivinarlo todo.

—Haced la prueba... Pero en una ocasión más adecuada —dijo con tono precipitado y de contra-

riedad, pues hacia ellos se dirigía la duquesa Leofanti, mujer de exasperante virtud.

La duquesa saludó con una inclinación de la cabeza a Di Blasi y con voz ronca y masculina, preguntó:

—¿Os habéis enterado de la noticia terrible? Ese hombre ahora se atreve a emprenderla contra los santos: nuestra Rosalía, nuestra muy milagrosa Rosalía... Ah, pero no terminará con bien. Ya lo veréis, el buen pueblo de Palermo no se ha de tragar ésta en silencio...

Di Blasi se despidió con una inclinación apenas visible antes de regresar al grupo del que se había separado y cuyos integrantes iban y venían, a excepción de monseñor Airoidi, el marqués de Villabianca y Vella, que no mostraban el menor deseo de moverse.

En esos momentos se hablaba de un mérito, un mínimo mérito, de Caracciolo ante la ciudad de Palermo: con las rentas de la suprimida Inquisición, se habían creado algunas cátedras en la Academia de Estudios, y existía el plan de establecer aun otras, entre las cuales se hablaba de una de árabe. Por supuesto, esta cátedra estaba destinada al capellán Vella y monseñor Airoidi se sentía muy feliz por ello. Sin duda, mucho más feliz que el mismo Vella, que no había aspirado a una cátedra, sino a una rica prelación, a una renta eclesiástica entre las más copiosas y seguras que hubiese en el Reino. Pero, a pesar de todo, le sonreía la idea de ampliar y complicar su juego, de moverse sobre un campo sin peligros, creando una escuela, toda una escuela, sobre una lengua árabe inventada prácticamente por él, instituida por él.

Del mismo modo el acróbata, aprendido ya un ejercicio arriesgado, pasa a otro más difícil, de mayor peligro.

VI

La fiesta de Santa Rosalía duró cinco jornadas, para afrenta del virrey Caracciolo y para regocijo de la aristocracia y de la plebe, hermanadas en el nombre de la santa. Al decir de algunas lenguas blasfemas, abastecidas en la fuente nefasta de aquel hereje de Voltaire, también sufrió afrenta Santa Cristina a quien la ciudad de Palermo tributaba devociones y festejos antes que a Rosalía. Pero ocurrió que durante el agobio de una tremenda peste, Rosalía se presentó, en cuerpo y alma, a un jabonero, al que aseguró que eran de ella los huesos hallados en el monte Pellegrino y que, al cabo de tres días, la peste cobraría su vida, por supuesto que en olor de santidad. Según un anónimo cronista, esta última aseveración no tuvo por resultado que el jabonero tocase hierro o diera rienda suelta a toda clase de conjuros, sino que generó agradecimiento en el humilde palermitano, por razones personales de él y de su época. En los tres días que le quedaban sobre la tierra, el jabonero se entregó a llevar de casa en casa la dulce conseja de la aparición de la santa y de la profecía a él referida. En razón de tales hechos, entendedor como era más de peste que de hechos celestiales, el protomédico Marco Antonio Alaímo se preocupó, con todo juicio, de la muy evidente infracción a las normas de seguridad sanitaria. Desde el punto de vista de Santa Cristina, aquello era una deslealtad: aprovechar el curso visible del mal para presentarse, con aquel aire de virgencita, la rubia cabeza coronada de rosas rojas, como salvadora de la ciudad. Por esto

había sido que, después de un siglo y medio de expectativas, Santa Cristina había creído ver en la acción de Caracciolo un posible reverdecimiento de sus esperanzas de desquite.

Siempre de acuerdo con las mismas lenguas malféticas, disipada la esperanza de que la fiesta fuese más breve, Santa Cristina echó mano a la escasez, actividad en la que no dejaba de empeñarse, por cierto, cada vez que se le presentaba la ocasión, para desdicha de Palermo y de toda la Sicilia, y contando con las distracciones de la patrona que estaba a cargo de la ciudad.

La habillita, circulando aquí y allá, llegó hasta los oídos del virrey Caracciolo que se divirtió muchísimo. Pero muchísimo le preocupaba la escasez de alimentos, y se entregó a estudiar sus causas y remedios.

La ciudad de Palermo, donde el pan no faltaba y estaba sujeto a riguroso precio oficial, se halló invadida por todos los hambrientos del Reino. Y era un trágico espectáculo ver a tantos súbditos hacidos noche y día en las plazas, con ojos que gritaban hambre, mientras tendían manos macilentas para implorar un poco de caridad.

Caridad, pues, era lo que hacían los nobles desde siempre: cada viernes, a cada pobre que se presentase ante el portal, un sirviente, de librea y con aire de sufrir náuseas, entregaba un grano. A partir de esto es que la expresión «un grano el viernes» ha adquirido valor proverbial para señalar un auxilio o pago irrisorios. Además, la nobleza se desataba en gastos excepcionales en los casos de calamidad pública, tal como durante los duelos familiares, cuando aliviaban con las oraciones de los pobres el alma del difunto que se había precipitado a las llamas del purgatorio (porque una familia siciliana, noble o ple-

beya, jamás ha abrigado ni siquiera una mínima duda acerca de que sus muertos estuviesen destinados al purgatorio).

Fray Giuseppe Vella no tuvo noticias de la escasez de alimentos. Trabajaba con empeño desde el alba hasta la puesta del sol y sus veladas transcurrían en aquellas doradas salas a las que la carencia de alimentos no tocaba ni con un débil eco. Todas las doctas personalidades de Europa estaban enteradas de su trabajo y aguardaban la publicación del código con verdadera ansiedad. Sin embargo, fray Giuseppe había comenzado a sentirse roído por una oscura insatisfacción.

El capellán era uno de esos hombres a quienes no les basta ser respetados, honrados y mimados, y necesitan inducir a temor, ansían suscitar en torno a sí, entre sus semejantes, por los medios que sea, el miedo. ¿Por qué no habrían de temerle esos nobles que ahora le respetaban? ¿Qué dificultad podría haber, para un ingenio como el suyo, en enriquecer la impostura con sutiles matices escandalosos?

En verdad, en medio de su insatisfacción, dentro de su inquietud, en un primer momento había proyectado dar más vida al embrollo y acrecentar aún más su fama con la noticia del hallazgo, en traducción árabe, de los libros sexagésimo o septuagésimo séptimo de Tito Livio: es decir, precisamente aquellos diecisiete libros que faltaban en el mundo de los eruditos. La emoción surgente, la espera confiada no le ofrecieron total satisfacción, de modo que pospuso para otro momento la escritura del texto de Livio y, en cambio, se entregó a estudiar un proyecto distinto, que se avenía mejor con su propia índole y con las circunstancias, el tiempo y la historia.

Le había nacido la idea a partir de una disposición de Caracciolo que, además de generar la habitual

actitud irritada entre los nobles, había dado origen a una cierta zozobra. Se trataba de la remoción del Palacio Senatorial de los bustos de mármol de Montgore y de De Napoli, ilustres sostenedores de los privilegios baronales. Además, estaba la cremación pública, por mano del verdugo, de los tratados *De Iudiciis causarum feudalium* y *De concessione feudi*, escritos por De Gregorio. Como un sabueso que, en una ráfaga de viento, percibe el rastro de su presa, fray Giuseppe se entregó a ventear aquel olor a quemado. El virrey Caracciolo se estaba dedicando a quemar toda la doctrina jurídica feudal, todo aquel complejo de doctrinas que la cultura siciliana, a través de muchos siglos, con gran ingenio y mayor artificio, había elaborado para los barones, con el fin de defender sus privilegios. Ese cuerpo jurídico constituía una yuxtaposición de elementos históricos aislados con subduría, definidos e interpretados luego. Y esa legislación se había mantenido en un puesto inexpugnable, hasta aquel momento. Sólo hasta aquel momento, porque el virrey reformador y el soberano ávido comenzaban a advertir la impostura del macizo cuerpo jurídico. Fray Giuseppe, que de imposturas sabía mucho, comenzaba a comprender el engranaje de los engaños de la nobleza. Y no era demasiado lo que se necesitaba para echar por tierra los términos, para hacer llegar las pruebas del engaño, en forma disimulada, al virrey y a la Corona. Sin duda, el agradecimiento se haría ver con la cesión de una rica prelación o de una dignidad abacial. Aquellos barones y juristas afirmaban que el Rey Ruggero y sus barones, durante la conquista de Sicilia, habían sido algo así como socios de una empresa comercial, constituyéndose el Rey en una especie de presidente de una sociedad; que los vasallos debían la misma obediencia a los barones y al rey y así por el estilo. Pues bien: fray Giuseppe elaboraría un código árabe

en el que se hablase de los sucesos de la Sicilia normanda, a través del testimonio directo y desinteresado de los árabes, a través de cartas de los mismos reyes normandos, pero de acuerdo con un orden muy distinto: todo a la Corona, nada a los barones.

Fray Giuseppe sabía que esto no provocaría desagrado en monseñor Airoldi, que con respecto de Caracciolo experimentaba sentimientos ambivalentes. Por una parte aprobaba los golpes asestados contra los barones, los estudios promovidos, las reformas que iban siendo proyectadas. Por otra, se sentía herido por la falta de respeto por la religión y por sus cosas que el virrey demostraba en casi cada ocasión.

Sin embargo, fray Giuseppe se cuidaba muy bien de hablar a monseñor sin tener aún el código elaborado: jamás hubiera cometido la imprudencia de parlotear antes de contar con el texto. Porque bien sabía que todo podría caer en las sombras de lo inexistente, como ya había ocurrido con los diecisiete libros de Tito Livio que jamás se hubiese decidido —estaba seguro de ello— a fraguar. Los romanos le aburrían. En cambio, se divertía con los árabes y aun en medio de sus innumerables fatigas, sentía que desde aquel mundo le llegaba una brisa de fresco ocio, de fantasía imprevisible.

De modo que no hablaba de su proyecto. Tal vez necesitaría todo un año para realizar el trabajo en italiano, para traducirlo a su árabe, para construir un código que poseyese todas las apariencias de la autenticidad. Tendría que ser una revelación. Entretanto, gracias a su secreto, gracias al exclusivo conocimiento del golpe que preparaba contra ellos, había adquirido una notable soltura entre los nobles que antes le imponían una idea de subordinación. Se había convertido en un buen conversador y hasta

llegaba a ser brillante. Al verlo tan cambiado, monseñor Airolodi experimentaba llamaradas de desconfianza, que muy pronto se apagaban ante la sumisión inalterable de Vella, ante su muy ostentado candor en materia de historia y de antigüedades.

Para adquirir algunas luces acerca del constitucionalismo siciliano, pero sin despertar sospechas, como si se tratase de una súbita y desinteresada pasión, había tomado la costumbre de frecuentar a los Di Blasi: el joven Francesco Paolo, que por encargo del virrey estaba comparando y comentando las leyes y que ya había publicado un ensayo sobre la legislación de Sicilia, y a sus tíos Giovanni Evangelista y Salvador, benedictinos ambos, y estudiosos de la historia siciliana. Se veían en casa de monseñor Airolodi y en los círculos de común frecuentación, en el paseo de plaza Marina o en la taberna de *ze Scia-veria*, que estaba sobre el paseo marítimo de Romagnolo y que era uno de esos sitios tan frecuentados por quienes no quieren a su alrededor demasiada gente ni bullicio, que terminan por estar llenos de gente y de ruidos. También, a veces, Vella acudía a la casa de Francesco Paolo, donde se producían reuniones en las que la presencia de casi todos los poetas dialectales de Palermo, con Giovanni Meli a la cabeza, determinaba que siempre se desembocara en una discusión vastísima sobre la poesía y el dialecto. Estos temas, en verdad, carecían casi de interés para Vella que, no obstante, obtenía cierto placer de la declamación de poemas que hablaban de la belleza de las mujeres o de epigramas relumbrantes y breves como golpes de espada. Poemas como los de Meli, que cantaban las cejas, los ojos, los labios, senos y lunares de las más hermosas damas de Palermo le producían tanto o más placer que la contemplación de esas mismas mujeres. Y los epigramas dirigidos contra personas conocidas o no conocidas le

parecían diminutos elementos de aquel desprecio hacia los demás dentro del cual se encerraba, como en una coraza. Excepciones únicas a su desprecio eran dos personas: el joven Di Blasi, que le resultaba simpático justamente por su juventud y por lo que reconocía en él de distinto, de diferente a su propia personalidad, por el ardor, la honestidad y la agudeza de juicio; en cierto modo, lo consideraba como una posible, remota e irrealizada concreción de su vida, de no haberse convertido en religioso. La segunda excepción era el canónigo Rosario Gregorio, a quien no lograba tocar con su desprecio y a quien, por lo tanto, odiaba profundamente.

El canónigo Gregorio era un hombre antipático, más allá de la personal aversión de Vella, antipático hasta en su físico: grácil pero con cara de hombre gordo, con el labio inferior hinchado, una verruga sobre la mejilla izquierda, cabellos escasos que le llegaban al cuello y le bajaban sobre la frente, ojos redondos y fijos, y una frialdad, una quietud de las que muy pocas veces se evadía a través de un gesto resuelto de las manos gruesas y cortas. Destilaba seguridad, rigor, método, pedantería. Insoportable. Pero todos se mostraban respetuosos con él.

Una vez, la única vez que le había hablado, Gregorio se mostró mordaz de una manera acentuada:

—Me felicito por vos —había dicho con una sonrisa irónica—, tendrían que investiros obispo *in partibus infidelium*...

—¿Y por qué? —preguntó alguien.

—Porque sé que ya ha hecho importantes progresos en la tarea de convertir a los musulmanes de Sicilia, al lograr que se comporten como cristianos.

En efecto, en los primeros ensayos del código, divulgados por monseñor Airolodi, fray Giuseppe no se había percatado de que debía otorgar a sus mu-

sulmanes un comportamiento adecuado a las reglas y a las prescripciones del Corán: las oraciones, las abluciones, el reparto del botín... Pero a partir de esos primeros momentos, los árabes del *Archivo de Sicilia* oraron, se bañaron y dividieron el producto de sus rapiñas con una ortodoxia que hasta llegaba a ser excesiva, porque monseñor Airoidi estaba allí, con el Corán en la mano, para pedir cuentas acerca de cada leve falta contra la fe que aflorase en el códice: pedía cuentas tal como se las hubiese pedido a un penitente de su grey sobre la carne comida en viernes o la vigilia no observada. Era cosa de risa.

Pero aquel canónigo Gregorio se comportaba como un cilicio. Si hasta había comenzado a estudiar árabe, por sus propios medios. Y todo por el gusto de desenmascarar a fray Giuseppe. *¿Pero a ti qué te importa? —se decía entre sí el capellán—. ¿Acaso dirás que te quito el pan de la boca? Ven a verme, frente a frente, háblame claro: tú estás tramando un embrollo que te rendirá tus buenos dineros y yo quiero compartirlo contigo... Te diré: estupendo, hagámoslo juntos, dividámos las ganancias por mitades... Pero no, señor: tú no quieres comer ni dejar comer, eres un perro de hortelano, un cochino, apesado y rabioso perro de hortelano.»

VII

Toda Palermo, desde el pescador del barrio de la Kalsa hasta el príncipe de Trabia, murmuraba el escándalo, la indignación, ofendida porque el marqués Caracciolo había elegido como compañera de su mesa y de su lecho a la cantante Marina Balducci.

—¿Habrá ocurrido que le han faltado mujeres de rango importante? —dijo don Saverio Zarbo, con tono irónico mientras abarcaba con un gesto circular de su mano el paseo de la Marina y la villa de Flora, pobladas ambas a esa hora por el gorjeo interminable de las señoras.

Quienes sabían que en el paseo se hallaban su mujer o sus hermanas, hicieron como si no hubiesen oído esas palabras o, en forma ostentosa, dieron la espalda, alejándose. En la sonrisa de don Saverio floreció un brillo de malignidad.

—Habláis de tal modo que todo podría desencadenar un duelo —le reconvinó, en voz baja, Giovanni Meli.

—¿Quién se atreverá a decir que he llamado a alguien por su nombre y lo he motejado de cornudo?

—Habéis hecho algo mucho peor: habéis aludido a todos los nobles de Palermo.

—¿Y vos? ¿No hacéis alusiones a todos, en vuestros poemas? *Si tratta a la francisa, / Nun su' nenti giulsi, / Su' tutti affittuasi, / Nun c'è né meu né to'...* (1).

—Oh, los versos son algo distinto...

—En prosa o en poesía, los cuernos, cuernos son.

—Pero permitidme que os lo diga: vos os comportáis a la antigua, aún hacéis caso de los cuernos.

—Vos también ¿no es verdad?

—Será, tal vez, porque ninguno de los dos nos hemos casado —dijo Meli.

—Eso sí que está bueno —se echó a reír don Saverio.

Habían quedado solos, en un ángulo del espacio

(1) Se comportan a la francesa, nadie está celoso, son todos afectuosos, no hay mío ni tuyo...

abierto donde, en el paseo de la Marina, se desarrollaba habitualmente la *Conversación de los Nobles*. Las incisivas alusiones de don Saverio siempre generaban un desierto.

—Sí, ésa debe ser, sin más ni más, la razón: no tenemos mujer —repuso Meli.

—Y en el fondo este prurito moralista nuestro no es más que una falsía, ¿verdad? —dijo con malicia don Saverio—. Si los demás son cornudos, lo son a causa de nuestras diversiones... ¿O es que vos no os divertís?

—No en el sentido en que vos entendéis la diversión...

—No existen dos formas de entenderlas. A una mujer u os la ponéis debajo o mejor sería que ni siquiera la mirarais... Si yo tuviese que creer que aquellos labios a los que vos cantáis no los habéis besado en cualquier rincón de la villa, que no habéis acariciado a vuestro gusto los senos de cierta señora o el lunar de alguna otra, en lugares ocultos... pues tendría que deciros: sois un desdichado.

Meli suspiró.

—No, no os pido que me hagáis confidencias —prosiguió don Saverio—, me basta con creer que sois poseedor de los dientes y el apetito necesarios para degustar los manjares que la providencia os envía... Me basta con creerlo, tanto para admiraros como poeta como para respetaros como hombre.

—La idea que tenéis vos acerca de la poesía es la misma que os habéis hecho sobre el comercio de granos...

—A decir verdad, tengo una idea bien distinta. Pero conociéndoos... —don Saverio estalló en una carcajada y fue acompañado por Meli.

—Estoy bromeando —se disculpó don Saverio.

—Lo sé —respondió Meli, aun cuando bien sabía que su interlocutor no bromeaba.

La tarde, rosada y de oro, comenzaba a despojarse de sus ligeros velos de brisa. La banda, que tocaba en el palco, prestaba su voz al sentimiento de la hora.

—¡El sentimiento de la hora! —exclamó con tono sardónico don Saverio, sin tomar en cuenta que la expresión le había aflorado de manera espontánea dentro de la mente y que luego, para pronunciarla con desprecio, la había cambiado de aspecto—. ¡Ahora tenemos sentimiento! Tienen sentimiento las posaderas, los cornudos, los esbirros, el verdugo, el marqués de Santa Croce y los ladrones entre cabreiros, pastores de ovejas, pescadores o gente de cualquier otro oficio servil...

—¿Y vos?

—¿Vos, qué? —repuso, ofendido, don Saverio—. ¿Vos, qué...? ¿Me estáis preguntando si tengo sentimiento...? No, no lo tengo: ni siquiera una brizna, ni un mísero átomo... ¡Sentimiento! Eso es cosa de pobretes... —En ese instante pasaba cerca de ellos fray Giuseppe Vella y don Saverio, con verdadera violencia, lo interpeló—: Y vos, abate Vella, ¿tenéis sentimiento?

Fray Giuseppe se sobresaltó y luego dio unos pasos para acercarse a ambos hombres.

—No soy abate —dijo.

—Lo seréis, amigo mío, lo seréis —le aseguró don Saverio, con suficiencia.

—Oh, muchas gracias... Estaba buscando a monseñor Airoldi.

—Aún no le hemos visto por aquí —respondió don Saverio—. Pero sin duda dentro de unos pocos minutos le veréis aparecer... Entretanto, sentaos un instante con nosotros... Estábamos hablando del sentimiento. ¿Qué pensáis sobre este tema?

—Pues no lo sé —repuso fray Giuseppe.

—Os explicaré: ¿vos tenéis sentimiento? ¿Sentís dentro de vos algo que se asemeje al sentimiento que nuestro abate Meli, gracias al poder de la moda, domina a su gusto?

—Tampoco yo soy abate —intervino Meli.

—Pero tenéis tendencia a convertirlos en ello —aseguró don Saverio antes de volverse hacia Vella nuevamente—. ¿Sentís o no sentís el soplo del sentimiento?

—Yo no siento nada —dijo Vella.

—Pues bien. Pongamos un ejemplo: ¿una hermosa mujer os inspira algún sentimiento o...? —dejó la o suspendida entre ellos, como un sol malicioso y se echó a reír.

—Pero yo... —comenzó a decir fray Giuseppe Vella, lleno de confusión.

—Lo sé: sois sacerdote... Pero también sois hombre: y yo le estoy hablando al hombre. Vos no podéis ignorar lo que dentro de pocas horas, aquí mismo, bajo los árboles y entre las cercas de villa Flora, en esta noche sin luna, harán estos gentil-hombres y estas damas que ahora sorben helados y hablan de vestidos, de peluqueros, de *chignons*... ¿Tenéis idea de lo que ha de suceder dentro de un breve rato?

—¿Qué sucederá? —preguntó Francesco Paolo Di Blasi, a espaldas de don Saverio.

El joven abogado llegaba en compañía del barón de Porcari y de don Gaetano Jannello. Don Saverio invitó a todos a tomar asiento junto a ellos.

—¿Qué sucederá? —volvió a preguntar Di Blasi.

—Me refería a lo que, tan pronto como haya oscurecido, sucederá bajo los árboles de villa Flora...

—Toca tú que también yo toco —dijo el barón de Porcari.

—Y aún cosas peores —abundó Jannello.

—Mejores —corrigió Meli.

—Os contaré una —dijo don Saverio—. Me ocurrió a mí, hace tres noches. Andaba por la villa en... vaya, por asuntos míos... y veo, vosotros sabéis que mi vista es muy aguda, a la... en fin, es preferible no dar nombres: veo a una bella señora, en una palabra. Estaba allí, entre las borduras de boj, detrás de unas matas, inclinada como si buscara algo. Me detengo, le pregunto: «¿Habéis perdido algo?» Con voz firme, con absoluta frialdad, me respondió: «Gracias, ya lo he encontrado.» Proseguí mi camino, pero ya sabéis cómo suelen ser estas cosas, de modo que me volví después de dar tres pasos: la dama no se había movido, pero detrás de ella estaba el duque de... No os diré el nombre, porque de ese modo os sería muy fácil adivinar el de ella, el de la señora.

Todos se echaron a reír, a excepción de fray Giuseppe. Pero su fantasía ya vagaba libre, divertida y minuciosa bajo los árboles de villa Flora. Y cuando su fantasía alzaba vuelo, excitada por alguna conversación, por una anécdota o una imagen, Vella era incapaz de seguir escuchando las palabras de los demás. Pero, en esa ocasión, sus acompañantes creyeron que se aislaba por propia voluntad, para refugiarse en el pudor, en la castidad. Por ello don Saverio retomó la palabra diciendo:

—No hablemos más de estas cosas: le resultan desagradables al abate Vella... Retornemos a nuestro punto de partida: el sentimiento, hablábamos del sentimiento —y dejó caer una mano sobre la rodilla del capellán.

—¿Cómo...? Ah, sí: el sentimiento.

—¿Vos experimentáis sentimientos?

—Sí lo pienso bien, creo que sí —respondió fray Giuseppe.

—Me defraudáis —dijo don Saverio.

—¿Por qué? —intervino Di Blasi—. Más allá del hecho de que cada hombre los experimenta...

—¡Cada hombre! Esto es lo que no puedo traerme —se encrespó don Saverio.

—¿Y cuál es la diferencia entre vos y aquellos hombres que están allí abajo? —preguntó Di Blasi, señalando unos pescadores que remendaban redes, mientras las mantenían tensas con los dedos de los pies.

—¿No la advertís por vos mismo?

—No logro ver esa diferencia. Veo igualdad. Sólo ocurre que nosotros estamos aquí, ociosos, gozando del fresco, bien vestidos, bien peinados y ellos trabajan.

—¿Y eso no os parece importante?

—Nada importante. A menos que quisierais analizar el asunto con relación a la justicia. En ese caso, reconoceré que entre nosotros y ellos existen gravísimas y vergonzosas diferencias... Quiero decir que son vergonzosas para nosotros... Pero entre su esencia de hombres y nuestra esencia de hombres no existe ninguna diferencia: esos pescadores son hombres como vos y como yo... Dejad que desaparezcan aquellos horrendos conceptos de mío y tuyo...

—¿Y qué sería yo sin lo mío?

—Un hombre... ¿No basta?

—Pero es que lo soy mucho más con mis tierras, con mis casas... Y vos lo sois mucho más con la renta que habéis recibido de vuestro padre y de vuestra madre...

—Lo somos más en el sentido de que gracias a una renta nos estamos aquí discutiendo sobre nuestra esencia de hombres, hablando de libros que hemos leído, gozando de la belleza... Pero con pen-

sar tan sólo que nuestro *más* está pagado por el esfuerzo de otros hombres, nos hallamos en *menos*...

—Ese ha sido un discurso complicado —dijo don Saverio y se dispuso a matizarlo—. Puedo concederos que no existen diferencias entre nosotros y esos pescadores. Pero no me negaréis que entre mí mismo y aquél no se advierte una cierta diferencia —con un gesto había señalado a don Giuseppe Vassallo que, del brazo con su mujer, recorría el paseo: hacían la figura de un cangrejo aferrado a un bello trozo de coral.

—Oh, pero él tiene una hermosa mujer —apuntó Jannello.

—Pero no es un mérito que le pertenezca... Ella, pobrecita, no tenía ni un grano de dote, y este esfuerzo, en cambio, es rico —explicó Meli, que siempre tenía información acerca de todo lo que sucedía a su alrededor.

—Pero es una mujer virtuosa: al cabo de cuatro años de matrimonio, no he oído decir que se haya decidido a ponerle los cuernos —dijo el barón de Porcari.

—¿Y dónde se los podría poner? ¿No veis que el marido no tiene frente? —repuso Meli.

—No hay modo de terminar una conversación, aquí —se lamentó don Saverio—. Yo hablaba con nuestro abate Vella... ¿De qué hablábamos?

—Del sentimiento.

—Del sentimiento... Y vos, si no me equivoco, habíais dicho que lo experimentarías.

—Me parece que sí.

—¿No estáis seguro?

—No lo estoy en el sentido que vos le adjudicáis a la palabra. Si os referís a una moda, al conjunto de cosas que constituyen una moda, al hombre de

sentimiento, a los desfallecimientos de las señoras, a los pastores de nuestro amigo Meli, os respondo decididamente que no. Pero si os referís al sentimiento como a una parte constitutiva de la igualdad, de la que incluso la moda es fruto inconsciente, en este caso os digo que también yo participo del sentimiento, en cierta manera.

—¿Cómo? ¿Cómo? —preguntó con aire de obtusa sorpresa don Saverio. Y, por cierto, el mismo fray Giuseppe estaba un tanto sorprendido.

Le sorprendía su pronta comprensión del tema, el acuerdo de su mente, por lo común ajena a preocupaciones semejantes y por entero aguzada en un desprecio radical, en un esquema de pensamiento en el que no se reflejaban ni el propio destino ni la propia felicidad, sino el destino y la felicidad de todos los hombres. Y experimentó una vaga inquietud, que parecía nacer de la erupción de complicaciones y contradicciones internas. «Es preciso obrar con cautela», se dijo. Pero no se refería al hecho de hablar, puesto que en aquellos momentos en Palermo se podía expresar sin peligro cualquier idea, más bien se pedía a sí mismo cautela en el pensar. «Los pensamientos que llegan al estado de ideas son como tumores: crecen dentro de ti, te destrozan, te enceguecen».

—Habláis como un libro cerrado —dijo Meli, lleno de ponzoña por la alusión a sus pastores.

—De ninguna manera —intervino Di Blasi—. Fray Giuseppe ha expresado su opinión personal con extraordinaria lucidez. Porque bajo el curso de la moda justamente es eso lo que yace: lo sentimental como elemento de igualdad, como elemento de la revolución...

—¿Qué revolución? ¿Vos creéis que hay una revolución en el aire? —y con gesto cómico, Meli alzó la cabeza, para husmear como un perro de caza.

—No tenéis olfato para ventearla —dijo Jannello.

—En cambio, yo sí la huelo —aseguró don Saverio—. Y os digo más: la veo... Veo al marqués de Caracciolo acompañado por el pueblo enfurecido, en dirección al puerto, entre silbidos, moñas, escarnios e inmundicias... Tal como le había ocurrido a aquel inocente del virrey Fogliani, del mismísimo modo...

—No niego que ese hecho pueda producirse: nuestra plebe está habituada a lamer la mano que la golpea y a morder la que trata de brindarle algún beneficio... Podría producirse, aunque el marqués de Caracciolo es un hombre muy distinto a Fogliani y tan sólo muerto soportaría el ultraje a su autoridad... Pero eso no sería una revolución: sería, precisamente, lo contrario de una revolución —dijo Di Blasi.

—Desde mi punto de vista sería una revolución —aseguró don Saverio—. Aun cuando, como vosotros bien lo sabéis, Caracciolo como hombre me cae simpático...

—Es un hombre extraordinario —apuntó el barón de Porcari.

—Aunque el marqués de Caracciolo no fuese el hombre que es —dijo Di Blasi con tono animado— no puedo menos que reconocer que cada vez que me acerco a él, cada vez que me dirige la palabra, me siento... emocionado, eso es, conmovido... Este hombre, me digo, ha conocido a Rousseau, ha hablado con Voltaire, con Diderot, con D'Alembert... A propósito: ¿sabéis que ha muerto Diderot? El treinta y uno del mes pasado...

—Enviadle un pésame al virrey —dijo don Saverio, mientras se ponía de pie.

VIII

El *Archivo de Sicilia* estaba ya en su punto: el códice de San Martino había sido corrompido por entero, con gran habilidad, con arte, incluso. El texto italiano estaba a punto, aunque aún era necesaria una definitiva y cuidadosa revisión, que resolviera no pocas incongruencias y equívocos. Pero esa tarea correspondería, más bien, a monseñor Airoidi, que en esos momentos había asumido una actitud de porfía frente a Gregorio y a todos aquellos que, o bien estaban de acuerdo con el canónigo, o bien seguían las alternativas del caso en calidad de divertidos espectadores.

Ahora, fray Giuseppe se dedicaba totalmente a la fabricación del *Archivo de Egipto*. Y como aquel que desde un tenucho miserable se expande hacia un comercio más amplio, confiado en el viento de la fortuna, había hecho llamar a un fiel amigo maltés, el monje Giuseppe Cammilleri, para que le ayudara en el trabajo material. Cammilleri era hombre de su misma pasta, pero de mente sórdida y lenta, de apetitos elementales e inmediatos. En cuanto a mantener un secreto, se podía confiar en él como en una tumba, si bien era imprescindible depositar en la tumba el mismo óbolo que los antiguos solían depositar en las tumbas de sus seres queridos. Y por la forma en que desaparecía entre las manos del monje el dinero que fray Giuseppe le entregaba, bien se podría haber pensado que su destino era convertirse en hallazgo de anticuarios o, para utilizar un vocablo más moderno, de arqueólogos. «Sin duda lo

entierra en el huerto», pensaba fray Giuseppe, porque entre los efectos del monje, que de tanto en tanto inspeccionaba con sumo cuidado, no lograba descubrir evidencias de que Cammilleri gastase nada, puesto que ni siquiera salía de la casa. En realidad, el monje enterraba sus dineros en el seno de una prostituta que iba a visitarle durante las horas en las que el amo de la casa se hallaba fuera, es decir entre el avemaría y los dos toques de la noche. Generosísima dádiva, según la opinión del maltés, misérrima, según el parecer de la mujercuela. Y así, bajo el techo de fray Giuseppe Vella, en la casa donde monseñor Airoidi lo había alojado con amabilidad, a cada visita prohibida nacía una discusión en cuyo transcurso ciertos vicios, ciertas cualidades y muchas otras cosas resultaban ser llamadas por el más crudo de los nombres posibles.

Por fortuna, fray Giuseppe no sospechaba de nada. De lo contrario, profundas hubieran sido sus inquietudes y tribulaciones, porque ya no podía hacer regresar a Malta al monje, depositario de un peligroso secreto y menos posible aún le sería admitir que en su propia casa continuase tan torpe ejercicio. Además, la casa se hallaba muy apartada y las primeras sombras de la noche la sumergían en una soledad tan absoluta que hasta inspiraba toda suerte de temores.

Ignorante de la tosca pasión en la que el monje se desfogaba, con absoluta impunidad, a sus espaldas, fray Giuseppe gozaba de la compañía y se beneficiaba con la ayuda de Cammilleri. En especial, le importaba la compañía, luego de muchos años de soledad: soledad comparable a la de un artista que, atrapado en una isla desierta, se hubiese entregado a crear una obra de la que ningún otro hombre pudiera llegar a complacerse. Vella tenía conciencia

de que en su trabajo, tal como en realidad era, existía una cualidad fantástica, una categoría artística. Pensaba que, revelada su impostura después de un siglo o tal vez más (después de su muerte, en todo caso), se mantendría válida su invención: la extraordinaria novela de los musulmanes de Sicilia. Y para la posteridad, su nombre habría de adquirir la dorada gloria de un Pénélon o de un Le Sage, sumada, claro está, a la negra gloria que por esos años envolvía el nombre del palermitano Giuseppe Balsamo. Su desesperación de artista se fundía con la vanidad común a todos los hombres que incurrían en delito: le urgía la necesidad de tener a su lado a alguien, espectador y cómplice, que en su cotidiano trabajo admirase al original creador de una obra literaria y al no menos original y despreocupado impostor.

En este sentido, el monje no era el hombre ideal pues, aunque pagaba tributo de ansiosa admiración a la impostura, no sabía apreciar con justicia la obra literaria: Cammilleri era incapaz de cubrir cumplidamente el papel de representante de la posteridad que la intención de fray Giuseppe le había asignado. Pero no obstante, era un *hábito*, como se dice en Sicilia de cualquier presencia humana que sirva para endulzar la soledad y la desesperación, que pueda compararse a la ligera caricia del viento en medio de la espesura. Además, como ayudante del trabajo mecánico de copiar y de acuñar, resultaba un individuo impagable: paciente, atentísimo, escrupuloso.

En las horas de trabajo ambos se mantenían en silencio: parecían sordomudos. Pero en la mesa y en los momentos de descanso en el huerto, llegaban a la locuacidad en el recuerdo de Malta, de la infancia, de sus familiares y amigos, a quienes el monje había visto en días cercanos y de quienes, por lo tan-

to, poseía frescas noticias. También solían enfascarse en consideraciones sobre sus vidas, sobre cómo estaban cambiando, o en comentarios acerca de las cosas del mundo, que a Cammilleri le eran casi por entero desconocidas.

Cuando hablaban de los hechos mundanos, el rústico maltés se transformaba en un personaje de *Fioretti*. En las ocasiones en que se sumergían en el tema de las mujeres, a pesar de que tenía conocimiento de ellas, por inconfesado y oculto que fuese, Cammilleri desembocaba en un inevitable extravío de vagas y temblorosas fantasías, de deseos y sentimientos que, en cambio, a fray Giuseppe Vella producían malicioso goce.

—¿No creéis que las ha hecho el diablo? —preguntaba el monje maltés.

—Oh, no —sonreía fray Giuseppe—, también ellas son obra de Dios. ¿Qué mérito habría para nosotros en el hecho de abstenernos de ellas, en tal caso? Es fácil abstenerse de las cosas diabólicas. Lo difícil es abstenerse de las cosas que Nuestro Señor ha hecho y que, por amor a El, nos ha pedido que no utilicemos.

—Tal vez tenéis razón —decía el monje—; sin duda tenéis razón, con la doctrina en la mano. Pero no hallo demasiado sentido en esta historia... Se me hace que esa prohibición valdría tanto como negar gloria a Dios en una parte de su creación...

—Nosotros otorgamos gloria a Dios en cada uno de los elementos de la creación, incluso en la mujer. Alabamos al sexo femenino en materia de belleza y de armonía, la exaltamos en su faceta de madre... Pero la convertimos en objeto de nuestra renuncia, de nuestro sacrificio, para sólo ser sacerdotes de Dios, ministros suyos en nuestra totalidad...

—¿Y vos lo lográis? No me refiero a prescindir

de la mujer, sino a no pensar en ella, a no requerirla en vuestros sueños, a no revestiros con ella en el ensueño, como si se tratara de un manto de delicias...

—No lo logro —respondía fray Giuseppe, cerrando los ojos.

Y el monje se sentía confortado con esa confesión. Y porque su memoria era flaca y estaba sujeto a la cotidiana renovación de su arrepentimiento y de su contrición, a menudo y a partir de cualquier subterfugio, volvía a plantear el mismo tema. En medio de la oscuridad de su mente y de su corazón, centelleaban de cuando en cuando chispas de superstición y de fe. Fray Giuseppe lo sabía muy bien y por eso mismo hallaba las palabras más pertinentes para apaciguar a Cammilleri, a quien muchas veces asaltaban sentimientos de culpa por aquel trabajo suyo de amanuense y fundidor.

—¿No cometo una mala acción? —preguntaba.

—¿Y yo? —replicaba fray Giuseppe.

—Pues... también vos —respondía con timidez, bajos los ojos, el monje.

En esos momentos, con gran llaneza, fray Giuseppe le explicaba que la tarea del historiador es un verdadero embrollo, una impostura, y que significaba mayor merecimiento inventar la historia que transcribirla, sin más ni más, a partir de viejos folios, de antiguas lápidas, de viejos mausoleos. Además, en todo caso, era mucho más laborioso inventarla: por ende, honestamente, las fatigas que ambos emprendían eran dignas de una compensación más importante que la que premiaba a un historiador verdadero, a un historiógrafo que gozara de nombradía, pagas y prebendas.

—Toda una impostura. La historia no existe. ¿Quién podría asegurar que existen las generaciones de hojas que han caído de un árbol, otoño tras

otoño? Existe el árbol, existen sus hojas nuevas; más adelante también estas hojas caerán; y en cierto instante, también el árbol ha de desaparecer. La historia de las hojas, la historia del árbol. ¡Fútilesas! Si cada hoja escribiera su historia, si aquel árbol escribiera la suya, entonces, diríamos: ah, sí, la historia... ¿Vuestro abuelo ha escrito su historia? ¿Y vuestro padre? ¿Y el mío? ¿Y nuestros bisabuelos y tatarabuelos...? Han descendido a sufrir podredumbre en la tierra, tal como las hojas, sin dejar historia tras de sí... Existe aún el árbol, sí; existimos también nosotros, como hojas nuevas... Y también nosotros nos habremos de marchar... Quedará el árbol, si perdura, pero también podría ser hachado, rama por rama: los reyes, los virreyes, los papas, los capitanes, en una palabra, los grandes... Hagamos con todos ellos un poco de fuego, algo de humo, para ilusionar a los pueblos, a las naciones, a la humanidad viviente... ¡La historia! ¿Y mi padre? ¿Y vuestro padre? ¿Y los borborismos de sus vísceras vacías? ¿Y la voz de sus hambrinas? ¿Crecéis que se oír su rugido en la historia? ¿Que habrá un historiador dueño de un oído tan sensible como para percibirlo?

Fray Giuseppe cabalgaba sobre reales ímpetus de predicador. Y el monje se sentía presa de la mortificación, de la inquietud. Por detrás de la prédica, aparecía el impostor, el cómplice:

—¿Quizá es el bienestar lo que os corroe la conciencia...? Si es así, no tenéis más que decirlo: os pagaré el pasaje de regreso...

Para el monje, como resumen final, este argumento era el más convincente.

IX

—Así, así está bien —dijo la condesa.

Con el rabillo del ojo se veía reflejada en el gran espejo. Ante ella, sobre el plano del escritorio *tru-meau*, reducido a una vívida miniatura sobre la parte superior de una tabaquera, descansaba aquel cuadro de François Boucher que los casanovistas conocen como retrato de *mademoiselle* O'Murphy.

Estaban a la moda los cuadros vivientes y en la intimidad de una cita de amor, en el pequeño pabellón de deliciosas *boiseries* donde solía retirarse, pretextando ante su marido tremendas jaquecas, la condesa componía uno extraordinario. Imitaba a la perfección el cuadro de Boucher, con ayuda de la poca luz que le permitía emparejar sus años con los de *mademoiselle* O'Murphy. Sólo dos elementos: una *dormeuse* y su propia desnudez. No era posible desear cuadro viviente más espléndido, ni imitación más minuciosa.

Di Blasi se acercó para observar la miniatura; luego volvió los ojos hacia el cuadro viviente. Se inclinó para besar la nuca, los hombros. Ligera, su mano recorrió aquel cuerpo cálido y suave, con movimientos ascendentes y descendentes que se demostraban en cada una de las más morbidas articulaciones, en cada pliegue, como si quisiera ejecutar una talla sobre una materia preciosa y dócil.

—Perfecto —dijo.

—Oh, eso no está en el cuadro —protestó la dama, pero se volvió para mirarlo, entreabiertos los labios, expuestos en totalidad los senos redondos, algo más

grandes y pesados que los de *mademoiselle* O'Murphy, por cierto.

Una vez más estaban juntos sobre la *dormeuse*. Cuando emergía nuevamente a esa luz de laca y de oro, la condesa preguntó:

—El pintor, ¿cómo se llama el pintor?

—Boucher, creo, François Boucher.

De pie, mientras la miraba, tendida ahora de espaldas, ya no en grácil posición del cuadro viviente, sino desarticulada con la satisfecha languidez del deseo encalmado, pensó: «François Boucher: *boucher*, *bocherie*, *vucciri*». *Vucciria*. En cada lengua hay un misterio: para un francés los cuadros de este pintor, tan luminosos, tan sensuales, tan llenos de alegría, tal vez tendrán un matiz, un débil matiz de carnicería, de *vucciria*. Y yo, que sé francés, en este mismo momento estoy pensando: hasta ahora el nombre de Boucher ha presentado para mí el encanto, el deseo...»

El abogado empezó a vestirse. La mujer le miraba por entre sus párpados entornados, con un cierto sentimiento divertido: un hombre que se viste tiene algo de ridículo; demasiados ganchos, demasiados botones, luego las hebillas, por último el espaldín.

—Estoy leyendo *Les mille et une nuits*, ¿sabéis? Es una obra maravillosa... Por momentos, es verdad, me resulta poco amena, pero es una maravilla... ¿Vos la habéis leído? —preguntó la condesa.

—No, aún no.

—Os la prestaré... ¿Sabéis que esos musulmanes son extraordinarios? Un sueño... viven como si soñasen... Palermo debía ser una delicia cuando ellos estaban aquí...

—Pero una mujer como vos, rubia, de piel blanca y ojos celestes, sólo podría haber sido una esclava.

—No digáis tonterías... Quisiera saber algo más

acerca de los árabes... ¿Qué hacían en Sicilia, en Palermo, cómo eran sus casas, sus jardines, sus mujeres...?

—Fray Giuseppe Vella...

—Oh, precisamente: vos lo conocéis, ¿verdad?, sois buen amigo de él.

—¿Queréis conocerlo? Es un hombre interesante... Algo ¿cómo deciroslo?, sombrío, misterioso... En una palabra, interesante.

—No digáis tonterías: para mí, sólo vos sois interesante... No, quería decir... Pues... mi marido está preocupado. Dice que en el *Archivo de Sicilia* hay algo que se relaciona con nuestra posesión. No sé con exactitud de qué se trata: quizá sólo el nombre, quizá la noticia de algún censo... Pero le preocupa pensar que más adelante, en el *Archivo de Egipto*, aparezcan algunas otras noticias al respecto...

—Por ejemplo la de que el feudo pertenecía a la Corona, con lo cual resultaría que vuestro marido detenta esas tierras merced a una antigua usurpación.

—Creo que sí, que se trata de eso... Es decir, creo que ésa es la preocupación de mi marido... ¿Podrías vos, tal vez, hablar una palabra con Vella, pedirle información...?

—Puedo pedirle información —sonrió Di Blasi.

—¿Sólo información? —y le dedicó un mohín coqueto, fuzag, mezcla de amenaza y promesa al mismo tiempo.

—Aquéllos son documentos históricos, amiga mía, pertenecen a la historia. El trabajo de Vella exige honestidad, cuidado especial... Pero —agregó con galante de broma— le diré a fray Giuseppe que una hermosísima dama vive sumida en angustias y temores, con la idea de que el *Archivo de Egipto* podría despojarla —acarició el cuerpo desnudo, la besó—, despojarla de una posesión, de una renta...

X

Sentado entre monseñor Airoidi y fray Giuseppe Vella, se hallaba don Gioacchino Requesens, para enterarse de las maravillas del *Archivo de Sicilia*.

—Os quiero leer —dijo en determinado momento monseñor— una cosa que os causará placer... En vuestra familia, si no recuerdo mal, tenéis el título del condado de Racalmuto...

—Nos viene por vía de los del Carretto —respondió don Gioacchino—. Una del Carretto se casó...

—Os la quiero leer —interrumpió monseñor—, os la quiero leer.

Se puso de pie; después de unos minutos de búsqueda, extrajo un quintero de la pila que reposaba sobre la mesa. Satisfecho, volvió a sentarse. Sonreía como quien está a punto de hacer un regalo por sorpresa.

—Aquí está... os la leeré... *Oh amo mio poderoso y venerable, el siervo de su grandeza con el rostro en tierra le besa las manos y le dice que el emir de Giurgenta me ha dado orden de que emprendiese el cuidado de contar la población de Rahal-Almut y de que luego me ocupara de escribir una relación a su grandeza y de enviarla a Palermo. Los he contado a todos para hallar entonces que en dicha población viven cuatrocientos cuarenta y seis hombres, seiscientos cincuenta y cinco mujeres, cuatrocientos noventa y dos niños y quinientas dos niñas. Todas estas criaturas, ya sean musulmanas o cristianas, aún no han llegado a la edad de quince años. Hecha esta relación, con el rostro en tierra le beso las manos*

y me identifico así, el gobernador de Rahal-Almut Aabd Aluhar por voluntad de Dios siervo del emir Elihir de Sicilia... Luego está la fecha ¿lo veis?: 24 del mes de reginal, 385 de Mahoma, lo que vale decir 24 de enero de 998... ¿Qué os parece?, ¿qué decís?

—Interesante —respondió con frialdad don Gioacchino.

Se produjo un silencio embarazoso. Monseñor Airoldi se sentía desilusionado frente a la extraña actitud contenida de don Gioacchino.

—¿Eso aparece en el *Archivo de Sicilia*? —preguntó al cabo de unos instantes Requesens.

—Sí, en el *Archivo de Sicilia* —respondió, sin ocultar su disgusto, monseñor.

—¿Y en el *Archivo de Egipto*? —inquirió don Gioacchino.

—En el *Archivo de Egipto*, ¿qué? —preguntó, a su vez, monseñor, con cierta brusquedad.

Pero fray Giuseppe ya había comprendido la situación: don Gioacchino, justamente, se preocupaba por aquellas noticias que, acerca del condado de Racalmuto, pudiesen aparecer en el *Archivo de Egipto*. Y la nueva aventura de fray Giuseppe tomaba especial nota de preocupaciones semejantes.

—Me refiero a si en el *Archivo de Egipto* habrá alguna otra noticia relacionada con este condado o con las demás tierras que pertenecen a mi familia.

—No lo sé —respondió monseñor y con actitud interrogante se volvió hacia fray Giuseppe.

—Ni siquiera yo lo sé aún —explicó fray Giuseppe—. Apenas he comenzado el trabajo —pero lo digo con un tono tal que don Gioacchino quedó sumergido en el convencimiento de que en el *Archivo de Egipto* habría lo suficiente como para reducir a los Requesens, según el pensamiento literal de don Gioacchino,

a «cubrirse el culo con la mano», o sea como para reducirlos a la total desnudez.

—Comprendo —exclamó monseñor, con la cara cubierta por una repentina luz; para lograr que fray Giuseppe también comprendiese, le explicó—: Mira, nuestro amigo don Gioacchino se preocupa al pensar que podría surgir la prueba o la sospecha de una usurpación en lo tocante a alguna de las tierras y posesiones de su familia.

—Oh —exclamó fray Giuseppe, con aire de fingido estupor e inocencia.

—De verdad no me preocupo —dijo don Gioacchino—. Estoy seguro de que acerca de las posesiones de mi familia no puede surgir ni tan sólo la sombra de semejante sospecha... Pero ya sabéis qué es lo que sucede a menudo: una equivocación, un *quid pro quo*...

—Ese peligro no existe —aseguró monseñor.

—No existe —se hizo eco fray Giuseppe.

—Comprendo —dijo don Gioacchino.

Crea ser el primero, entre los nobles de Palermo, que había advertido el peligro que representaban el *Archivo de Egipto* y el astuto hombre que lo traducía. Con el viento que soplabá desde Nápoles, con aquel loco del virrey...

En realidad muchos otros habían comprendido ya esto mismo. La casa de fray Giuseppe se había convertido en meta de una procesión de pesebre: en el huerto balaban los corderos, una enorme jaula estaba tan llena de pollos que las pobres aves no podían moverse dentro de ella, y los frutos, quesos y dulces se acumulaban en todos los rincones de la casa... Sin hablar de los presentes en onzas sonantes y las invitaciones a comer que llovían desde todas partes.

XI

—La condesa de Regalpetra —decía el abogado Di Blasi a fray Giuseppe Vella— vive sumergida en preocupaciones por vuestra causa.

—¿Por mi causa? Pero si apenas la conozco...

—Teme que el *Archivo de Egipto* traiga a luz algún dato que perturbe la normal percepción de sus rentas. De modo que me ha pedido que os pregunte...

—¿Os importa mucho?

—La condesa, en este momento, sí. El problema de sus rentas, mucho menos.

—Pues examinaré el texto y luego os podré decir algo. Pero creo que no tiene nada que temer. —La sonrisa de fray Giuseppe dejó ver un relámpago de entendimiento, de complicidad, casi como si estuviese a punto de agregar: «Gracias a vos, que la recomendáis, gracias a la amistad que con vos mantengo.»

En ese instante, frente a las preguntas de fray Giuseppe, frente a su sonrisa, Di Blasi tuvo la impresión de que el capellán era hombre capaz de sacrificar a la amistad un pasaje del *Archivo de Egipto*, una noticia histórica, un documento. Era una impresión fugaz, una mínima duda acerca de la probidad profesional de fray Giuseppe. En fin, si se consideraba que casi todos los sicilianos ponen la amistad por encima de cualquier otra cosa, no había nada de extraño en el hecho de que fray Giuseppe participara de tal sentimiento. Más tarde, mucho tiempo después, el pequeño episodio cobró su signi-

ficado exacto en la memoria del abogado Di Blasi: Fray Giuseppe estaba dispuesto a sacrificar no una noticia histórica, sino un posible chantaje, en aras de la amistad. De todos modos, resultaba humana y consoladora la certeza de que un hombre como aquél pusiera un sentimiento desinteresado por encima de la impostura y del chantaje y en nombre de la amistad renunciara al placer y al beneficio material.

Un tanto preocupado, Di Blasi estaba a punto de aclarar a fray Giuseppe que sólo como cosa de broma le había hablado de las inquietudes de la condesa y que él mismo estimaba que del *Archivo de Egipto* debía venir a luz lo que en el texto había, ya redundase o no en perjuicio de quien fuere; pero en ese momento, jubiloso como un perro que hubiera hallado a su amo, el príncipe de Partanna se arrojó hacia fray Giuseppe:

—¡Mi muy querido abate Vella! ¡Dichosos los ojos que os ven! ¿Dónde os habíais metido? Hace ya una semana que no logro veros en ninguna parte...

—El trabajo —dijo fray Giuseppe—, el trabajo...

—Aquel bendito *Archivo de Egipto*, lo sé, lo sé... Pero un poco de esparcimiento es indispensable... ¿Sabéis que os encuentro más flaco...? Tendríais que cuidaros, amigo mío, pensar en algún reposo, hacer algún viaje de placer. Podríais venir a mi casa, conmigo... Bien conoceréis el dicho: mejor asno vivo que doctor muerto. ¿Qué? ¿Queréis dejar vuestra piel y vuestros huesos en el *Archivo de Egipto*?

—De no haber trabajado como lo he hecho, no podría ahora comunicaros que en el *Archivo de Egipto* he hallado a un ilustre ancestro de vuestra familia: Benedetto Grifco, que en árabe se transcribe Krifah, embajador de la Corte de Sicilia ante el gobierno de El Cairo...

—¿De verdad? ¡Pero qué sorpresa más encanta-

doral —El príncipe echó un brazo por sobre los hombros de fray Giuseppe y lo arrastró aparte—. Vos merecéis toda mi gratitud, la mía y también la de mi familia...

—No hago más que traducir aquello que está en el códice.

—Y no es flaco mérito, créedme lo... Y, a propósito ¿habéis recibido mi humilde *cadeau*?

—Cuarenta onzas —precisó fray Giuseppe, con frialdad.

—Una pequeñez... Cuento con haceros llegar alguna cosa de mayor importancia, para gozar del honor de la participación en vuestra gloriosa empresa, gloriosa de verdad, para contribuir...

—Mi obra es humilde: vuestra protección es lo que no sólo la hace posible, sino que la dignifica...

—Oh, no digáis tonterías, vos...

—Me siento honrado al saludaros —interrumpió el marqués de Geraci, mientras ponía una mano sobre un hombro de fray Giuseppe y la otra sobre el del príncipe de Partanna, sonriendo con amplia expresión de afecto.

—Estaba pensando en vos, precisamente —dijo fray Giuseppe—. Como le decía al príncipe, he leído en el *Archivo de Egipto* que un antepasado suyo, cierto Benedetto Grifeo, fue el primer embajador normando en El Cairo... ¿Sabéis quién le sucedió, después de su muerte, en el alto cargo?

—Apuesto a que algún antepasado mío —respondió el marqués.

—Exacto. Un hombre llamado Ventimiglia, que en árabe aparece transcrito como Vingintimill. En este momento no sé con certeza si este Ventimiglia es el mismo, Giovanni de nombre, que tomó por mujer a Eleusa, viuda de un sobrino del conde Rug-

gero, llamado Sarlone. Se trata de un pasaje bastante intrincado y estoy trabajando en él. Pero, sin duda, habré aclarado todo en unas pocas jornadas más.

—Sois grande, mi querido abate, sois grande —comentó Ventimiglia.

Ya todos llamaban abate a fray Giuseppe y así lo haremos también nosotros, en adelante.

«Lo escrito, escrito está; el fraile no hace más que traducir —pensaba el príncipe de Partanna—, pero se me hace que me he incurrido en un error al enviarle nada más que cuarenta onzas: una relación de parentesco con el conde Ruggero no puede valer menos de cien. Ventimiglia habrá tenido más olfato que yo.»

Del brazo de su mujer pasaba el duque de Villafiorita, que los saludó agitando una mano, cordial. Pero su sonrisa estaba dirigida con toda intención hacia la persona del abate Vella, que le había puesto un antepasado en el normando Concejo de la Corona.

Los nobles, todos, le querían bien. Y aquella velada de gala, que se celebraba en el teatro de Santa Cecilia para despedir al marqués de Caracciolo, en vías de marcharse, por fin, parecía volcarse en honor del presunto paleógrafo. Pero el abate Vella era inflexible: aceptaba los *cadeaux*, se sentía halagado por esas familiaridades, pero no estaba dispuesto a conceder otra cosa que no fuesen importantes cargos y gloriosa parentela a los antepasados de quienes con él se mostraban más generosos. En cuanto a hacerles dueños de tierras y feudos, nada: trabajaba para la Corona. De la Corona esperaba el premio de una abadía o algún otro beneficio *sine cura*, tal como ya había obtenido una cátedra y una asignación de mil onzas para realizar un viaje de estudios

a Marruecos, viaje que se hallaba dispuesto ya a emprender.

Por su parte, los nobles, al parecer, se contentaban con los cargos y honores que el abate Vella distribuía entre sus antepasados, del mismo modo que se pirraban por obtener de manos de su rey, papa u otros grandes, una cruz, una orden, un cordón. En el fondo de sus corazones, todos pensaban que, por mucho que se escandalizasen temiendo que del *Archivo de Egipto* surgiría un duro golpe para los privilegios baronales, tendrían que existir algunas excepciones. Y un cargo de embajador o de consejero, una relación de parentesco con el gran Ruggero podrían constituir la antesala de las excepciones. El abate Vella les dejaba abrigar esperanzas en ese sentido.

Lo saludaban todos, le presentaban sus respetos. En aquella velada de fiesta, quizá lo hacían con más ostentación que otras veces. La nobleza intentaba demostrar a Caracciolo que el centro del festejo estaba en otro, que no se preocupaba por él. La despedida al virrey había sido organizada de mala gana, a instancias porfiadas de Grassellini, juez de la Gran Corte Civil, creación de Caracciolo: Tú, Grassellini, mulo Caraccioli (1).

La verdadera despedida al virrey estaba en las calles: la nobleza le había dado forma de sonetos y epigramas ofensivos, ultrajantes, de juegos de palabras, anécdotas y apodos que sacaban a luz la impiedad, el libertinaje y mal gobierno de Caracciolo. Entre tantos otros, circulaba un soneto en el que Santa Rosalia, con el recuerdo de la ofensa que el virrey había intentado inferir a su gloria, batía cam-

(1) Tú, Grassellini, mulo de Caracciolo... Frase que imita la estructura de una fórmula de documento oficial.

panas de júbilo en los cielos. En medio de un corrillo apartado, Meli declamaba el soneto en cuestión, con las pausas y guiños llenos de gracia, mediante los cuales coloreaba sus recitados; al finalizar, juró, una vez más, que el soneto pertenecía a una pluma que no era la suya, que le había llegado en forma de anónimo. Y era verdad.

El virrey se hallaba en el palco central, rodeado por los más eminentes dignatarios del Reino. Parecía dormido. Pero las profundas líneas de su rostro, profundizadas por la visible vejez y por el aparente sueño, en ciertos momentos se animaban con una sonrisa irónica, con el sagaz relámpago de una mirada. El abogado Di Blasi lo observaba desde la platea. Bajo las alternantes máscaras de aburrimiento y de ironía, creía percibir la intensa pesadumbre de aquel hombre. En un individuo como aquél, pensaba el joven abogado, por fuerza tendría que ser agudísima la conciencia de la derrota y de la muerte. De la derrota a la que lo habían condenado Sicilia y la Corte, de la muerte ante la cual cedía su cuerpo. Veinte años en París y había supuesto que allí permanecería por el resto de su vida. En cambio, ya viejo, a los sesenta y siete años de edad, lo habían enviado a Palermo con el cargo de virrey: desde la tierra de la razón al *hic sunt leones*, al desierto en el que las arenas de la más irracional de las tradiciones bien pronto cubrirían el asomo de cualquier audacia. Con su mente vigorosa, con su carácter que de cada obstáculo, de cada resistencia obtenía decisión y fuerza, muy pronto había dirigido su ataque contra el secular edificio de la feudalidad siciliana. Y había tenido que afrontar tanto la abierta resistencia de la nobleza, celosa hasta la ceguera de sus propios privilegios, como la unas veces abierta y otras oculta resistencia del gobierno de Nápoles, donde deten-

taba funciones de ministro el marqués de Sambuca, un siciliano. A pesar de verse atrapado por tan agobiantes condiciones, había logrado implantar en la historia de Sicilia los gérmenes de una potencial revolución. Había individualizado y puesto a la luz del día los puntos enfermos, los ganglios paralizados de la vida siciliana. Aunque no había logrado curarlos por completo o remediarlos, siquiera en parte, dejaba tras de sí un claro diagnóstico, depositado en manos de las pocas personas efectivamente preocupadas y sinceramente deseosas de que en su patria el derecho suplantara al capricho, de que un estado de orden, justo y civil fuese el sustituto del privilegio y la anarquía baronales y del privilegio eclesiástico.

Había hecho todo cuanto estuvo al alcance de su poder. Quizá, en ciertas ocasiones, se había excedido. Y sin embargo, pensaba Di Blasi, un hombre como aquél no podía sentirse menos que derrotado. Lo que dejaba de duradero estaba confiado a la conciencia futura, a la historia. En esos momentos bastaría el trazo de una pluma para reconstruir aquellos privilegios que se había empeñado en demoler, aquellas injusticias que le había sido posible reparar; bastaría un adulterio cortésano, o la real complacencia o una mera intriga servil.

La representación había terminado. Sólo se aguardaba que el telón se alzara para dejar ver la coreografía del saludo final.

—La fiesta —decía el príncipe de Pietraperzia— se la ofrecerá yo ¡y qué fiesta...! Silbidos serían, silbidos desde palacio hasta el paseo marítimo... —Los ocho meses de cárcel que había tenido que cumplir le escocían aún.

—Aquel cornudo de Grassellini —masculló don Francesco Spuches.

—Pero ni siquiera se puede decir que esté gozando de la velada —observó don Gaspare Palermo—. Miradlo: parece un viejo chocho.

—Con fiesta o sin fiesta, lo importante es que se marcha —aseguró el marqués de Geraci.

—¿Pero no va a recibir un cargo de ministro? —preguntó el abate Vella con candidez.

—¿Y qué importancia tiene? El será ministro en Nápoles y nosotros nos quedaremos tranquilos aquí, con un nuevo virrey que tiene pasta de ángel.

—¿Quién es el nuevo virrey?

—El príncipe de Caramanico, don Francesco d'Acquino: un verdadero gentilhomme...

—Y también hombre guapo —interrumpió la duquesa de Villafiorita.

—Se dice... —don Gaspare Palermo dudó por unos segundos—. Se dice que su majestad, la reina... Se dice, entendéme bien... En fin, se trata de un afecto inocente, sin malicias, una afinidad, una actitud benévola...

—Oh, sí, se dice —asintió la duquesa.

—Digamos que se sabe —dijo el marqués de Geraci quien, por aquellos títulos que poseía y de los que Caracciolo había intentado privarle, se sentía cercano a la realeza. Por lo tanto, consideraba que le asistía el derecho de no tener siquiera prudencia cuando las habillitas tocaban el trono—. Digamos que se sabe... Y os aseguro que este don de tener por virrey a nuestro don Francesco lo debemos a la inclinación de la reina. Acton ha querido quitarse de entre los pies a uno de los que podían competir con él por el corazón de la reina, tal vez con grandes posibilidades de mejores logros...

Se alzó el telón. Desde el fondo de la escena se adelantó una bellísima mujer, envuelta en un manto

verde de flecos, que parecía hecho con algas y helechos. Se mantuvo inmóvil durante unos momentos: su actitud hacía pensar que el dolor la destrozaba con invisibles garfios. Luego abrió el manto. La malla rosada que la cubría simulaba la desnudez. Sobre el pecho que, al descubrirse la mujer había hecho balancear como la proa de un galeón a merced de una ola inesperada, llevaba un corazón desgarrado en el que estaban escritas las palabras *Tumulus Caraccioli!*, con letras que manaban sangre. La ninfa Sicilia sepultaba en su corazón herido al amado virrey.

Se oyó un aplauso frío.

—La herida en el corazón de Sicilia ha sido a causa de la dureza de su gobierno —dijo el marqués de Villabianca: le pareció que la suya era una excelente frase, digna de ser consignada en su periódico.

—Me complacería tener un sepulcro semejante —decía entretanto el virrey, dirigiendo sus palabras a la señora Grassellini y sus ojos a los senos generosos de la dama, tan generosos como los de la actriz. Luego se puso de pie, con lo que dio fin a la velada.

Cuando salió al foyer, se encontró con todos los asistentes a la representación, formando fila para el saludo. Dirigió un cumplido a cada bella dama, distinguió a algunos hombres con un movimiento, una agudeza, alguna alusión particular. A Meli le pidió que lo recordase como seguro suscriptor en el momento de la publicación de sus poesías. A Vella le preguntó si habían llegado de Parma los tipos árabes encargados para la impresión del *Archivo de Sicilia* y en qué punto se hallaba la traducción del *Archivo de Egipto*. Largo rato estrechó entre las suyas la mano del canónigo De Cosmi, hablándole con afecto. El canónigo tenía lágrimas en los ojos. La palabra

«jansenista» serpenteó entre los nobles allí apiñados, llena de desprecio y de horror.

El abogado Di Blasi se hallaba entre los últimos. El virrey le hizo preguntas acerca de su trabajo de recopilación de leyes y pareció distraído en otros pensamientos mientras el joven le respondía. Por último, a modo de saludo, con una sonrisa de inteligencia, le preguntó:

—¿Cómo se puede ser siciliano?



SEGUNDA PARTE

**CENTRO DE ESTADÍSTICAS
DE LA UNIVERSIDAD**





CENTRO DE ESTUDIOS
SOBRE LA UNIVERSIDAD

Sacra Real Majestad:

A la época felicísima de Vuestro Reinado, oh Señor, le deparaba el destino ver cómo vencían al olvido preciosos monumentos de la Historia Siciliana y, traducidos a la lengua vulgar, arrojaban luz y claridad donde antes no había más que negrura y dudas. A nosotros faltaba la historia civil y militar de todo aquel tiempo en que la Sicilia al yugo sarraceno estuvo sometida, y por un afortunado acontecimiento, por Vuestra Majestad bien conocido, se ha hallado en la Biblioteca de Vuestro Real Monasterio de San Martino un Códice Arabe el cual, conteniendo exactos anales de todo aquello que aconteció tanto en tiempos de guerra como en los de paz, nos ha instruido en pleno sobre la Historia Siciliana durante el transcurso de dos y más siglos. Pero llegados a la época de la conquista que de este Reino hicieron los Normandos valerosos, advertimos una vez más las tinieblas y que se hacía necesario depositar confianza en las crónicas, sospechosas en su mayoría, de algunos pocos que, en tiempos más cercanos a aquellos que los nuestros, habían tomado cuenta de los hechos más ilustres y las acciones más eminentes de sus Príncipes, callando casi por entero las primeras leyes que Aquéllos a estos pueblos dictaron y la constitución política, de la que dictaron los fundamentos.

Cumplida por mí dentro de la mejor manera que mis pocas fuerzas me permitan la versión en lengua vulgar del Códice Martiniano, mientras, por una parte, el ilustrísimo Monseñor Airoldi se entregaba a enriquecerlo con eruditas anotaciones, emprendía yo una nueva tarea en lengua vulgar, traduciendo del árabe este otro Códice, que a Vuestra Majestad ahora presento y que me fuera enviado por el generoso Muhammed ben Osman Mahgia, quien al regresar de Nápoles (donde Vuestra Majestad benignamente le había acogido como Embajador del Emperador de Marruecos) y detenerse en esta tierra durante algunos meses, contrajo conmigo tal afecto y familiaridad que, cumplido su retorno a la patria, me ha dado manifestas señales de la más amplia y liberal de las correspondencias. Y por cierto que le soy deudor de muchos folios, que en el Códice Martiniano faltaban, de aclaraciones diversas acerca de la historia de los Arabes y de muchas medallas, que concurren de maravilla a ilustrar aquellos hechos y, lo que es más, de este Códice presente, el cual contiene todas las cartas sobre asuntos de gobierno que por el espacio de casi cuarenta y cinco años fueron cambiadas entre los Sultanes de Egipto, el famoso Roberto Guiscardo, el Gran Conde Ruggiero y el hijo de su mismo nombre que éste hubo, que fundara luego la Monarquía de Sicilia y que invitiese el primer título Real.

Grandes cosas y muy importantes noticias me ha parecido que contenía este Códice, oh Señor, tan pronto como he traducido unos pocos folios. Pero con desconfianza de mi propio juicio, de inmediato me preocupé por someter el texto al alto discernimiento del Príncipe de Caramanico, que tan dignamente representa a Vuestra Majestad en Sicilia. Cuando él hubo conocido el valor de la obra, como

solicito Protector de las buenas letras, me dio ánimos para el cumplimiento de la misma y, dado que no sin desvelos se ha producido el término de ella, no me parece que haya de lamentar el tiempo en ella invertido y óptimamente compensado por la utilidad del trabajo.

Restaba, pues, que presentase un fiel y nítido ejemplo del Texto Arabe a Vuestra Majestad, y mi versión en lengua vulgar tal como de mis manos ha salido y éste es, ahora, el deber que vengo a cumplir.

Seré yo muy afortunado si Vuestra Majestad, quitando algún momento a los cuidados preciosos con los que custodia y gobierna a dos felicísimos reinos, hace digno a mi Códice de la Augusta mirada Vuestra. En estos folios leeré cómo los dos famosos héroes Roberto y Ruggiero hicieron tregua con el Sultán de Egipto luego de la más sangrienta de las guerras. Cómo, una vez aquietados los asuntos externos, se entregaron al gobierno interno de sus dominios y dictaron las primeras leyes para estos pueblos, en momentos sucesivos, todas colmadas de los principios más aptos para la custodia de la seguridad interna del estado y para promover el bienestar de los súbditos. Cómo, al mismo tiempo, se aplicaron a introducir nuevas artesanías, en especial la del trabajo de las sedas, haciendo venir desde Egipto a valientes Artesanos, a quienes establecieron aquí con valiosas dádivas y permanente protección. Asimismo, Vuestra Majestad podrá observar en este mismo Códice con cuánta sagacidad y prudencia los asuntos del estado Normando se resolvían en el Concejo por Aquellos constituido y con cuánta uniformidad en esos primeros tiempos todas las legislaciones estaban dirigidas a favorecer los progresos de una nación naciente. Verd también con qué sublime discernimiento aplicaron algunas partes de la constitución

de los Francos sobre aquélla que los Musúmanes habían establecido ya en Sicilia, y de la que quedaban aún algunas disposiciones, a partir de lo cual se formó más adelante el complejo de las leyes que se convertirían en propiedad de la misma Sicilia y que, estando en su mayor parte en plena observancia en nuestros días, pienso que a la luz de este Códice mejor se podrán comprender y aplicar.

Pero lo que más me hace esperar que sea merecedor de Vuestra Augusta protección, oh Señor, es saber que en ningún otro documento, distinto de este Códice, se aclaran con tanta amplitud los Supremos derechos de la Realeza, atento a que en las dos legislaciones en él transcritas, y en particular en la segunda, se lee con todo detalle cuáles fueron las cosas que al pleno e inalterable dominio de los representantes de esta Monarquía han sido reservadas. El directo y universal patronato sobre todas las Iglesias del Reino y el derecho de elegir a los Obispos, a la Real Persona se aplican con absoluta firmeza, y sin ninguna oposición resultan constantemente practicados. La amarga pugna por el dominio de la Ilustre Ciudad de Benevento y muchos otros gravísimos litigios de pareja naturaleza, como así también muchas cuestiones históricas acerca de la descendencia de Ruggiero, acerca de los títulos de Duque y de Gran Conde, que fueron detentados el primero por Roberto Guiscardo y el segundo por el mismo Ruggiero, serán, oh Señor, con la guía de este Códice tratados con felicidad de hoy en más y con mayor dignidad para Vuestra Real Corona.

Largo podría ser mi discurso, si paso a paso quisiera agregar cuanto de estimable posee una obra que ha reclamado la más ansiosa expectativa por parte de los súbditos de Vuestra Majestad y aun de los extranjeros. Pero resérvese este importante tra-

bajo a otros, en este campo más experimentados. Tan sólo ruego a Vuestra Majestad que permita una respetuosa anticipación, a saber: que el precioso Códice auténtico, dado que a mí ya no será necesario para consulta, ha de convertirse en donación no despreciable a esta Biblioteca Real. De modo que, si alguna vez ocurriese que algún erudito en tales estudios quisiera confrontar algún pasaje o examinar con diligencia la versión por mí escrita, pueda en todo momento tenerlo a disposición, sin el temor de que pudiera un día desaparecer o dar nuevamente en el pasado olvido y desconocimiento. Asimismo agregó que, habiendo obtenido por ventura una copiosa serie y colección de monedas y de vasos Arabes, de la que considero que es única en Europa en estos tiempos presentes, y no dejando de acrecentarla cada día, tan pronto como haya sido terminada la edición de los dos volúmenes que por ahora me ocupa enteramente, me dispondré a publicar con la mejor de mis diligencias el Museo Cúfico, como obra de importancia y que mucha luz podrá brindar a hombres doctos, para justificar las diversas épocas de estos Reinos, de las de España y de Africa, de las de los Imperios de Asia. A esto sumado, será así posible conocer en profundidad a qué punto habían llegado las artes en aquellos antiguos siglos. Para obtener una tan particular colección, confieso la verdad, he debido enfrentar numerosas fatigas, contentarme con la privación de muchas comodidades de la vida a fin de adquirir aquellas preciosas piezas. Pero mucho más tendría que haber dejado aparte si no hubiesen prestado cortés ayuda tanto mis corresponsales de Marruecos como aquí la gentileza, que se suma al mucho conocimiento y al incansable estudio de Don Francesco Carelli, Secretario de este Gobierno de Sicilia, a quien me envanece de contar como singular amigo mío, que el lo es, de todo corazón,

de quienes en las diversas disciplinas y artes se fatigan útilmente.

Dios Nuestro Señor brinde apoyo a esta empresa mía, pero sobre todo, y largamente, por bien de estos Sus Reinos, a Vuestra Majestad, en compañía de Vuestra Real Consorte y Familia, conserve y colme de felicidades.

Humildísimo súbdito
GIUSEPPE VELLA

TERCERA PARTE

I

Un batallón de caballería abría el cortejo. Entre dos alas de alabarderos, solo en el centro de la calle, con paso lento y rostro inexpresivo, caminaba el capitán de la ciudad. Por detrás marchaban los nobles, vestidos de negro, como él. Un millar de personas que intentaban mantener rígido el paso y ordenadas sus filas, pero sin apreciables resultados. Seguía un batallón de infantería y la banda de música del cuerpo, cuyos bronces hacían vibrar, hasta el punto de conmover las entrañas de tenderos y clientes, los sones de una marcha fúnebre desgarradora. Luego, la Compañía de los Blancos, la de la Caridad, la de la Paz, los niños expósitos, abandonados en algún convento, y los huérfanos; por detrás, capuchinos, benedictinos, dominicanos, teatinos, el capítulo y el clero de la catedral, los cantores de capilla, con una vela encendida en la mano, haciendo oír su lúgubre coro, los alabarderos de palacio; la baja servidumbre con libreas enlutadas llevaba las dos cajas, una cubierta de paño negro y la otra de rojo, sobre las que se destacaban los blasones de la familia D'Aquino. A cierta distancia marchaba el caballero mayor que, a modo de bandeja, portaba en

sus palmas abiertas una espada. Por detrás de él, pero a caballo, avanzaba el auxiliar real.

Tendido sobre un ataúd cubierto con un palio de seda y oro, don Francesco d'Aquino, príncipe de Caramanico, virrey de Sicilia, parecía un odre desinflado a medias, al que le hubiesen puesto encima la insignia de cera de dos manos entrelazadas y una máscara de carnaval, de nariz desproporcionada. Lo llevaban a hombros y lo rodeaban cofrades de las tres nobles Compañías. Lo seguían el príncipe de Trabia, segundo título del Reino, y el pretor con todo el cuerpo de su senado y de sus oficiales. Luego, una vez más, la caballería, y el regimiento de los Suizos, las carrozas de corte y del senado. Cerraban el cortejo cuatro caballos de raza, cubiertos con gualdrapas negras, cada uno a cargo de un palafrenero que sujetaba el freno. En otros tiempos, los cuatro espléndidos animales hubiesen sido sacrificados, tan pronto como finalizara la ceremonia. Ahora, pues, el pueblo estimaba el valor de los caballos y se lamentaba, sin saber que en esta ocasión serían razonablemente conservados con vida.

Era una cálida jornada de enero, que parecía de verano. El príncipe de Caramanico se marchaba, después de casi diez años, con un fasto mayor que el que le había acompañado a su llegada. Su largo virreinato se había abierto, con Caracciolo en funciones de ministro en Nápoles, dentro de los términos del rigor caraccioliano. Sin embargo, ese rigor se había atemperado a través de la observancia de las formas y de la gentileza de modales, de modo que poco a poco se había sumergido en el apático respeto del viejo orden, de las costumbres antiguas. Un virreinato que llegaba a su fin con la cola entre las patas, aun para el mismo Caramanico y para el pueblo siciliano. Pero el virrey ya no se hallaba en condiciones de comprenderlo así, y el pueblo sicilia-

no aún no había llegado a ellas. Sumados el gusto por la fastuosa solemnidad y el sincero dolor por la muerte de un hombre que gustaba de obtener el consuelo de todos, en ese momento Palermo estaba de luto, en su nobleza y en su plebe. Y en razón de que el mundo bullía y se encrespaba de rumores, la sospecha de que la muerte del virrey fuera resultado de las inquietudes mundanas se había esparcido por toda la ciudad: al parecer, habían envenenado al buen príncipe de Caramanico a causa de una cierta debilidad que él experimentaba hacia los franceses o a causa de una cierta debilidad que la reina experimentaba hacia él.

De no haber sido por aquel dardo solar que se le clavaba en la nuca y del que no lograba conseguir reparo dentro del cortejo, al abate Vella la muerte del virrey no le hubiese producido ni frío ni calor. Que hubiese muerto por una enfermedad del hígado o por el veneno que alguna persona de palacio pudiera haberle suministrado era tema para la pasión de los demás. Bien distintos eran los problemas que el abate debía resolver. Delante de él, dentro del cortejo, ondulaba llana y pesada como nido de cuervos la cabeza del canónigo Gregorio: su encarnizado enemigo, su feroz perseguidor.

El abate Vella proyectaba como negros augurios sobre la cabeza de Gregorio las hipótesis y sospechas acerca de la muerte de don Francesco d'Aquino: el mal de la piedra, el cáncer, el veneno. O bien los franceses y su revolución que, en los límites del Reino de Nápoles y Sicilia, en esos límites de agua salada y de agua bendita, quemaba como el sol de agosto en la campiña quema los setos vivos. Giuseppe Vella consideraba que la revolución era algo bueno porque en Francia le había cerrado la boca a ese De Guignes, quien había anticipado sus sospechas acerca de la autenticidad del *Archivo de Sicilia*.

Gracias a Gregorio, las circunstancias eran tales, en esos momentos, que el abate Vella, elevado al punto máximo de la onda del éxito y del bienestar, se hallaba en peligro de precipitarse hacia una situación aun peor que aquella desde la que había ascendido. Contaba con el apoyo de Tychsen, ilustre orientalista y profesor en Rostock. Pero sus enemigos habían metido en el asunto a un individuo llamado Hager, lo habían hecho ir a Palermo, lo custodiaban y quemaban incienso para él y, a expensas del rey, le permitían vivir con regalo.

Tychsen, gran erudito y profesor, había juzgado en términos de *incomparable* y *casi divina* la pericia de Vella. Y aquel Hager, que de árabe sabía poco y nada (el abate Vella, con la conciencia tranquila, estimaba que Hager sabía de árabe menos que él mismo), pretendía erigirse en juez. Pero toda Palermo estaba a favor de Vella, hasta tal punto que el canónigo Gregorio y sus amigos temían que alguien quisiese atentar contra la vida de Hager o, al menos, demostraban ostentosamente ese temor. Y no podía decirse que el abate Vella estuviere por entero ajeno a semejante intención; pero, de momento, la hallaba inoportuna. Además, lo más inteligente sería destruir la cabeza, es decir el canónigo Gregorio. Y nadie podía prever cuántos otros inconvenientes habrían de surgir de un hecho de esa índole. Era imprescindible, en cambio, mantener la sangre fría: aguardar los movimientos de los adversarios con ojo vigilante pero con una actitud de indiferencia, despreocupada y burlona.

Entretanto, él seguía siendo el gran Vella, el célebre Vella: Tychsen le rendía veneración, la Academia de Nápoles lo había nombrado socio, el papa en persona se preocupaba por su salud. Había sufrido una inflamación en los ojos y el papa le había escrito para recomendarle que se cuidara, puesto

que la vista era muy en especial preciosa para un hombre que, a partir de tenues e inseguros signos, sacaba a luz la memoria del pasado.

Así las cosas, y en vista de que, merced a la autocracia que el gobierno le había acordado, Hager había pedido que se pusiesen a su disposición los códices, las monedas y las cartas escritas por el ya famoso embajador de Marruecos, el abate Vella había barrido de su casa todo objeto que pudiera comprometerlo. Mientras el virrey agonizaba, momentos en que incluso los esbirros habían perdido la cabeza, Vella se había presentado a hacer denuncia de hurto. Una noche sonada: enviar las pruebas de la impostura a casa de su sobrina, con ayuda del marido de ella y el monje, que oficiaron de cargadores; luego, despertar al vecindario, hacer una escena de desesperación por la ruina en que le sumía el robo; por último, correr a la Corte de Justicia, en medio de la noche, con el riesgo de encontrar ladrones de verdad. Una noche sonada. Pero su naturaleza singular le permitía cierto consuelo al pensar que el príncipe de Caramanico las había pasado peores. Fue un pensamiento que le asaltó de improviso, cuando en la iglesia de los capuchinos los nobles depositaban el cadáver dentro del doble ataúd.

II

A la hora del alba, al abrir, como era su costumbre de cada día, la ventana que daba al huerto, transcurrida ya una semana a partir de la denuncia del robo, el abate Vella descubrió dos figuras que se movían entre las penumbras de la pérgola. «Pues

está visto que de verdad han venido ladrones», pensó. Pero los dos hombres que habían oído que alguien abría la ventana, dieron voces y se identificaron. Eran esbirros.

—¿Y qué hacéis allí? —preguntó el abate.

—Orden del juez... Toda la santa noche aquí, a la intemperie. —Estaban pálidos, ateridos.

El abate se dirigió a la ventana que daba a la calle: junto a la puerta de entrada, otros dos esbirros. «Si me hubiesen robado de verdad, estaría fresco: al cabo de una semana llegan los esbirros... ¿Y para qué...? Para el tesoro de Santa Agata construyeron puertas de hierro después del robo... Siempre es la misma la ley.»

Pero experimentaba una vaga inquietud, un sentimiento, y se puso a la tarea de quemar en la cocina aquellos pocos papeles, esparcidos aquí y allá, que para un ojo experto pudiesen ser reveladores de algún detalle de su juego o que pudiesen dar nacimiento a una mera sospecha.

Alto ya el sol, llegó el juez, con una compañía de esbirros. Era Grassellini, juez del Real Patrimonio. El abate se sorprendió ante tal aparición, puesto que esperaba ver a un juez de la Corte Criminal.

—Si fuera un simple robo —explicó el juez Grassellini— tendría que ocuparse de él la Corte Criminal. Pero dado que los objetos robados os pertenecían, sí, pero tan sólo en forma material, en tanto que moralmente pertenecían a Sicilia, al Reino, al Real Patrimonio... pues ha habido un pequeño conflicto de competencia entre la Corte Criminal y el Tribunal del Real Patrimonio, ya sabéis cómo son estas cosas... Pero hemos ganado nosotros, naturalmente... ¿No creéis que la razón ha de estar de nuestro lado, sin duda alguna?

—Claro que sí —respondió el abate—. Los pape-

les que sirven para hacer la historia son patrimonio del Reino, ni más ni menos que el palacio de los normandos o la tumba del rey Federico.

—Justamente ésa es la tesis que he sostenido yo. Y me complace que vuestra opinión sea concordante... En cambio, a mis colegas de la Corte Criminal les ha parecido un concepto revolucionario: para ellos no existe diferencia entre el hurto de una salchicha y el robo del *Archivo de Egipto*... Así se llama el código que os han robado ¿verdad...? Por mi parte, hago una diferencia ¡vaya si la hago! —Hizo un guiño al abate y luego, con otro tono de voz, se dirigió a los esbirros—: revisadlo todo y recoged cada papel que encontréis, hasta el más pequeño, hasta el más mínimo de los trozos...

Los esbirros se desparramaron por la casa. El abate y el juez, durante unos momentos, se miraron a los ojos; en los del otro, cada uno leyó la medida de sí mismo, del propio juego: como si estuviesen sentados a la mesa de juego, con las cartas en la mano.

—Una simple precaución —explicó el juez— para evitar que los ladrones, si se les ocurriese volver a haceros otra visita, puedan llevarse alguna otra cosa de propiedad del Real Patrimonio.

—Creo que no han dejado nada tras de sí, al menos de aquello que vos buscáis. Pero habrá que ver... con gente tan experta como la vuestra...

—También yo estoy convencido de que no han dejado nada... Convencidísimo —dijo el juez, con feroz desilusión, como la del perro que no puede seguir a la liebre dentro del zarzal.

El abate comenzó a hablar del robo. Tres hombres enmascarados habían irrumpido en su dormir, de un modo tan brusco que en un primer instante no supo si pertenecían a un sueño o a la realidad.

Luego se había hecho cargo de la situación y tenía frente a sí el cañón de una carabina. Pero no lograba comprender qué intereses podían haber movido a los ladrones cuando penetraron en su casa, la casa humilde de un hombre de estudio. Y, por supuesto, no se habían llevado nada que no fuesen papeles, papeles que para ellos debían carecer de valor.

—Pues tal vez también ellos son hombres de estudio —dijo con grosera ironía el juez Grassellini.

—¿Lo creéis? —preguntó Vella con un estremecimiento de temor—. Si las cosas son tal como las sospecháis, si mis enemigos han sido capaces de llegar a tanto, de ahora en más tendré que preocuparme por mi seguridad y por mi vida... —Recitó con tanta convicción que el juez se sintió sumido en la perplejidad durante unos segundos, atacado por la duda.

—Al efecto he ordenado que haya guardias en torno a vuestra casa, día y noche.

—Os quedo muy obligado... Porque me encuentro mal desde aquella noche maldita; se me ha amargado la sangre, siento que me estalla la cabeza. Pero sabiendo que a mi alrededor hay vigilancia, podré acostarme tranquilo, sin miedos.

—De todos modos tenéis a aquel monje para haceros compañía, tan excelente, tan devoto... —insinuó Grassellini.

—Oh, no, se ha marchado hace tiempo... Para ser exactos, he sido yo quien le ha pedido que se marchara, pues no era tan excelente y tan devoto como vos creéis... Figuraos que aquí, en mi propia casa... —enrojeció, se le veía cohibido y, a la vez, rebosante de indignación—. Recibía, en una palabra, no os diré más... —Al cabo de más de dos lustros, Giuseppe Vella había tenido ocasión de descubrir el vicio del monje y ahora intentaba sacar provecho de ello.

—¿Recibía qué?

—A una mujerzuela —respondió el abate con un susurro.

«Viejo zorro —pensó Grassellini— pones tus espaldas a buen recaudo; lo que el monje pueda revelar, una vez arrestado, tú lo atribuirás a su mala índole.»

Los esbirros, era evidente, se entretenían en hurgar rincones por amor al arte; al arte de desbarajustar el orden de una casa, de entremeterse en todo.

Con sutileza, el abate llevó a la conversación el nombre del marqués de Simonetti, que había sido colaborador de Caracciolo y en esos momentos cumplía funciones de ministro en Nápoles; Vella se preguntaba amargamente cuánto disgusto habría experimentado el marqués al tener conocimiento de que los papeles del *Archivo de Egipto* habían sido objeto de robo.

—Por eso es que me empeño en el caso —dijo Grassellini—. No querría que su excelencia dudara acerca de mi celo, de mi solicitud —pero su tono fue ambiguo, con un matiz y una expresión en los que se advertía una velada amenaza. Y por cierto que entretanto pensaba: «Te atraparé de tal modo que su excelencia no podrá mover ni siquiera un dedo por ti.»

No se hubiese dicho con justicia que Grassellini tenía algo personal en contra del abate Vella o en contra del ministro Simonetti. En ese momento se dejaba llevar por el específico olfato que algunos funcionarios tienen frente a las situaciones de cambio, olfato que les permite husmearlas en el aire antes de que se cristalicen y del que se valen para efectuar, en consecuencia, ese mínimo salto hacia el nuevo orden (o desorden) de las cosas. El juez había caído en la ingenuidad de comprometerse con Carac-

cielo hasta el extremo de convertirse en promotor de la fiesta de despedida y los nobles le habían arrancado la piel a jirones con su desprecio: por todos los medios al alcance de sus privilegios, la nobleza había intentado obstaculizarle la carrera y hacerle difícil la vida. Pero en aquellos tiempos del virrey Caracciolo, Grassellini era joven. Ahora, en cambio, poseía tanta experiencia y tan afilada nariz como para comprender que, aun cuando Simonetti permaneciese en su cargo de ministro o lo abandonara, la presión fiscal del gobierno sobre las rentas de los barones sicilianos estaba a punto de ceder, a causa de aquellos tumultuosos sucesos de otros países que habían desembocado en el nacimiento de un eco de temor y de reacción en la Corona. Se avecinaba un tiempo durante el cual el Rey tendría necesidad de los barones y de ello era indicio la preocupación que la corte ponía para dar largas a sus deudas, para acomodarlas, hasta para pagarlas. Por lo tanto, con el fin de redimirse ante los ojos de la nobleza siciliana, Grassellini se había arrojado en pos del asunto Vella para crucificarlo bajo el cargo de simulación, del que no sería nada difícil extraer más adelante el de falsedad. En las cosas de su oficio, el juez era tenaz y sutil y también, y a su manera, honesto: no dudaba de la falsedad y simulación del robo de los códices del abate Vella. Por cierto, era necesario proceder con tacto, con prudencia, dar la razón a una parte, es decir al ministro Simonetti, y luego a la otra, en este caso la nobleza. Junto con Simonetti caerían monseñor Airoldi y el abate Vella.

Los esbirros depositaron a los pies de Grassellini todos los papeles que habían hallado. El juez ordenó que fuesen empacquetados y lacrados. Con modales ceremoniosos y recomendándole que se cuidara, se despidió del abate.

—De inmediato me meteré en la cama —aseguró Vella—, porque ya no puedo mantenerme en pie.

Y de verdad se metió en la cama, pero después de haber escrito al marqués de Simonetti. En la carta, hablaba del martirio al que el juez Grassellini sometía al fiel y devoto servidor de la Corona y personal admirador de su excelencia, Giuseppe Vella, abate de San Pancracio.

III

A la hora del toque de vísperas, un *volante* de monseñor Airoldi fue enviado a casa del abate Vella para llevarle como presente un bote de manjar blanco y pastas de sésamo, dulces a los que el abate hacía objeto de su gula y que monseñor muy a menudo se preocupaba de mandarles. Junto a la puerta de entrada, el *volante* halló a dos esbirros que se apeñuscaban en el umbral, aburridos, alarmado, les preguntó:

—¿Qué ocurre?

—No ocurre nada, estamos aquí para cuidar al gato —respondió uno de los esbirros. Era evidente que ambos hombres consideraban cosa de poco jugo aquella de montar guardia junto al establo del que ya habían sido robados los bueyes.

—¿Y el abate?

—Está en la cama, dichoso de él.

El portal estaba abierto. El *volante* entró en la casa, con la intención de dejar el regalo en la sala, si era verdad que el abate estaba en la cama. Todas las puertas estaban abiertas y desde una habitación cercana llegaba una especie de estertor entrecortado

por sollozos agudos y palabras mal balbuceadas. El hombre permaneció indeciso, con la bandeja en la mano, durante algunos momentos: no quería comer la falta de delicadeza de entrar en la habitación del abate. Pero, por otra parte, esos sonidos le parecían más propios de un moribundo que de una persona dormida. Sin dejar la bandeja, atravesó la puerta de la habitación de Vella. En la media luz, en el fondo del cuarto, el rostro del abate parecía el de un reo ajusticiado: caído sobre las almohadas y cojines, con los ojos en blanco, faltos de pupilas y salidos de sus órbitas y la boca abierta.

El *volante* se acercó al lecho para llamar:

—Abate, abate Vella...

El estertor se hizo más fuerte, los sollozos más continuos. Luego comenzó a hacerse nítido un delirio coherente: los códices, el robo, la gente que quería mal al pobre enfermo.

—Pobrecito, mira en qué estado le han puesto —murmuró el *volante*; luego se encará con el enfermo—. Abate, vengo de parte de su excelencia... Monseñor Airoidi ¿recordáis a monseñor Airoidi? —le hablaba como si se tratase de un niño—. Me ha mandado traer os este manjar blanco y las pastas de sésamo que tanto os apetenecan...

Las pupilas del abate afloraron en el blanco de sus ojos de ajusticiado y por un momento se mantuvieron fijas en la bandeja que el *volante* le mostraba.

—Ponla aquí —dijo el abate, señalando la columna que había junto a su cama.

De inmediato siguió en su delirio.

De ese modo, antes de la noche, toda Palermo supo que el abate Vella estaba a punto de morir. Y la noticia suscitaba reacciones y juicios contradictorios, discusiones interminables e incluso no pocas apuestas. Había quien consideraba que la enfermedad,

como el robo, era ficticia. En cambio otros creían en ella y se lamentaban con amargura. Unos la atribuían al terror por la inminencia del descubrimiento de la impostura; otros, a la injusta persecución y al episodio del robo. Tarde en la noche, los esbirros se vieron obligados a acudir primero al barrio de la Albergaria, donde se había encendido una riña entre mujeres que, acerca del caso del abate Vella, habían tomado partidos opuestos: unas se compadecían y al episodio del robo. Tarde en la noche, los mismos esbirros intervinieron en la Kalsa, donde los pescadores se destripaban en pro y en contra de la autenticidad del *Archivo de Egipto*.

En la Gran Tertulia, en el palacio Cesaro, las opiniones de los nobles sobre el caso Vella fluían dentro de sentimientos mucho más unánimes. En ese momento, la reacción era indignada frente al proceder del juez Grassellini y de cautela y sospecha con respecto del abate. Pero la sospecha era vaga, tambaleante, y estaba velada por un respeto que, en apariencia, se tributaba al estudioso, si bien en realidad correspondía al chantajista todavía temible, todavía sostenido por el apoyo de la obra impresa y del real favor.

—Ni siquiera es capaz de cumplir las funciones de esbirro —decía el príncipe de Partanna—. Recibe una denuncia de robo y todo lo que hace es una requisita en casa de quien ha sido robado: cosas de locos...

—Es un rufián, eso es, un rufián —exclamó airado el marqués de Geraci.

—Pues sí, no cabe duda: tiene alma de rufián... Ya se comportaba así con el *paglietta*. ¡Hermosa fiesta de despedida le organizó...! Ha intentado hacerlo con el príncipe de Caramanico, ese buenazo... Un rufián... Pero yo me pregunto: ¿a quién le ha

encendido la vela ahora...? ¿Al canónigo Gregorio? Ni pensarlo. ¿Al marqués de Simonetti? No me parece lógico que el marqués vaya a atacar a Vella luego de haberlo protegido tanto. ¿Al arzobispo? Al arzobispo esta historia no le importa un bledo... ¿A quién, pues? —preguntaba don Francesco Spuches mientras hacía girar a su alrededor una mirada vacía.

—Quizá a vos —dijo el marqués de Villabianca.

—¿A mí?

—Digo a vos para decir a mí, a nosotros, a todos nosotros: a la nobleza, en una palabra... Pensad por un instante en lo que sucedería si Grassellini lograra reunir pruebas, pruebas concretas, pruebas de valor legal, para apoyar las sospechas del canónigo Gregorio y de aquel austríaco... ¿cómo se llama el austríaco?

—Hager.

—... y de Hager, que sostiene que el *Archivo de Sicilia* y el *Archivo de Egipto* son falsos...

—Imposible —dijo Cesaró.

—¿Cómo lo sabéis?

—Pero si están de por medio hombres como monseñor Airoldi, como el príncipe de Torremuzza... ¿creéis que hombres como ellos se hayan dejado engañar? ¿Y el profesor Tychsen? ¿Dónde ponéis al profesor Tychsen?

—Yo lo dejo en el lugar en que se encuentra... Y en cuanto a monseñor Airoldi y al príncipe de Torremuzza, me quito el sombrero ante el saber que poseen. ¿Pero creéis que el canónigo Gregorio y el austríaco Hager merecen menos respeto...? Por otra parte, sólo he planteado una simple hipótesis: que los códices del abate Giuseppe Vella sean falsos... ¿Qué sucede si, Grassellini de un lado y Hager del

otro, presentan pruebas seguras de que los códices son falsos?

—Una mascarada, eso tendríamos. Y reírán hasta morir incluso los salvajes de todas las Américas —dijo Meli.

—Para vos sólo tiene una faz ridícula esta hipótesis mía. Pero para nosotros presenta interés, un preciso interés... ¿sabéis qué significaría para nosotros la prueba inequívoca de que los códices de Vella son falsos?

—Lo sé: el fisco de la Corona tendría que renunciar a todas aquellas reivindicaciones que está haciendo sobre vuestros bienes, con el *Archivo de Egipto* en la mano...

—¡Qué gran hijo de...! Perdonadme, quiero decir: es verdad que este Vella ha querido arruinarlos —dijo Spuches que así, en unos pocos minutos cambiaba sus sentimientos hacia el abate.

—¿Y qué es lo que no ha entregado a la Corona con el *Archivo de Egipto*? Playas, feudos, ríos, almadras: posesiones todas que durante siglos ni reyes ni virreyes habían puesto en tela de juicio que nos perteneciesen —dijo el marqués de Geraci.

—¿Comprendéis ahora cuál sería el servicio que nos podría prestar Grassellini? —concluyó el marqués de Villabianca.

—¿Pero quién se lo ha pedido? —preguntó el príncipe de Partanna, quien ni siquiera frente a la rosada perspectiva de la falsedad de los códices lograba disimular su honda antipatía hacia Grassellini—. Además, la vuestra no es más que una hipótesis. Lo que sabemos de seguro es que Grassellini está cometiendo una tropelía y yo cuando veo una tropelía me convierto en un animal.

—¿El *Archivo de Egipto* no es acaso fuente de muchas tropelías? —preguntó Ventimiglia.

—Estas son consideraciones que se podrán analizar en el caso de que se pruebe la falsedad de los códices... En estos momentos sólo sabemos que un pobre hombre está a las puertas de la muerte —dijo el duque de Villafiorita.

—Un hombre notable —comentó Ventimiglia.

—Un estudioso —agregó Spuches.

La compasión por el abate volvió a florecer en el melancólico recuerdo de sus cualidades: como si se tratase de un hombre muerto ya. Pero se advertía la grieta por la cual comenzaba a filtrarse un sentimiento muy distinto.

IV

Después de la terrible noche de la evacuación y después de haberle hecho jurar sobre un crucifijo casi roto y muy desportillado que jamás diría una palabra acerca de aquella faena de evacuación, el abate Vella había entregado al monje las llaves de la casita de campaña que tenía en Mezzomonreale: bellissimo lugar y casita cómoda, de muy pocos conocida como propiedad del abate. Tal vez los únicos que sabían la identidad del propietario eran aquellos que se la habían vendido.

De haber sido la Corte Criminal la encargada de ocuparse del caso, difícilmente hubiese logrado echar el guante sobre el monje. Pero los *confidentes* del Tribunal del Real Patrimonio en asuntos de compra y venta, trasposos de propiedades y legados tenían los oídos más sensibles de toda Palermo. Alguno de ellos insinuó al juez Grassellini que quizá el monje se hallara escondido en la villa campestre de Mezzo-

monreale que el abate Vella había comprado poco tiempo atrás.

Grassellini envió a todos los esbirros que tenía a su disposición. Y eran tantos, que su paso hacía pensar en una batida para capturar a alguna de las feroces y numerosas *comitivas* que no faltaban en la zona y de las que los esbirros, de tanto en tanto y sin alcanzar ningún éxito concluyente, se ocupaban a modo de demostración. Circundaron la casita y apresaron al monje literalmente al vuelo, puesto que era de noche y al religioso le había parecido posible escurrirse saltando desde una ventana baja.

El juez Grassellini lo envió, con el cepo en los pies, a la celdas subterráneas de la Vicaría. Y lo hizo comparecer ante su presencia después de dos días: dos días de repugnantisíma comida y de angustias sin fin. O sea que el monje se hallaba maduro para vomitar todo lo que sabía acerca de los asuntos de Giuseppe Vella, si bien pensaba mantener en secreto aquello por lo que había jurado sobre el Crucifijo (en su mente sólo estaba vivo el recuerdo exacto del crucifijo que el abate le había puesto bajo las narices en la noche de la evacuación), pues temía ser destinado a los fuegos del infierno, en la que con terror solía denominar «vida eterna».

Al verlo ante sí con los ojos desorbitados y la barba crecida, Grassellini no intentó evitar una sonrisa de amenazante complacencia: la Vicaría había guisado al monje el tiempo justo. Y tomó como punto de partida la confidencia que el abate Vella le había hecho con tanta astucia acerca de los deleznales amores del monje maltés, pero hablándole como si ésa fuera la única causa por la cual se hallaba enfrentado con la ley.

—Lo habéis pasado mal ¿verdad? —inició su interrogatorio Grassellini: comprobación y pregunta al mismo tiempo.

—¿Dónde? ¿En la Vicaría? —preguntó a su vez el monje, con inocencia, porque no veía sombra de ningún exceso en su pasado cercano. Pero Grassellini interpretó la respuesta como un asomo de ironía insolente.

—En la Vicaría ni tan sólo habéis comenzado a divertirlos —vociferó el juez, rojo de ira—. Ya lo veréis, ya lo veréis... Os pregunto por las diversiones de que habéis gozado en la casa de aquel hombre santo, que con tanta generosidad os daba albergue y a cuyas espaldas os habéis hecho el gallo con las mujerzuelas, en tanto que él, pobrecillo, salía de su casa sin la menor sombra de sospecha...

—¿Pero quién os lo ha dicho?

—El abate Vella en persona, lo ha dicho. Y bien sabéis vos que es verdad... Y si lo negáis, traeré aquí a la mujer que llevabais a esa casa y haré que os diga en vuestras narices si es o no verdad lo que el abate Vella me ha dicho...

El monje no se esperaba tan negra traición de parte de Vella y sintió que el mundo se desplomaba sobre sus hombros.

—Pero ésa es una historia vieja —balbució.

—¿Vieja? —preguntó el juez, con cierta dulzura.

—De hace un par de años... o tres...

—¿Qué es lo que ha ocurrido, exactamente, hace dos o tres años atrás?

—El abate regresó a la casa en momentos en que yo no le esperaba y se ha encontrado con que yo estaba con Caterina, la de Ragusa... Pero sólo conversábamos, os lo juro...

—¿Y de qué hablabais? ¿De teología?

—De cosas que no recuerdo... Y el abate Vella cristiano era y en demonio se convirtió...

—Porque a él esa clase de conversaciones no le eran para nada conocidas...

—No puedo asegurarlo por entero... Podría ser que, fuera de casa... ¿Qué queréis? La carne es débil...

—¿Y luego?

—Se enfureció, quería hacerme regresar a Malta... Después volvió a pensarlo: dijo que me perdonaba, pero me hizo jurar que nunca más...

—¿Y por qué volvió a pensarlo?

—Yo diría que por afecto.

—No sería porque tuviese necesidad de vuestra presencia. Comíais de su pan gratuitamente...

—Eso no es verdad —se encrespó el monje—, yo trabajaba siempre como un perro.

—¿Y qué trabajo hacíais?

—El que hubiese que hacer.

—¿Y qué trabajo había que hacer?

—Pasar en limpio los escritos...

—¿Qué escritos?

—Escritos en árabe.

—¿Vos habéis escrito el código del *Archivo de Egipto*?

—Lo he copiado: el abate me entregaba un par de folios cada día y yo los copiaba... Un trabajo que requería mi habilidad, mi paciencia...

—Y esos folios que os entregaba los escribía el abate, ¿verdad?

—No lo sé.

—Estáis en una fea situación... Creedme, os hablo como un hermano: será mejor que me digáis lo que sabéis sin que medien mis ruegos.

—Tal vez los escribía él.

—¿Los escribía o no los escribía?

—Los escribía.

—Bien —dijo el juez—, bien, bien, bien —irradiaba satisfacción, parecía otro hombre. Dirigió al mon-

je una sonrisa de simpatía y luego prosiguió—: ¿Pero sabéis que la vuestra es una obra maestra? El códice del *Archivo de Egipto* es una obra perfecta, perfecta...

—Vaya —casi se disculpó el monje— un poco de mérito también le corresponde a don Gioacchino Giuffrida.

—¿Quién es?

—El dibujante. La inscripción que se encuentra en el primer folio la ha hecho él.

—¿De qué inscripción se trata?

—Es la que dice *regalo de Muhammed ben Osman*... ¿Vuestra excelencia no ha visto el códice?

—Ah, no, amigo mío: esperaba que vos, precisamente vos, me dijerais dónde podría encontrarlo, para echarle una miradita, sólo una miradita...

El monje no entendía nada ya, pero en su mente refulgió un rayo de luz dentro del cual el Crucifijo sobre el que había hecho juramento se retorció y sangraba.

—El abate lo tiene en su casa —dijo—, dentro del baúl que está bajo su cama.

Su acento sonó tan sincero que Grassellini lo creyó. Pero, sin embargo, quería insistir aún, insinuar nuevas amenazas.

—Ya no está allí... El abate dice que tal vez hayáis sido vos quien se lo ha robado.

—¿Yo? ¿Y qué podría hacer yo con el códice?

—Así dice el abate... ¿Vos no tenéis nada que decir acerca de la desaparición del códice? Pensadlo bien. Pensad muy bien en la Vicaría...

—La Vicaría es un lugar horrendo. Pero yo no puedo condenar mi alma para toda la vida eterna... El infierno ha de ser mucho peor que la Vicaría.

Jamás habría de saber el juez que, al interrumpir en este punto el interrogatorio, cometía un grave error. Porque el monje se hallaba casi dispuesto a

decirle que no quería condenar su alma, no como Grassellini creía diciendo una mentira, sino traicionando un juramento. Tal vez un breve, incluso brevísimo pasaje por la cámara de torturas habría persuadido al maltés para que revelara el contenido de aquel juramento...

—¿Lo creéis así? —bromeó el juez, que conocía muy bien la Vicaría y era más optimista que el monje con respecto al infierno. Durante unos minutos se mantuvo en silencio, pensativo. Se decía: «Ya sé lo suficiente; a éste le he exprimido todo aquello que podía exprimirle; pero todavía no tengo entre manos el *corpus delicti*; y debo encontrarlo.»

—Pero, digo... —se aventuró el monje, con timidez.

—¿Qué?

—La historia de aquella mujer... Quiero decir, no he hecho nada malo... Hablábamos, tan sólo hablábamos... Yo... —y se echó a llorar.

—Quizá en vuestra tierra a aquello que haciais con Caterina la de Ragusa lo llamaréis hablar. En mi tierra ¿sabéis cómo se llama? Se llama... —se lo dijo con crudeza, riendo, y el llanto del monje adquirió tonos de desconsuelo—. Pero ésas son cosas vuestras: yo soy juez y no padre provincial.

V

A medida que transcurrían los días, la enfermedad del abate Vella se agravaba más y más. Al tercer día comenzó a escupir sangre; al octavo pidió que se le administrara el viático y todos estuvieron de acuerdo en que eso sería lo mejor. Por la noche, en

torno a su lecho, se había reunido un grupo de ilustres amigos, de admiradores fanáticos. Durante el día cuidaba de él su sobrina, lo que es un modo de decir, puesto que el abate iba y venía por la casa, con sus ropas de noche, preparado para meterse en la cama ante la primera señal de alarma.

En realidad, se encontraba rebosante de energía y tan jovial como nunca y más goloso que nunca. Por cierto que le escocían algunas punzadas de inquietud y aprensión, pero no dudaba acerca del rayo que el marqués Simonetti haría estallar sobre la cabeza del juez Grassellini. La Corona no podía permitirse a sí misma el lujo de perder el *Archivo de Egipto*.

Gracias a la preocupación de monseñor Airoidi, incluso el poeta Meli había ido a visitar al abate, en gran parte porque tenía fama de buen médico. Lo examinó: había auscultado y golpeado en todos los sitios posibles, le había clavado en el vientre, en las ingles, bajo las costillas, dedos que parecían de hierro. Para que desistiese, el abate Vella se vio obligado a fingir que caía en un colapso. Mientras se afanaban por lograr que el enfermo recuperase sus sentidos, Meli comunicó a los presentes que poco o nada se podía hacer y que el abate Vella se encontraba más del otro que de este lado. Por ende, lo que necesitaba era la misericordia de Dios, más que la ayuda de un médico.

—¿Pero qué mal padece? —había preguntado monseñor Airoidi, pues hasta ese momento ninguno de los médicos había logrado dar un nombre a la enfermedad de la que, evidentemente, el abate Vella padecía.

—Un cáncer en el estómago, según mi parecer... Y luego está el corazón: débil, no le sostiene...

«Eres una bestia, una bestia con todos sus pelos»,

pensaba el abate en tanto que con los ojos en blanco preguntaba:

—¿Qué pasa? —como hombre que sale de un desvanecimiento y no comprende lo que ocurre a su alrededor.

«Eres una bestia o lo haces adrede; tal vez has comprendido mi juego y quieres volverlo en contra de mí.» Cosa no imposible, dado el gusto por la burla que caracterizaba a Meli y considerando su particular acritud con respecto a Vella, de la que muchas veces había dado muestras, sobre todo después de que el fraile se alzara con la rica abadía de San Pancracio, a la que también el médico-poeta aspiraba. No obstante, Vella experimentaba no pocas inquietudes: bien podía tener dentro aquel cáncer, sin saberlo, pues así suelen ser estas cosas, y después de todo un médico es un médico. Un velo, apenas un velo de aprensión que caía bien en ese momento, no estaba fuera de tono.

Le llevaron el viático con solemnidad. El sacerdote que lo confesó y que le suministró el viático dijo a monseñor Airoidi, más tarde:

—Está muriendo como un santo.

Luego lo repitió frente a muchas otras personas. Así fue cómo el canónigo Gregorio y todos aquellos que formaban sus cohortes se encontraron de espaldas contra un muro: un moribundo que se marchaba, además, en olor de santidad. Media palabra de duda acerca de la enfermedad o, peor aún, acerca de la santidad, según el sentir de la mayoría de los palermitanos, habría relegado a los enemigos de Vella al puesto de las fieras más inmundas, de los chacales y de las hienas.

Dentro de aquella condición de moribundo que había elegido para sí, Vella sufría un único inconveniente, el de no saber qué hacía el juez Grassellini,

en qué punto se hallaban sus investigaciones. Monseñor Airoidi y los demás amigos evitaban con especial cuidado el tema: a un hombre ligado a la vida tan sólo por un hilo de conciencia lúcida no se le puede hablar de cosas desagradables. Algunas veces el abate hacía una tentativa:

—¿Han hallado el *Archivo de Egipto*?

O también aventuraba:

—El Señor ha querido amarrarme a este lecho, de lo contrario, a estas horas, ya habría dado a Hager todas las satisfacciones que pretende... Le habría hecho morder el polvo, dejando la modestia a un lado... —pero de inmediato todos se apresuraban a decirle que no debía preocuparse por esas cosas, que sólo mirase por recuperar su salud.

Sobre este propósito le había ocasionado un pequeño sobresalto el barón Fisichella, que a la pregunta «¿han hallado el *Archivo de Egipto*?», con el interés de confortarlo, había respondido que sí, que lo habían hallado. Un perfecto cretino. El abate estuvo a punto de quedarse seco, pero el barón tuvo que soportar que monseñor Airoidi le aplicase un terrible ajuste de clavijas:

—¿No veis que este pobrecito está muriendo por el dolor de haber perdido ese códice...? Una noticia semejante, aunque fuese verdadera, habría que dársela con sensatez, con precaución, y vos se la echáis encima como un animal...

—Pero es una noticia hermosa —se excusó el barón.

—Aun las noticias hermosas pueden matar a un hombre que se encuentra entre la vida y la muerte...

Mientras recuperaba el aliento, el abate pensaba: «¡Hermosa!, ¡sí, por cierto, muy hermosa! Para mí hubiera sido negra como la pez... ¡Pero no lo han de

hallar, como que hay Dios que no lo hallarán! Grassellini reventará buscándolo y reventarán también Gregorio y el austríaco de la cara de salchicha fresca... Reventarán... Entretanto el marqués Simonetti...»

El marqués Simonetti había hecho lo que le correspondía hacer: envió un despacho en el que ordenaba a la Corte Criminal que se hiciese cargo de las investigaciones sobre el robo y a Grassellini que cediese en sus empeños. También envió una carta al abate en la que, para sustraerlo de maquinaciones y persecuciones inspiradas por la nobleza, le invitaba a Nápoles. Pero carta y despacho llegaron en los primeros días de febrero, cuando ya el abate no podía seguir representando su papel de moribundo. Y la noticia del bochorno de Grassellini se difundió en Palermo junto con la de la imprevista curación, que el abate Vella atribuía a una exudación nocturna de los humores febriles, tan repentina y abundante, tan prodigiosa, que no era posible dejar de rendir agradecimiento a aquel San Juan Hospitalicio, de quien era devoto y que, sin duda, había intervenido.

Dos días más tarde, el abate salió de su casa. Se hizo llevar de paseo por la ciudad en un carruaje. Era una de esas mañanas tornasoladas de profundo azul y nubes rosáceas. Vella se sentía revivir, como si de verdad estuviese allí para gozar del sol, del aire, de la cálida piedra normanda, de las rojas cúpulas árabes, del olor de algas y limones del mercado, después de una feroz lucha contra la muerte. Sus sentidos eran más sutiles, más agudos, más libres. Y el mundo más frágil, más pura la materia.

La meta del largo vagabundeo era el palacio real, donde monseñor Airoidi le había preparado una

entrevista con el presidente del Reino, en funciones de virrey en esos momentos, monseñor López y Royo.

El virrey lo recibió con cordialidad, le dispensó un trato de sencillez familiar. No era hombre que se dejara perturbar por las sospechas, vivas en Palerme, de que el abate Vella era un embrollón. Incluso, aquellas sospechas hicieron nacer en el funcionario un instinto de simpatía. En cambio, sí, era hombre de sórdida avaricia y obsceno vicio, siniestro y sucio aun en aquello que por entonces se perdona con mayor liviandad y, muy especialmente, en lo que el marqués de Villabianca denominaba *criminalidades venéreas*. Que los códices árabes fuesen falsos o auténticos no era asunto que monseñor López y Royo considerase de su incumbencia; allá se entendieran en ese tema los nobles y Simonetti, monseñor Airoidi y el canónigo Gregorio. Sus preocupaciones, de momento, eran las de mantener el ojo puesto en los jacobinos y permanecer en el cargo de virrey, cuidados ambos interdependientes.

La conversación, luego de haber contemplado la anécdota de la enfermedad del abate y su milagrosa curación, cayó sobre el asunto de los jacobinos, justamente.

—El buen príncipe de Caramanico los ha dejado apacentarse a su gusto. Y ahora me corresponde a mí poner remedio, vigilar, indagar... Un agobio que te hace perder el sueño... El amaba a los franceses... —y lo decía con el mismo horror con que otros señalaban que él, monseñor López y Royo, robaba de los fondos destinados a la construcción de la catedral—. Y no hablemos de aquel anterior, Caracciolo, que los adoraba, sencillamente... He recibido una herencia muy pesada, una triste, tristísima herencia... El Reino está inficionado por la mala hierba jacobina y a mí me toca desarraigarla —y mostró las manos,

las cerró en puños, como si cogiese puñados de maleza.

El abate Vella estaba impresionado: en menos de un mes las cosas habían girado en dirección opuesta. No lograba imaginar las causas y sucesos que habían llevado a un hombre tan mezquino y feroz a un cargo que durante más de diez años había visto en manos de hombres de elevado intelecto, libros, dotados de enorme perspicacia e inteligencia.

—Y además, los libros: la cizaña de los libros —continuaba monseñor López—. No tenéis idea de su número, de la cantidad que llega cada día: vienen en cajones, a carradas... Y todos cuantos llegan, van a dar a manos del verdugo, para la hoguera —se le veía rojo de satisfacción, como si en la cara se le reflejara y brillase en sus ojos el resplandor del fuego.

—Oh, en estos tiempos son muy pocos los libros buenos —suspiró monseñor Airoidi.

—¿Pocos? ¡Pero si no los hay...! Todos son escritos que pretenden convulsionar el mundo, corromper cada virtud... Hoy por hoy, no existe cagatintas que no quiera decir lo suyo en materia de organización del Estado, de administración de justicia, de derechos de los reyes y de derechos de los pueblos... Por esto es que admiro a la gente como vos, que pasa su tiempo investigando las cosas del pasado y vive en santa paz con el presente, sin caer en la demencia de poner el mundo patas arriba... Os admiro, amigo mío, os admiro...

VI

Grassellini apenas había abandonado las investigaciones, cuando un despacho de Acton llegó a Palermo: era la contraorden del despacho de Simonetti. En el gobierno de Nápoles debía haber una confusión de *vucciria*, una baraúnda, un desbarajuste de burdel. El abate Vella sufrió una ligera recaída, porque el despacho definía como fábula al robo denunciado e intimaba a monseñor Airoidi, juez de la monarquía, para que vigilase, investigase y desenmascarase a Vella. Lo que valía como decir al pobre monseñor Airoidi que se preparara la cuerda con la que sería ajusticiado. Ajusticiado por la vergüenza, el escarnio y la befa.

Diez días más tarde, otro despacho, esta vez emanado de la secretaría de gracia y justicia, devolvía las cosas al orden en que, en un primer momento, las había dispuesto Simonetti.

El abate Vella experimentó una definitiva mejoría, que lo decidió a afrontar a Hager en conferencia, a debatir en público el problema de la autenticidad de los códices. Hager ya había estudiado el código de San Martino, es decir el *Archivo de Sicilia*, y se hallaba a punto de expedir a Nápoles su juicio, registrado en un largo escrito. Un juicio que pondría los pelos de punta a cualquiera. Pero se encontró con que estaba obligado a aceptar el desafío del abate, con lo cual se remitía al que, a su parecer, sería el menor de los males. Porque en el caso de no aceptar, otorgaría a Vella la victoria que, en cambio, si aceptaba, podría arrebatarse; si bien el en-

cuentro con el abate habría de resolverse con ventaja para él, puesto que tenía que ser tan hábil para discutir, sin duda, como lo había sido para llevar adelante el trabajo de falsificación.

Para presidir la conferencia fueron nombrados el obispo de Lipari, monseñor Granata, los canónigos De Cosmi y Fleres, el sacerdote Lipari y el caballero Speciale: todos ellos mondos como espinas de pescado en materia de árabe.

Hager comenzó diciendo que había examinado el código de San Martino desde el primero hasta el último folio y que, con la conciencia tranquila, podía afirmar que había sido por entero y recientemente alterado y corrompido; asimismo podía jurar que había logrado descifrar las siguientes palabras: «*El enviado de Dios a quien Dios sea propicio*», además de nombres de la familia de Mahoma esparcidos en distintos pasajes y de nombres de lugares y de cosas pertenecientes a la historia y a la leyenda de Mahoma, sin lugar a dudas. Por todo ello, con notorio fundamento deducía que el tema que trataba el código era la vida de Mahoma y de ningún modo la historia siciliana.

El abate Vella lo observaba con agudo desprecio. Tan pronto como Hager calló, hizo una mueca de disgusto.

—El señor Hager es hombre docto, viene de una nación de sabios; y yo —cerró los ojos con humildad, con resignación—, yo soy sólo un pobre traductor, sin luces de ninguna ciencia... Desde la infancia he tenido una cierta inclinación hacia la lengua árabe, la he practicado en Malta y la he estudiado: puedo decir que la conozco mejor que nuestro vulgar... Sólo esto... Pero quiero preguntar al señor Hager qué opinión le merece —y alzó la voz para producir efecto en los oyentes— el profesor Olao Gerardo

Tychsen: si lo considera un impostor, un impostor como yo —giró la vista a su alrededor, con una sonrisa de melancólico desdén— o bien un hombre que posee plena y absoluta ciencia acerca de la lengua y de la historia de los árabes...

—El profesor Tychsen, sin duda alguna, es un eminente orientalista, pero...

—¿No es un impostor?

—No es un impostor, pero...

—¿Queréis decir que vos sabéis, sobre este tema, más que él?

—Oh, no, pero...

—¿Queréis decir que se ha dejado engañar por mí?

—Exactamente... Sí.

—¿Yo sé más que él, pues?

—No.

—¿El más que yo?

—Sí, pero...

—Tychsen sabe más que yo, y sin embargo, he logrado hacerle caer en mi engaño... ¿Os parece una cosa posible?

No parecía una cosa posible. Los cinco jueces no lo creían: era muy fácil leerlo en sus caras. Y del público, de algún punto del fondo de la sala, se escapó un aplauso.

—Dejemos en paz al profesor Tychsen —pidió Hager—, pues estoy seguro que él mismo reconsiderará su juicio.

—¿Creéis que concordará con el vuestro?

—Sí.

—¡Es decir, que vos sabéis más que él!

—Pues decido como os plazca... Entretanto, aquí tenemos el códice de San Martino y podemos remitirnos a hechos visibles y concretos.

—Remitámosnos —dijo el abate.

El códice estaba sobre la mesa. Hager lo abrió.

—Desearía que el abate Vella —dijo, volviéndose hacia monseñor Granata— me mostrara el nombre de Ibrahim ben Aglab, que él ha traducido centenares de veces.

Monseñor Granata acercó el códice al abate Vella:

—Aquí —dijo Vella, luego de haber recorrido dos o tres folios y mientras ponía el dedo bajo unos signos.

Hager se inclinó para mirar.

—Pero aquí yo leo Uqba ibn Abi Muait —dijo enderezándose, rojo de ira.

—¿Y quién os lo prohíbe? —respondió el abate Vella, con una sonrisa helada.

—Entonces me buscaréis otro pasaje en el que esté escrito ese mismo nombre —se enfureció el austríaco.

El abate volvió el folio, apuntó con el dedo.

—An Nadr ibn al Harit —leyó su contrincante y luego comenzó a gritar—: ¡Pero, por el amor de Dios, ésta sí que está buena! ¡Confrontadlos! ¡Confrontadlos! Ibrahim ben Aglab una vez está escrito de una manera y otra vez de otra ¡confrontadlo!

Los cinco jueces se inclinaron: en efecto, los signos eran distintos. Con los rostros perplejos se volvieron hacia el abate Vella.

—El señor Hager —dijo Vella, lleno de ironía— siente una adhesión digna de encomio por los temas árabes; pero es necesario un largo estudio, profunda paciencia... Su propia juventud nos dice cuán alejado está aún de la meta... Envidio su juventud, pero no envidio sus conocimientos... Sin embargo, no dudo que, con el correr del tiempo, sabrá llegar a esa ciencia de la que por ahora carece casi por entero... Ved, señores, este códice está escrito con caracteres moro-sículos...

—Jamás he oído hablar de esos caracteres moro-sículos, a excepción de lo que vos decís, claro está.

—¿Lo veis? Ni siquiera ha oído hablar de este tema... Y apuesto a que no habéis oído hablar jamás de las muchas, infinitas formas de los caracteres cúficos...

—Tengo noticias del asunto, los conozco...

—¿Y por qué os maravilláis, pues, de que el nombre de Ibrahim ben Aglab aparezca una vez escrito de una manera y luego de otra distinta? —preguntó con tono paternal, casi dolorido.

—Pasemos a la prueba de traducción directa —dijo monseñor Granata, abriendo ante sí el volumen que contenía la traducción del códice de San Martino; luego pidió al abate—: Si no os causa molestia, abrid el códice en el folio veintidós... Bien, traducid...

El abate Vella tradujo con extraordinaria seguridad: cada palabra que decía estaba en exacta correspondencia con las de la versión que monseñor Granata tenía ante sí.

—Es suficiente —dijo, en determinado momento, monseñor; se volvió hacia Hager—: Corresponde, palabra por palabra...

Hager sonrió con malicia.

—Traducidlo vos —invitó Vella al austríaco.

—Así, en dos pies...

—Comprendo —respondió el abate—, mejor sería traducir sobre cuatro —y mientras en la sala estallaban los fuegos de artificio de las carcajadas, se sintió tentado de asestar el mayor de sus golpes: recitar a todos aquellos tontaines, amigos y enemigos, la exacta traducción del folio veintidós: *Abd al Muttalib lo llamó Mahoma por una visión que había tenido. Creyó haber visto en sueños una cadena de plata, la cual...*

VII

—Se me figura que Hager tiene razón —dijo, de pronto, el abogado Di Blasi, interrumpiendo la entusiasta recapitulación de la conferencia que sus dos tíos benedictinos estaban haciendo para él. En su carruaje los llevaba de regreso al convento de San Martino. Era una hora avanzada de la noche: los amigos más íntimos del abate Vella y de monseñor Airoldi se habían reunido para cenar en la casa del prelado, una vez finalizada la conferencia. Junto con las comidas exquisitas y el vino añejo habían saboreado el triunfo de la jornada, con mayor intensidad. Porque la victoria del abate era la victoria de todos ellos, de monseñor Airoldi, que en la empresa había empeñado su nombre y sus dineros; de Giovanni Evangelista Di Blasi, que en su momento había publicado un opúsculo en contra del canónigo Gregorio y en defensa de Giuseppe Vella; del mismo Francesco Paolo, que en su introducción a las *Pragmaticae sanctiones regni Siciliae* había citado el códice de San Martino como fuente de derecho.

Durante la velada, los dos benedictinos habían advertido la actitud silenciosa y absorta de su paciente. Pero sabían que desde la muerte de su mujer, ocurrida apenas dos años después del matrimonio, y a causa de los temores en que lo mantenía la salud quebrantada de su madre, a menudo se precipitaba en pasajeras crisis de melancolía, se tornaba huraño y algunas veces hasta irascible.

Pero lo que no habían esperado era que estuviese

alimentando una sospecha tan extravagante. Y se sintieron escandalizados.

—¿Pero cómo es posible que se te haya ocurrido una idea semejante? Después de una prueba como ésta, tan evidente, tan luminosa... —dijo el padre Salvatore.

—Mi experiencia de abogado me lo ha sugerido —respondió Francesco Paolo—. He visto tantas veces cómo la verdad confusa y la mentra asuman apariencias de verdad real... Cuando he oído decir a Hager que no podía, en dos pies, traducir un pasaje del código, he descubierto en cuál de las dos partes se hallaba la verdad... Y he recordado un episodio, un mínimo episodio sin importancia, algo que sucedió hace casi diez años... Oh, en realidad en aquel momento me pareció carente de importancia, pero ahora se encuadra en su exacto puesto.

—¿Qué episodio? —preguntó el padre Giovanni.

—¿Tu madre, cómo se encuentra? —preguntó, en cambio, el padre Salvatore, que atribuía recuerdos y sospechas de su sobrino a alguna situación familiar desagradable.

—Como siempre: está enferma pero no se da descanso; constantemente se ocupa de mí, de la casa, de nuestros intereses...

—Cabeza dura tu madre —comentó el padre Salvatore.

—Cabeza dura, sí... Pero lo que yo quisiera es tratar de comprender cómo se te ha ocurrido a ti, justamente a ti, una sospecha tan negra sobre ese pobre del abate Vella... Una persona con quien nuestra amistad se ha mantenido solidaria y afectuosa durante más de diez años... Y en el momento mismo en que tendrías que alegrarte... ¿Has visto en qué estado se hallaba Gregorio? Parecía una merluza pes-

cada hace tres días... Y en este momento, en este mismo momento, en que deberíamos hacerle una estatua al abate Vella, a ti te nace la sospecha...

La sospecha del sobrino hería en forma directa y como una traición al padre Giovanni, porque él se había expuesto para defender a Vella y porque era grande su rencor contra el canónigo Gregorio.

—Es una impresión: quizá esté equivocado —respondió Francesco Paolo, para tranquilizarlo. Incluso se sentía arrepentido de haber dado comienzo a esa conversación.

—Pues eso es lo que creo... Es tu propio oficio de abogado el que te ofusca; vosotros los abogados tenéis tan acentuada la costumbre de convertir mentira en verdad, en poner a la una los colores de la otra, que llegáis siempre a un punto en el que ya no sois capaces de distinguirlos más... Como Serpotta, que vestía con ropas bellísimas a las mujeres de mal vivir y las hacía posar para sus imágenes de la Virtud.

—Esas imágenes son espléndidas —dijo Francesco Paolo para llevar a su tío hacia otro tema.

—Sí, puesto que el soplo de Dios las ha purificado —respondió el padre Giovanni.

«Si Dios no purifica con su soplo los códigos del abate Vella —pensó el abogado—, me temo que el suyo será un fin desastroso... En realidad no se trata de que los purifique, como dice mi tío que ha hecho con las imágenes de Serpotta, porque en este sentido, quizá, en el sentido del arte, como obras de arte, de invención y de creación, sean ya puros... Por cierto que si de verdad los ha sacado de la nada, la del abate es una de las fantasías más importantes del siglo... Pero el soplo que necesitan es aquel que los convierta en auténticos, que en ellos se produzca el milagro del agua que se convierte en vino...»

Sonreía frente a tales pensamientos y, en parte, frente a sí mismo. El también se había dejado engañar. Pero no lo consideraba un hecho trágico. En un texto que los eruditos consideraban auténtico, había hallado elementos de derecho público. En su carácter de estudioso del derecho, había hecho una breve cita de ese texto. Eso era todo. El profesor Olao Gerardo Tychsen sí que se hubiera sentido anonadado. Y el pobre monseñor Airoldi. Y su tío. Pero Tychsen más que ningún otro: orientalista ilustre y el abate Vella lo había llevado de las narices. Una cosa que parecía increíble. Sin embargo, no podía ser que se hubiese equivocado: había percibido en Hager, sin posibilidad de error, el acento apasionado de la verdad, la doliente impotencia y repugnancia del hombre honesto ante la mentira prepotente. Le había visto retraerse con un movimiento que suele interpretarse como confusa culpabilidad y que, en cambio, no es más que desesperada inocencia. «La mentira es más fuerte que la verdad. Más fuerte que la vida. Se asienta en las raíces mismas del ser del hombre y echa sus frondas más allá de la vida.» El oscuro murmullo de los árboles a lo largo de la carretera de San Martino se propagó hasta las sombras, mucho más oscuras, de la mentira. «¡Las raíces, las frondas!»: con disgusto y a menudo, se sorprendía pensando en imágenes. «Un niño miente de la misma manera que respira, y nosotros le creemos. Y también creemos a los salvajes, a partir de la palabra de los jesuitas, por lo común. Y creemos que la verdad existía antes que la historia y que la historia es mentira. En cambio, la historia rescata al hombre de la mentira, lo conduce hacia la verdad: los individuos, los pueblos...» Y se dijo a sí mismo, haciéndose burla, compadeciéndose: «si has creído en Rousseau, es justo que veas su equivalente en el abate Vella...» Pero este pensamiento le llenó de confu-

sión, como si se tratara de una blasfemia brotada de un obstáculo imprevisto, de un choque imprevisto. «Lo cierto es que hoy Voltaire te resulta más útil... Aunque quizá Voltaire es siempre más útil... No tanto como tú quisieras, pero... Lo que querías es que el pensamiento de ellos, de Voltaire, de Diderot y aun el de Rousseau, estuviese dentro de la revolución, cuando la realidad es que se ha detenido en el umbral, como la misma vida de ellos...»

—Ya hemos llegado a San Martino —dijo el padre Salvatore.

También Francesco Paolo descendió del carruaje. Besó las manos de sus tíos, les deseó buenas noches.

—Nada de pensar desatinos —recomendó el padre Giovanni: se refería al asunto del abate Vella.

Durante unos instantes permaneció en contemplación de la campaña misteriosa e informe, más misteriosa e informe que nunca a la luz vacilante de la antorcha que dentro de un farol mantenía alzada el cochero.

Volvió a subir al carruaje y en el camino hasta Palermo y luego, en su casa, hasta la hora del alba, pensó desatinos mucho mayores que los que el padre Giovanni temía que pensara. Pero no precisamente acerca del abate Vella y de los códices árabes.

VIII

La relación del jurado que había presidido la prueba, minuciosa transcripción directa de lo ocurrido y dicho durante la jornada, reflejaba un extraordinario entusiasmo acerca de la erudición y sinceridad del abate Vella; había sido enviada a Nápoles

casi al mismo tiempo que la de Hager, con el interés de oponerse y destruir los argumentos del austríaco.

Pero el abate se sentía vacío y extenuado como un actor que ha asumido un papel protagonista en una comedia de éxito: durante noches y noches el mismo personaje, la misma máscara. No se trataba de que se sintiera alucinado, fatigado o fluctuante dentro de una doble identidad, porque semejante estado de ánimo aún no había sido inventado. Aunque hubiese sido parte de una moda, al abate le habría parecido más acorde con su temperamento y con su caso la *Paradoxe sur le comédien*, por entonces también desconocido.

Se equivocaría de medio a medio quien en su cansancio intentase descubrir las inquietas insinuaciones de la conciencia, del remordimiento. En este sentido, el abate estaba tan frío e inmaculado como las nieves eternas de un monte. Aquella decena de gruesos volúmenes llenos de cosas falsas era más liviana y jovial para su conciencia que una pluma blanca que volase por los aires. Sólo que, para mejor gozar de esa ligereza y jovialidad necesitaba de un coro de víctimas, por así decirlo.

Vella había desahogado su desprecio hacia los demás hasta tal punto que, de no hacer aquello que estaba a punto de llevar a cabo, no le quedaría más que despreciarse a sí mismo: de verdad que a causa de razones por entero alejadas de la eterna moral corriente y de la que en esos momentos era considerada absoluta. Pero es mejor no complicar en exceso las cosas. Digamos que el abate Giuseppe Vella se encontraba lisa y llanamente harto.

Así las cosas, en el *aequinoctium uernum* de 1795, mientras el astrónomo Piazzi, en el observatorio del palacio real, apartaba del telescopio sus ojos donde las nebulosas astrales desembocaban ya en el mar

del sueño, el abate Vella abría las ventanas al dulce aire matinal. Se sentía reposado, sereno, liberado. Cuarenta y cuatro años, una salud de hierro, la mente aguda. Y del mismo modo que resplandecía a su alrededor la primavera, dentro de sí experimentaba la presencia de una estación libre, de un vigor nuevo.

Decidió tomar un baño: acontecimiento no menos raro que el que el astrónomo Piazzi espiaba en los cielos equinocciales. Calentó agua en las grandes marmitas de cobre; la vertió en la pequeña bañera de mármol gris. Se desnudó y se metió en el agua, doblado en tres, como una de aquellas momias americanas que una vez, en Malta, le había hecho ver un jesuita.

El baño era una pequeña muerte: su ser se diluía allí, el cuerpo se le convertía en espuma de sensaciones. Con deleite advertía que estaba pecando. Recordaba, cada vez que esto le sucedía, las admoniciones de un padre de la Iglesia: gracias a la formidable memoria que poseía, era como si tuviese ante sí la página impresa y la recitaba traduciéndola del duro latín en que había sido escrita: Si de ninguna manera podéis hacer a menos de sumergiros desnudos en el agua —decía el padre de la Iglesia— absteneos de tocar vuestro cuerpo mientras esté mojado. El abate se atenía a la prescripción; sus manos grandes como hojas de higuera de Indias colgaban fuera de la bañera. Pero de todos modos era un deleite. Los árabes lo sabían bien. Por un momento, detrás del latín hispido y seco como un zarzal, lánguidamente curiosa de su cuerpo desnudo, relampagueó la mirada de una mujer. El abate cerró los ojos. Un ligero ensueño. Y las manos de ella, las manos, agitaron la superficie del agua en torno a su cuerpo. Por fortuna, el padre de la Iglesia no había previsto ningún tipo de visión que se pareciera a ésa.

Al salir del baño tenía deseos de tomar café, bebida pocas veces hecha en su casa y, por ello, cada vez preparada y degustada con cierta emoción. Luego de demorarse en su arreglo y en el del desorden generado por el poco habitual acontecimiento del baño, salió de la casa. Visitó a su sobrina y recogió el códice del *Archivo de Egipto* del granero en el que estuviera escondido, junto con otros papeles. Llamó una litera para que lo llevase hasta la casa de monseñor Airoldi.

Monseñor se hallaba aún en el lecho. A pesar de encontrarse adormilado, reconoció el códice.

—No me digas una palabra —pidió—. Tomemos café antes que nada y luego me relatarás todo, punto por punto... Ya no me esperaba esto: parece un milagro.

El abate tomó su segundo café de la jornada.

—Cuéntame —dijo luego monseñor, mientras su ayuda de cámara le acomodaba almohadas y cojines tras la espalda.

El abate colocó sobre la cama el *Archivo de Egipto*. Con avidez, monseñor lo recogió, se lo puso sobre las rodillas, lo abrió.

—Desearía que vuestra excelencia lo examinase bien —pidió el abate.

—¿Qué ha ocurrido? —se alarmó monseñor—. ¿Lo han dañado? —comenzó a volver folios febrilmente.

—No, en absoluto —aseguró el abate.

—¿Y qué?

—Vuestra excelencia sólo debe tener la bondad de examinarlo con atención... Quiero decir, con la atención que hasta este momento no se ha dignado dedicarle.

—Pero... —monseñor Airoldi lo miró a la cara: no comprendía, aguardaba una explicación.

—Basta tan sólo que vuestra excelencia observe

a trasluz un folio cualquiera... El hilo del papel, el grano... la calidad del materia, en una palabra.

Monseñor lo hizo; su vista era débil y, confuso como se hallaba, en un primer intento leyó: a v o n e g.

—Vuestra excelencia —dijo el abate con calma, hasta con indulgencia— ha leído la palabra invertida; la filigrana dice Génova.

Monseñor abrió la boca y luego, como un moribundo, en un soplo, exhaló:

—Génova.

—Este papel —explicó el abate— supongo que ha sido fabricado en Génova hacia 1780. Yo lo he comprado algunos años después, aquí, en Palermo.

—Jesús —dijo monseñor y se dejó caer sobre los cojines, con los ojos desorbitados y la boca abierta. El abate Vella lo observaba impasible, con una sonrisa helada sobre los labios.

—Me has arruinado —dijo, por fin, monseñor; su voz no era más que un trémulo hilo. Después de una larga pausa advirtió—: tendré que hacerte arrestar.

—Estoy a disposición de vuestra excelencia.

—¿A mí disposición? —monseñor tenía la expresión de un lactante a quien se le ha hecho zampar aceite de ricino: todas las líneas de su rostro convergían en aquel punto de amargura que era la boca y las palabras que de ella salían—. Tú me has asesinado y enterrado y sobre la lápida has escrito el epitafio de la vergüenza... ¡A mí disposición!

—La indignación de vuestra excelencia es sacrosanta; estoy dispuesto...

—Eso es un consuelo, un verdadero consuelo —dijo monseñor con amarga ironía; por fin estalló—: vete, vete antes de que te haga echar como a un perro...

IX

—En efecto —dijo el abogado Di Blasi—, cada sociedad genera el tipo de impostura que, por así decir, se merece. Y nuestra sociedad, que en sí misma constituye una impostura, una impostura jurídica, literaria, humana... Sí, humana, incluso de existencia, diría yo... Nuestra sociedad no ha hecho otra cosa que producir, de manera natural, obvia, la impostura contraria...

—De un crimen corriente, de un delito vulgar, vos extraéis filosofía —dijo don Saverio Zarbo.

—Ah, no, éste no es un delito vulgar. Este es uno de aquellos hechos que contribuyen a definir una sociedad, un determinado momento histórico. En rigor, si en Sicilia la cultura no fuese, de modo más o menos consciente, una impostura, si no fuera instrumento en manos del poder de los barones, y por lo tanto mera ficción, continua ficción y falsificación de la realidad, de la historia... pues bien, en ese caso, os digo que la aventura del abate Vella hubiera sido imposible... Y aún os digo más: el abate Vella no ha incurrido en ningún crimen, sólo ha montado la parodia de un crimen, cambiando sus términos... La parodia de un crimen que en Sicilia se viene consumando desde hace siglos...

—No os comprendo.

—Trataré de explicarme mejor, de ser más claro incluso para mí mismo... Vos recordaréis, sin duda, la disertación del príncipe de Trabia acerca de la crisis agrícola. Según decía el príncipe, el origen de

la crisis se halla en la ignorancia de los campesinos...

—No sólo en la ignorancia de los campesinos, según me parece recordar.

—Exacto: señaló otras causas, también; pero, según él, la más importante es la ignorancia de los campesinos... En ese caso, brindemos instrucción a los campesinos... Pero yo os pregunto: ¿de dónde habremos de comenzar?

—De la tierra, por supuesto; de la manera en que se la ha de trabajar, mediante los instrumentos más adecuados, con las formas más ventajosas de laboreo; enseñémosles qué cultivos se adaptan a la naturaleza del terreno, a su composición y configuración, cuál es la forma de regarlos...

—¿Y el derecho?

—¿Qué derecho? ¿El derecho de quién?

—El derecho del campesino a ser hombre... No se puede exigir a un campesino la fatiga racional de ser hombre sin otorgarle, al mismo tiempo, el derecho de ser hombre... Una campaña bien cultivada es una imagen de la razón: presupone la existencia, en aquel que la trabaja, de la efectiva participación en la razón universal, en el derecho... ¿Y os parece que participa del derecho el campesino de vuestras posesiones, cuando basta un breve billete vuestro, enviado al capitán de esa tierra, para que sea arrojado en el fondo de una cárcel? Un simple billete: «Meted en la cárcel a tal, por razones de nuestra incumbencia.» Y ese hombre quedará encerrado en la cárcel hasta que a vos os resulte cómodo que esté allí... Aún sucede esto, a pesar de la ley del ochenta y cuatro.

—Estáis llevando una conversación muy seria —dijo don Saverio—. E interesante, de verdad interesante... Pero no puedo menos que ver en cada

cosa la otra cara, el aspecto divertido... Me he acordado de la baronesa de Zaffú: a los quince años llegó a saber que un campesino es también un hombre; que yo sepa, no ha cambiado de opinión hasta la vejez.

—Según Montaigne, si mi memoria no me traiciona, el descubrimiento de que un campesino es un hombre lo hicieron las monjas de cierto convento, algunos siglos antes que la baronesa de Zaffú.

—Extraordinario... Montaigne, ¿eh...? Uno de vuestros franceses, me figuro... Pero las cosas se están poniendo oscuras con estos franceses, ¿no lo creéis?

—No con Montaigne, si acaso —intervino el abate Carí, cloqueando, irónico—. No con Montaigne.

—Jamás he tenido el placer de leer sus obras —dijo don Saverio—. Pero con o sin Montaigne, estos franceses han comenzado a romper... Oh, excusadme... A fastidiar, en una palabra.

Comenzaban a dar fastidio, bastante más que el que don Saverio Zarbo y la nobleza siciliana estaban dispuestos a tolerar. Y bastante menos que el que monseñor López y Royo deseaba y necesitaba, para consolidar su propia función de virrey.

En la casa de la familia Di Blasi, en las periódicas reuniones de la Academia siciliana de los Oreteos, las discusiones acerca de los franceses iban ganando terreno e intensidad frente a aquéllas acerca de la poesía siciliana, a las que se dedicaba la Academia. En realidad, la idea de dar nuevo impulso a la Academia, de la que su padre había sido promotor en otros tiempos, se le había ocurrido a Di Blasi en función de los objetivos políticos que perseguía en secreto. A través de la poesía en dialecto y de una investigación acerca de una dialectalidad más integral, le importaba obtener un sentido más concreto

y democrático de la sicilianidad, de la nacionalidad siciliana, de la que la mayoría guardaba culto abstracto. Al mismo tiempo, se disponía a desarrollar con cautela un trabajo de comunicación y propagación de ideas, una tarea de proselitismo. Largo trabajo había llevado a Francesco Paolo Di Blasi esbozar una república siciliana, y la muerte de Caramanico, con la consiguiente asunción del poder por parte de López, lo impulsaba a la acción. Ya no quedaba ninguna esperanza de retornar a los felices tiempos de Caracciolo o de que, al menos, se prolongara la época transigente de Caramanico. En el término de un mes o en el de un año, monseñor López se convertiría en una especie de virrey español. En torno a su figura, los barones volverían a ejercer su prepotencia, reivindicarían aquellos privilegios que Caracciolo había logrado minar, desenmarañar.

Y no habría momento más oportuno que aquél, para apelar a la violencia con el fin de abatir el viejo orden: un virrey a quien los nobles despreciaban y el pueblo odiaba, diestro en maldades pero por completo carente de inteligencia y coraje para afrontar una situación difícil; el descontento de las hermandades gremiales de la ciudad y de los campesinos de la corona; una única guarnición de tropas en Palermo y muy pocas e insignificantes en número y poder las del resto de la isla; por último, los franceses que, con los movimientos de su ejército y flota, no dejaban entrever qué golpe se hallaba a punto de asestar y mantenían en estado de constante zozobra al gobierno de Nápoles.

Por otra parte, en Di Blasi y en los pocos amigos que se le habían unido en la conjura, estaba presente la inquietud ante una idea que había llegado a los extremos de la pasión: Francia, la revolución francesa, la república francesa y el ejército de la Francia

revolucionaria representaban la ilusión de una inmediata y fraterna ayuda para la futura república siciliana. Sin embargo, por su solo nombre, Francia también representaba el riesgo del fracaso y del peligro, puesto que para el pueblo siciliano equivalía a decir hambre y ensañamiento y actualizaba el recuerdo de los angevinos y las Visperas, vigorizado en tiempo reciente por la figura del duque de Vivonne, mariscal del cristianísimo Luis XIV. El pueblo de Sicilia cantaba su odio a franceses y jacobinos, atribuía cada uno de sus males a los franceses y a sus amigos, ya fuese por la guerra y la revolución que traían consigo o con las que amenazaban, o por la venganza de Dios y la ira que en El suscitaban: el mal negro en las mieses, la filoxera en las vides, las lluvias demasiado abundantes, las sequías.

Las pastorales en las que los jacobinos recibían nombre de fieras horribles, sanguinarias y voraces, panteras, lobos, osos, zorros astutos y llenos de malicia, resonaban en las iglesias del reino. El pueblo invocaba a la Virgen y a los Santos para que mantuviesen apartados de él a los franceses, como ya antes lo había hecho con respecto de los turcos. Pedía a los seres celestiales que aniquilaran y entregasen a las garras de Satanás a todos aquellos coterráneos que eran fuente y raíz de tantos males a causa de su secreta participación en la secta infame.

A pesar de todo, Francesco Paolo Di Blasi estaba planeando una revolución jacobina.

En cuanto al éxito inicial, le servían de apoyo los ejemplos lejanos de Squarcialupo y de D'Alesi, los recientes tumultos contra el virrey Fogliani, es decir todas aquellas revueltas populares que en tiempos más o menos cercanos unos poquísimos hombres habían logrado promover en Palermo. Y por las mismas causas por las que aquellos movimientos habían

llevado en sí las condiciones proclives a su propia catástrofe o habían ofrecido campo llano para su destrucción, Di Blasi creía que la conjura encabezada por él estaba destinada a alcanzar el éxito. El 5 de abril no estallaría un tumulto, sino una revolución impulsada por una gran idea, y no sólo en la ciudad de Palermo, sino también en el campo. La participación de los campesinos había sido una condición primera y absoluta para poder pensar en el éxito de la revolución. Los conjurados se dedicaban a agitar la campiña, a poner en pie de lucha a los campesinos, en nombre de las hambres y de los vejámenes en que se debatían y dejaban casi de lado a la ciudad servil y poco digna de confianza.

En casa de la familia Di Blasi se hablaba de los franceses y de los falsos códices árabes. En un pequeño grupo, Meli, en voz recatada, para no herir al dueño de casa y a sus tíos que habían sido sostenedores del abate Vella, recitaba uno de sus poemas: *Sta minzogna saracina / Cu sta giubba mala misa / Trova cui pri concubina / L'accarizza, adorna e spisa. / E cridennula di sangu, / Comu vanta, anticu e puru, / D'introdurla in ogni rangiu / Si fa pregiau non oscuru* (1). Al mismo tiempo, en la iglesia de San Giacomo en la Marina, el octogenario párroco Pizzi, temblando de horror y de alegría, escuchaba en confesión el descubrimiento de los planes de los conjurados.

(1) Esta mentira sarracena, con su levita mal cortada, halla quien la acepte por concubina, la acaricie, enoje y mantenga. Todos creen que la estirpe de que ella se precia es antigua y pura, todos se afanan por introducirla, con honor, en sus salones.

X

Al salir de la tienda de platería donde trabajaba y hallar aún abierta la iglesia de San Giacomo, a pesar de lo avanzado de la hora (las dos de la madrugada) el joven Giuseppe Teriaca pensó que bien podría desprenderse del nudo que llevaba en la garganta desde varios días atrás. Además, estaba cercano el tiempo de la Pascua y, según prescribía la iglesia, siquiera para la Pascua era necesario confesar y comulgar. En su situación, se le hacía más imperiosa la necesidad, porque se sentía prisionero en una trama donde no lograba distinguir el mal del bien.

Casi a la misma hora, el cabo Carlo Schelhamer, del Regimiento de Extranjeros, experimentaba casi los mismos sentimientos de Teriaca con respecto de la iglesia, pero, en su caso, en relación con el ejército que integraba.

A una misma hora, pues, se encontraban en el palacio real el brigadier general Jauch y el párroco Pizzi. Uno llevaba consigo al platero, el otro, al cabo.

Si las consideraciones mundanas y su propia edad se lo hubiesen permitido, al escuchar esas revelaciones, monseñor López y Royo, de puro júbilo se habría trepado por las cortinas, por los tapices, por las lámparas. Estaban reunidos en la sala que, a causa del fresco pintado casi en esos días por José Velázquez comenzaba a ser llamada Sala de Hércules. Del pequeño gabinete en donde los había recibido en un primer momento, había hecho pasar a sus excepcio-

nales visitantes a aquella sala, por considerarla más apta, en razón de su amplitud y silencio, para defender un tema tan tremendo y secreto de los oídos expertos de los sirvientes, a quienes odiaba y por quienes era odiado.

Cabo y platero habían recibido de labios de monseñor aquella promesa solemne y formal de impunidad que tanto el párroco Pizzi como el brigadier Jauch, respectivamente, habían hecho centellear ante sus ojos. Ahora cantaban, pues, de modo que para los oídos de monseñor sus palabras sonaban a puro deleite. También escuchaban el abogado fiscal Damiani, el pretor, príncipe del Cassaro, el capitán de justicia, duque de Caccamo. La de Damiani era una alegría comparable a la de monseñor, pero se justificaba a causa de sus funciones. Los rostros del pretor y del capitán de justicia revelaban una atención que a la vez denotaba disgusto y pesadumbre, sobre todo en el caso del duque de Caccamo. De modo que, cuando monseñor se volvió hacia él para ordenarle que procediese al arresto de todos aquellos que, en las declaraciones, resultaban o bien implicados en la conjura o bien sospechosos de estarlo, el duque respondió, con la cara contraída pero con tono de serena decisión, que le sabía muy mal la idea de arrestar al joven abogado Di Blasi.

—¿Por qué? —preguntó el virrey con el rostro enrojecido de cólera irreprimible.

—Porque es amigo mío —contestó el duque.

—Ah, es vuestro amigo... El rey, a quien Dios guarde, se sentirá muy feliz de saber que Di Blasi es uno de vuestros amigos —dijo monseñor con una sonrisa feroz.

—No puedo hacer nada al respecto —aseguró el duque—. Jamás he aprobado sus ideas; estimo que no existen dudas acerca de su culpabilidad, precisa-

mente porque conozco sus ideas y su carácter... Y os digo más: experimento verdadero horror ante su delito... Pero es un amigo.

—¿Y en qué es amigo vuestro? ¿En ir de mujeres? —porque las mujeres siempre salían a punto para malograr las grandes ideas de monseñor—. ¿En jugar a las cartas en las excursiones campestres?

—También en otras actividades; estudiar latín, leer a Ariosto —dijo el duque, con un tono en el que el desprecio hacia monseñor se quebraba por la emoción de los recuerdos.

—¡Cosas de locos! —exclamó monseñor, para agregar luego, persuasivo, paternal—: Vos sois el capitán de justicia: vuestro deber, querido amigo, está bien establecido; no podéis dejar de cumplir con él... Imaginaos que también el abogado Damiani y el pretor y cada persona investida de autoridad tuviese, con respecto de Di Blasi, los mismos sentimientos que vos. ¿Qué sucedería? Sucedería que los enemigos de Dios y del trono podrían hacer aquí en Palermo su fiesta cuándo y cómo quisiesen. Y el rey, a quien Dios guarde, estaría fresco si confiara en vosotros, en vuestra lealtad... Aquí, de un momento a otro, se precipitará el fin del mundo, la ira del Señor: y vosotros allí os quedáis, inmóviles, tranquilos... —Alzó la voz, temblona de furia—: El rey, a quien Dios guarde, ¿qué es para vosotros?, ¿un mentecato?

—En nombre de su majestad, vuestra excelencia puede ordenarme absolutamente cualquier otra cosa, que me dispare un tiro a la cabeza, y lo haré, aquí mismo, en presencia de todos y de vuestra excelencia.

—No puedo daros esa orden, pero dejo a vuestro cuidado que consideréis si correspondo o no... Lo que sí puedo ordenaros es que permanezcáis en arresto. Ya veremos luego qué piensan en Nápoles al respecto... Entretanto para arrestar a Di Blasi...

—Iré yo —se ofreció Damiani.

—Si no sois amigo de él, si queréis dignaros... —dijo con ironía monseñor.

El duque de Caccamo había sacado de sus cabales a monseñor López y Royo. ¿Por qué un hombre debía privarse del placer de destruir a otro hombre si su mente no estaba teñida con la misma pez ni su corazón de igual culpa? «Tal vez —pensó—, con su habitual malignidad—, de todos estos arrestados sacaremos algo en contra del duque de Caccamo... Será cosa de morir de risa.»

Pero el duque detestaba de verdad a los jacobinos, casi tanto como los detestaba monseñor López y Royo, sólo que, a diferencia de monseñor, tenía amigos. En su gesto de fidelidad al amigo se contemplaba, conmovido, mientras regresaba a su casa en el carruaje; pero la amenaza de monseñor López comenzaba a producir temblores de aprensión, reflejos de miedo en la noble imagen de sí mismo que el duque contemplaba.

Entretanto, Damiani ponía en estado de alerta a todos los esbirros de Palermo. Envío a algunos hacia el barrio de los plateros, para que capturasen a los cuatro compañeros que Teriaca había denunciado. Otros partieron hacia el cuartel del Regimiento Calabria, para arrestar a los cabos Palumbo y Carollo, denunciados por Schelhamer. Un tercer grupo recibió la orden de arresto contra el maestro albañil Patricola, cuya identidad fuera deducida a partir de las vagas indicaciones de los dos traidores. El susedicho Patricola, a los ojos de su contemporáneos, tenía el mérito de haber construido sobre la catedral normanda esa cúpula que en nuestros días nos ha hecho lamentar que no le hubiesen arrestado antes, y bajo la acusación de crímenes menos idealistas.

Damiani, por su parte, encabezó casi un regimien-

to entero de esbirros, para cumplir con la muy ardua operación contra Di Blasi. Porque con el abogado Di Blasi era preciso ser cautos, en razón de las consideraciones debidas a su rango y a su fama y, sobre todo para no darle tiempo a destruir los documentos que en su poder debían hallarse, puesto que si no era el cerebro de la conjuración, sin duda debía ser uno de los peces gordos.

Di Blasi no se hallaba en su casa. Finalizada la reunión de los *oreteos*, en compañía del barón Porcari y de don Gaetano Jannello, que intervenían en la conspiración, había salido para dar un paseo por la calle que bordeaba el mar. Era una noche espléndida, dulcísima y, como en cada primavera, se reiniciaba la costumbre del paseo en aquel lugar. Damiani se alegró de que así fuese. Hizo que los esbirros se apostaran en los alrededores y él mismo se ocultó en el portal de la casa que enfrentaba a la de Di Blasi; al portero le ordenó dejar el puesto e irse a dormir.

Así, todo se tornaba más simple. Y de ese modo, luego de una hora casi, mientras el *volante* que lo precedía con la antorcha en mano estaba a punto de abrir la puerta, Di Blasi se encontró con Damiani a su lado y los esbirros a su alrededor. Tuvo un asomo, apenas un asomo de desvanecimiento, un leve vahído. Pero de inmediato, con total lucidez, vio que había perdido la partida y que su destino se cumplía.

—Si en esta circunstancia mi palabra valiese de algo, os la empeñaría para aseguraros que en mi casa no hallaréis ningún papel digno, por así decir, de vuestra atención. —La luz de la antorcha caía sobre la acentuada palidez de su rostro, pero estaba sereno, hablaba con ese tono límpido y profundo que Damiani le había admirado durante los proce-

sos, en las conversaciones; en sus palabras afloraba el matiz irónico que las personas que vigilan sus sentimientos ponen en cada cosa—. Ocurre que no querría perturbar a mi madre a estas horas y con la presencia de todos estos bravos —señaló a los esbirros.

—Lo siento —respondió Damiani y lo sentía de verdad, puesto que en esta tierra nuestra, hasta entre los criminales contra el Estado y los fiscales, la madre establece un lazo estrecho de total comunión.

—Venid —dijo Di Blasi; comenzó a subir la escalera, precedido por el *volante* que se ocupaba de encender las luces, y seguido por Damiani y los esbirros.

Se encaminó hacia su estudio. Allí estaba su madre: de pie en el centro del cuarto, una mano sobre el corazón, parecía una estatua de ceniza en la que sólo vivía la febril ansiedad de la mirada. En el aire flotaba un olor de papeles quemados. Con la llegada de Damiani durante la ausencia de su hijo, sin duda había intuido los motivos por los que buscaban a Francesco Paolo, y había bajado al estudio para quemar los papeles que creyese comprometedores para su hijo. ¿Pero comprometerlo en qué? Ella nada sabía de la conjuración y tampoco había en el estudio un solo trozo de papel que tuviese algo que ver con esos planes. «Quién sabe qué es lo que ha quemado y ahora éste ha comenzado a desconfiar»: observaba a Damiani, que ya había alzado la nariz y husmeaba.

Di Blasi se sintió lleno de sorda irritación. «Nuestras madres que lo presienten todo, que lo saben todo... y que no hacen más que complicar las cosas.» Y de su irritación surgió el porte rígido y la fría apariencia que las circunstancias sombrías le estaban exigiendo.

—Estos señores deben demorarse aquí, por unos momentos. Es el deber que les compete... Una pesquisa...

Doña Emmanuela asintió: miraba a su hijo a los ojos y sacudía la cabeza gris para decir que sí, que comprendía, que siempre había comprendido. El hijo pensó: «El destino; eso es lo que siempre ha comprendido: el destino, el dolor y la muerte a quienes su vida se ha mantenido ligada.» Pero doña Emmanuela también comprendía que su hijo deseaba alejarla en ese momento, que un hombre tiene el derecho de estar solo cuando se halla frente a su propio destino, cuando se halla frente a la traición, a los esbirros, a la muerte. Y dijo:

—Iré a mi cuarto. Me harás llamar, si necesitas de mí.

Se volvió para marcharse.

—Gracias —respondió el hijo.

Esa fue la palabra que en los años que le quedaron de vida germinó en su corazón, convertida en un prolongado, demencial coloquio. En el umbral, doña Emmanuela se detuvo durante unos instantes. «No te vuelvas», rogó en silencio el hijo. El corazón le batía como cuando en sueños, sobre el borde de un abismo, te coges de una rama endeble o de cualquier mata. Cerró los ojos. Al volver a abrirlos, su madre ya no estaba allí, para siempre.

Damiani se había acercado a las gavetas del escritorio. No estaba convencido de que fuese a hallar algo, pero el deber era el deber. Revisaba, una a una, todas las cartas, las deletreaba como si murmurara un avemaría, pero desilusionado de su contenido, un tanto nervioso. Los esbirros lo rodeaban sin tener idea de dónde meter mano. En determinado momento, el fiscal ordenó:

—Los libros, tirad al suelo los libros ¿o creéis que podré quedarme aquí un mes entero?

Di Blasi se sentó casi en el centro de la habitación, frente a los anaqueles de nogal oscuro de donde los esbirros tiraban los libros, a brazadas, al suelo. Los iban dejando acumularse cerca de él.

«Los libros, tus libros —se dijo Di Blasi, para reírse de sí mismo, para hacerse daño—. Viejos papeles, viejos pergaminos y tú los habías hecho objeto de una pasión, de una manía... Para esta gente tienen menos valor que para las polillas; las polillas, al menos, se los comen. Tampoco para ti tienen valor ahora, no te servirán más, admitiendo que alguna vez te hayan servido de algo. Que te hayan servido para otra cosa que no sea haberte reducido a esta condición. De cualquier modo, tendrías que haberlos regalado, ahora o dentro de veinte años, a un pariente, a un amigo, a algún criado... Sí, quizá podías habérselos entregado al joven Ortolani, que los ama tanto como tú y tal vez más que tú... No, no más que tú: los ama de modo distinto, con amor de erudito; para él no existe el peligro de ir a dar al sitio al que tú irás a dar. Pero ahora no puedes hacerlo. Estos libros pertenecen al rey contra el cual conspirabas, es decir que pertenecen a los esbirros. Miralos bien, por última vez... Allí están los *Opuscoli* en los que has escrito acerca de la igualdad de los hombres; allí está la obra de Solís, que te ha hecho soñar con América. Allí, la *Enciclopedia*: uno, dos tres...» —contó los volúmenes a medida que los esbirros los apilaban—. «Ariosto: *Oh gran contrasto in giovenil pensiero, / Desir de laude et impeto d'amore...*! (1). Pero estos versos no, estos versos, no... Aquí llega

(1) Oh, qué contraste en la mente juvenil: ¡deseo de gloria e impetu de amor!

Diderot, cinco volúmenes, Londres, 1773.» Estiró el pie hacia la pila más cercana para hacerla caer. Damiani, que no le perdía de vista aunque continuase leyendo las cartas que sacaba de las gavetas, se alarmó, lleno de desconfianza. Dio orden a los esbirros para que revisaran, página por página, los libros que Di Blasi había hecho caer.

«Idiota —pensó Di Blasi—, ¿no comprendes que he comenzado a morir?»

XI

—Es un asunto poco claro: el abate Vella ha ido a verme y me ha contado una historia incomprensible, que no pertenece al cielo ni a la tierra... Yo creo que al pobrecito todas estas alternativas de sospechas, acusaciones, pericias y demás le han oscurecido el entendimiento. —Monseñor Airoldi parecía un muerto que hubiese salido de su sepultura y, a su modo, daba noticia a los curiosos, que no eran pocos, de lo que había ocurrido entre él y el abate.

Las paredes, ya se sabe, tienen oídos. De aquella conversación a solas, en la habitación del prelado, ya estaba enterada toda la ciudad de Palermo.

Monseñor había dejado de salir durante algunos días, pero en esos momentos, descubierta ya la conspiración del abogado Di Blasi, confiaba en que la gente hubiese olvidado la historia de los códices falsos y de la confesión del abate y se había arriesgado a salir. Pero después de breves encuentros con tres o cuatro personas, se había convencido de que el suyo había sido un grueso error. Por cierto que todos

los palermitanos estaban pendientes de aquel gordísimo acontecimiento, pero también se hallaban dispuestos a dejárselo caer de la boca, como el perro de Fedro, para hincar el diente en las magras pan-torrillas del atribulado monseñor Airoldi.

—Sí, de su confesión se deduce que ha falsificado algo —admitía monseñor—, pero no he comprendido bien a qué se refería. Tal vez se trate del *Archivo de Egipto*... En fin, sea como fuere, podéis estar bien seguros de que el código del *Archivo de Sicilia* es auténtico. ¿O acaso no habéis asistido a aquella prueba pública?

Había iniciado tratativas con el abate para lograr que no admitiese que había corrompido el código de San Martino y que había hecho una falsa traducción, puesto que en el código de San Martino, a modo de título, se leía: *Codex diplomaticus Siciliae sub saracenorum imperio ab 827 anno ad 1072, nunc primum depromptus cura et studio Airoldi Alphonsi archiepiscopi Heracleensis* (1). A lo sumo, le autorizaba a admitir la falsedad del otro, en el que el arzobispo de Heraclea no quedaba comprometido *cura et studio*. A cambio, el abate Vella podría contar con la indulgencia de monseñor. Pero el abate no respondía que sí ni que no: permanecía encerrado en su casa. Cada vez que un mensajero de monseñor iba en su busca, se apresuraba a cambiar de tema de conversación o bien, con una silenciosa mueca, sonreía. Por estos motivos (los acontecimientos de aquella mañana sumados a las noticias que los mensajeros le llevaban), monseñor se sentía inclinado a considerar que el abate estaba loco de atar.

(1) Código diplomático de Sicilia, bajo el dominio de los sarracenos, desde el año 827 al 1072, por primera vez publicado, bajo el cuidado y con comentario de Alfonso V Airoldi, arzobispo de Heraclea.

—Por cierto que sé menos que vosotros —decía monseñor—. Además, con todas estas cosas que ocurren...

Puntuales como golondrinas, hombres y mujeres de Palermo, sólo los de la zona alta, retornaban cada año al lugar «de la conversación» de plaza Marina. Los mismos nombres de siempre, las mismas caras. Y la misma y habitual comedia antigua de galantería y maledicencia, pero ahora complicada con los sucesos recientes. Y hasta podríamos decir enriquecida, porque la mayoría de esas personas experimentaban el regocijo que los acontecimientos terribles o vergonzosos suelen provocar en una sociedad ociosa, especialmente cuando los protagonistas de tales acontecimientos son individuos que pertenecen a la misma sociedad, a la misma clase. No obstante, al coincidir ese inicio de primavera con la Semana Santa, la ausencia de la banda en el palco y los colores discretos de los vestidos femeninos, con predominio del morado, insinuaban en esa dulce reunión de bellas personas un destello doliente y luctuoso.

—No vale la pena hablar sobre este tema —decía monseñor Airoidi— tanto más que aún no he logrado hacerme una idea clara. Este bendito abate, a mi parecer, ha sufrido tan grande perturbación por su enfermedad, se ha puesto tan extravagante... Además, tenemos otras cosas más graves, mucho más graves, entre manos, preocupaciones más urgentes...

—Santa Rosalía nos ha protegido —dijo la princesa de Trabia, casi suspirando.

—Figuraos: exactamente hoy hubiera estallado el tumulto —dijo la princesa del Cassaro, que en su calidad de mujer del pretor era la más informada.

—Pues yo diría que nos ha protegido Jesucristo —opinó el marqués de Villabianca— porque ésta es

la semana de su pasión... Diría que ese joven plate-ro, ese Teriaca, ha recibido la inspiración de confesar su culpa del propio Jesucristo... Oh, el Señor ha sido misericordiosísimo con nosotros: sobre todo si consideramos nuestras culpas, nuestras vanidades...

—Oh, sí, misericordiosísimo —confirmó con su voz quejumbrosa monseñor Airoidi.

—El Señor —intervino don Saverio Zarbo—, por así decir, estaba interesado de manera directa. Ya sabéis que, en los planes de aquellos pérfidos, las iglesias, antes que ningún otro lugar, estaban destinadas al saqueo.

—Pues sí que lo habían pensado bien —dijo la pretorea—, con buen sentido, porque el Jueves Santo las iglesias ponen a la vista todos sus tesoros.

Este era un detalle de fineza propagandística de monseñor López, quien temía que el pueblo se sublevara y por ende había inventado una fábula que apelara en forma directa al sentimentalismo.

—Lo cierto es —dijo el príncipe de Trabia— que hemos dado a la serpiente el calor de nuestro seno... Pero yo puedo decirlo con la conciencia muy tranquila: este Di Blasi jamás me ha caído bien a mí.

—Es verdad: vuestra excelencia nunca le ha dispensado su confianza —dijo Meli.

Pero el príncipe no demostró demasiado aprecio frente a aquel testimonio y con frío tono de reproche observó:

—En cambio, vos le tenfais en gran aprecio...

—Nuestra relación se limitaba al amor por la poesía únicamente —se excusó Meli.

—¿Vos creéis que ese hombre ama la poesía? ¿Que en un corazón negro como el suyo existe algún pequeño resquicio para el amor por la poesía?

—La amaba —interrumpió el abate Carl: parecía hablar consigo mismo, movía la cabeza asintiendo, absorto—. La amaba.

—Viejo chocho —murmuró el príncipe.

Meli se creyó autorizado para responder al abate:

—Ah, no, querido abate, ahora bien podemos decirlo; como con toda exactitud observa su excelencia, este hombre no ama la poesía, no puede amarla. No ha sido más que arrojar polvo a nuestros ojos, a los ojos de ingenuos como yo...

—Vos no amáis la poesía —afirmó el abate Carí, mirando a Meli con sus ojos casi apagados. Con esfuerzo se puso de pie y apoyado en su bastón se alejó a pasos inseguros.

—¿Yo? ¿Que yo no amo la poesía...? Pero ¿habéis oído a este viejo bobalicón? —preguntaba Meli, haciendo girar a su alrededor una mirada divertida que, en el fondo, dejaba ver un relámpago de terror—. Yo hago poesía y de mi poesía se seguirá hablando aun cuando de vuestro nombre no queden rastros ni siquiera sobre el mármol de la lápida que os pondrán encima después de muerto —decía, dirigiéndose a Carí, que ya estaba lejos.

—No la emprendáis con ese viejo: la cabeza ya no le da para más —lo consoló la pretoreza.

—Pero es que hay algo que no alcanzo a comprender: vos —dijo el príncipe de Trabia a Meli— lo frecuentabais, manteníais amistad con él... Por amor a la poesía, lo admito... También vuestra excelencia —se dirigía a monseñor Airoidi— mantenía con él cierta relación...

—Por razones de estudio, nada más que por razones de estudio...

—Por razones de estudio, comprendido... Pero —continuó el príncipe— ha tenido que producirse un momento en el cual, a vuestros ojos conocedores de la naturaleza humana, la índole de Di Blasi tendría que haberse revelado, de alguna manera...

—Jamás —aseguró Meli.

—Jamás... Por cierto que tenía sus ideas... pero que lo llevaran a concebir semejante infamia... —aseguró monseñor.

—¿Se habla de ideas? —El marqués de Geraci llegaba en ese preciso instante—. A partir de hoy, a quien os parezca poseedor de ideas metedle un sablazo en las tripas... ¡Nos hemos salvado por un pelo!, lo sabéis, ¿verdad? Sin la intervención de la Providencia, a estas horas las ideas jugarían a la petanca con vuestras cabezas...

—Oh, Dios —se estremecieron las señoras.

—¡Las ideas! Tenéis toda la razón del mundo... Pero yo —el príncipe de Trabia había adquirido la expresión de quien está a punto de revelar un pensamiento osado— me he hecho una idea acerca de las ideas, por así decir. Y es ésta: las ideas aparecen cuando las rentas desaparecen...

Hubo aprobación general.

—Y si lo pensamos bien —prosiguió el príncipe—, las ideas que tanta tinta están haciendo correr no están demasiado alejadas de las que sustentan los ladrones vulgares... Sólo que el ladrón vulgar no tiene idea de que posee ideas —el juego de palabras que se le había ocurrido lo llenaba de satisfacción y para gozar de él continuó—: Si tuviese idea de que las acciones que ejecuta han sido originadas por una idea, y que de esa misma idea se hace apología en los libros y que una nación entera, una nación ilustre como Francia se ha entregado a la práctica de esas ideas... Decidme, pues, qué diferencia advertís entre el bandido Testalonga y el abogado Di Blasi.

—Ninguna, es verdad; uno y otro quieren poner sus garras en lo mío —dijo el marqués de Geraci.

—En lo nuestro —corrigió el príncipe de Trabia—.

Pero yo diría que aquel pobrecillo de Testalonga lo ha hecho con mucha más discreción: precisamente a causa de ignorar por entero que tenía ideas.

—Ya, ya, ya —dijo el marqués de Geraci, que comenzaba a dispersar su atención, fatigada de haber seguido al príncipe en el intento de hacerse una idea acerca de las ideas, de modo que expresó lo que consideraba un resumen acertado sobre el asunto—: En fin, debemos reconocer que lo importante en este hecho reside en que hemos logrado desbaratar los planes aviesos de esa gentuza... Y ésta sería una ocasión muy adecuada para hacer una limpieza total del establo: incluyendo al abate Vella.

—Ese es otro problema —dijo, con timidez, monseñor Airoldi.

XII

«Has escrito que la tortura está contra el derecho, contra la razón, contra el hombre. Pero sobre tu palabra escrita se proyectaría la sombra de la vergüenza, si tú ahora no resistieses... A la pregunta *quid est questio?* (1), has respondido en nombre de la razón, de la dignidad y ahora te corresponde responder con tu propio cuerpo, sufrirla en tu misma carne, en tus hueso y en tus nervios. Y callar... Lo que debías decir acerca de la *tortura* lo has dicho... ¡La *tortura!* *Servos in questionem dare, ferre...* (2): el latín de los poderosos». Veía cómo ondulaban las cabezas de los jueces en medio de la niebla de dolor que lo

(1) ¿Por qué existe la tortura?

(2) Entregar a los siervos a la tortura.

envolvía. «Tu latín... Todo aquello que, de alguna manera, tiene una relación con el latín: donde está el dolor, está el latín; donde está la conciencia del dolor, tendrías que haber dicho».

El dolor se infiltraba como tinta en su mente, encegueciéndola. Su cuerpo era un retorcido sarmiento de vid, una vid de dolor: cargada de racimos, inconmensurable. Los racimos de la sangre, de la oscura sangre del hombre.

«En la tortura el hombre pierde la noción de su propio cuerpo: no reconocerías ahora tu cuerpo en las mesas de disección de Vesalio ni en los tratados de medicina de Ingrassia. Y mucho menos aún en la creación de Adán que está en Monreale. Tu cuerpo ha perdido sus características humanas: no es más que un árbol de sangre... Sería justo hacer que los teólogos la experimenten, para que comprendan que la tortura está en contra de Dios, que llega a devastar la imagen de Dios que existen dentro mismo de cada hombre...»

De pronto se precipitó en un mar sombrío, con el corazón como un ala quebrantada. Cuando recuperó los sentidos, se hallaba nuevamente ante la mesa de los jueces: sus pies tocaban la tierra, pero sólo la ola de dolor lo sacudía de tanto en tanto, ardiente y violenta, estrellándose contra sus pulsos. «Has recibido el primer trato de cuerda; habrá otros... ¿En qué pensabas, antes de que te dejasen caer desde allá arriba?» Alzó los ojos para medir la altura desde la que le habían dejado caer: cuatro varas, o quizá algo menos.

—¿Y bien? —preguntó el juez Artale.

—Nada —respondió Di Blasi—, no tengo nada que agregar a lo que he declarado hasta este momento. Por mi culpa las personas que habéis arrestado se han visto involucradas en una conspiración de la que

ni siquiera conocían los objetivos. Y no hay más conjurados... Comprendo que ha sido una locura y estoy hondamente apenado al ver que, por mi culpa, hay quienes deben sufrir... Yo he sacado partido de la fe que ellos pusieron en mí, de su ignorancia.

—De acuerdo, era una locura —asintió el juez—. Pero no hasta tal punto. No puede creer que vuestra esperanza de éxito estuviese fundada en una decena de personas: sin duda, habrá otras, a las que no queréis denunciar que, quizá entre las sombras, actuaban por encima de vosotros... ¿Y los franceses? Por parte del gobierno francés ha de haber existido una promesa, una garantía...

—Jamás he tenido relaciones, ni siquiera vagas, con ningún agente francés. Jamás he conocido a ninguno ni tampoco ahora conozco a nadie... Yo era el jefe de la conjuración y sólo he logrado engañar a esas pocas personas que habéis arrestado... Siento mucho que vosotros no lo creáis así: significará una mera pérdida de tiempo.

—También yo lo siento —dijo el juez.

Una vez más rechinó la polea. Amorfo, sin color, el cuerpo floreció en un desgarró. «No enceguezcas mi mente», rogó. Lo decía a la umbría naturaleza de la sangre, del árbol, de la piedra, al sombrío Dios.

«Los jueces que creen en la *tortura* saben que hay maleficios que la vuelven inútil: *multi reperentur qui habent aliquas incantationes ut multos habui in fortibus in diuersis locis et officijs* (1). Pero no saben que esas fórmulas no son otra cosa que el pensamiento; la magia, en el fondo, no es sino pensamiento que aún no se revela como tal frente a sí mismo; que aún no se revela o que no se revelará jamás.»

(1) Se hallarán muchos conocedores de ciertas fórmulas de encantamiento, como muchos que he visto en situaciones extremas, en distintos lugares y oficios.

Vea, una vez más, las cabezas de los jueces, por debajo de sus pies, detrás de la mesa y los papeles. «Debes pensar, si quieres resistir, debes pensar... Casi dos siglos atrás aplicaron el tormento de la cuerda a Antonio Veneziano: *recibió siete ratos de cuerda y resistió*. Debes resistir tú también. Era un poeta, de complejión más delicada que la tuya, más endeble: y *resistió*... Por unas octavillas contra el virrey. En cambio, tú eres reo de Estado... Recuerda alguna octavilla de Veneziano, repítela... No puedo, no puedo.» Un espasmo anuló la distancia que había logrado establecer hablándose a sí mismo como si se tratara de otra persona: el verdugo le había aplicado un tirón. Se dijo: «Ahora te arrojarán al suelo: no te descuides.» Pero cayó con un gemido.

El juez Artale se puso de pie. Se apartó de la mesa y giró en torno a Di Blasi; se detuvo a su lado. Se le consideraba un buen hombre, un juez humano. Que un reo resistiese a la tortura le parecía una ofensa a su sensibilidad, un torpe gesto de repudio a la piedad que él ofrecía incluso a los acusados. Con ira, preguntó:

—¿Os habían anunciado la llegada del coronel Ranza?

—¿El coronel Ranza? ¿Quién es?

—Lo sabéis muy bien. Y, por fortuna, también nosotros lo hemos sabido.

—Jamás había oído ese nombre... Según vos, ¿quién debía anunciarme su llegada?

—Vuestros amigos, aquellos que forman parte del Comité de Salud Pública. El coronel Ranza es uno de los agentes de esos individuos. Hemos sabido que su viaje a Sicilia tenía por objeto establecer contacto con vos.

—Pues sabéis más que yo —dijo Di Blasi.

El juez volvió a su asiento. Suspiró.

—Posemos otros medios —dijo—, no me obliguéis a recurrir a ellos... No me obliguéis.

—Los conozco: la vigilia, el fuego... Los conozco. La estupidez humana ha alcanzado en este campo una extraordinaria inventiva. Lo sé muy bien. Y de ningún modo he concebido la esperanza de que me aborréis esas torturas. Podría suceder que lograrais que admitiese que yo aguardaba a ese coronel Ranza con los brazos abiertos. Aunque espero que no, no estoy en condiciones de excluir esa posibilidad, considerando los tormentos que me prometéis... Pero en estos instantes, en estos instantes de tregua, quiero aseguráros sobre mi palabra, de hombre a hombre, que jamás he sentido nombrar en mi presencia al coronel Ranza.

—¿De hombre a hombre? —se horrorizó el juez. Con una mano temblorosa hizo girar la pequeña clepsidra que se hallaba sobre su mesa. Para el verdugo, ésa era la señal del comienzo del tercer trato de cuerda.

XIII

El abate Vella recibió la noticia del arresto del abogado Di Blasi de boca de su sobrina. Mientras fregaba vasijas y cazos en la cocina u ordenaba las pocas cosas que había por ordenar, la mujer solía transmitirle la crónica de sucesos de la ciudad. Por lo común, distraído en otros pensamientos, el abate no la oía. Sólo de tanto en tanto registraba alguna frase de aquel monólogo interminable. Una frase o un nombre. Si la curiosidad le agujoneaba, hacía alguna pregunta. Así ocurrió aquel día.

—...y a la cabeza de la banda estaba un abogado, don Francesco Paolo Di Blasi —oyó el abate: fue como si, durante el paseo, su pie hubiese movido una moneda entre el polvo, alguna partícula de un material brillante.

—¿Qué banda? ¿Qué tiene que ver el abogado Di Blasi?

—Se había puesto al frente de una pandilla que no conoce ni a Dios ni a sus santos, y tenían intenciones de robar los tesoros de las iglesias hoy, justamente, porque los sepulcros están cubiertos con todos sus adornos... Pero los han arrestado.

—¿Al abogado Di Blasi? No puede ser. ¿Quién te ha contado semejantes tonterías?

—Toda Palermo habla del caso y es verdad, como el Evangelio. Y Nino, que como sabe vuestra señoría puede hacer un periódico con las cosas que pasan, me ha dicho que el abogado está preso en Castellammare y que ya le han aplicado tres tratos de cuerda.

Nino era el marido de la sobrina de Vella. Gracias a que el abate mantenía a la familia, se dedicaba con exclusividad a recoger noticias entre los cocheros, sacristanes y guardias de portales, durante sus asiduas incursiones en lugares de prostitución y tabernas.

—No puede ser, no puede ser... A Nino tú lo conoces mejor que yo y sabes que es capaz de cambiar vejigas por linternas: especialmente cuando se ha metido en el cuerpo sus buenos cuartillos de vino.

—Pero lo dicen todos.

—Vaya, cuéntame con pelos y señales todo lo que hayas escuchado por allí.

A su modo, la sobrina de Vella relató lo que había ocurrido; a su modo y al modo de monseñor López y Royo. El abate no se convenció por completo, si

bien no podía menos que admitir que algo de verdad había en todo eso.

Al atardecer, obtuvo del mensajero de monseñor Airoldi un relato mucho más coherente que el de la mujer, en la forma, pero igualmente increíble en el aspecto conceptual. Fuera como fuese, resultaba cierto que el abogado Di Blasi se hallaba en arresto. El disgusto que experimentó el abate Vella le hizo pensar que era su deber comunicarse con los familiares, para manifestar así su solidaridad y sentimientos amistosos. Por primera vez en su vida se encontraba como efectivo partícipe de las amarguras de otros. Era una debilidad, una concesión, pero en ese caso particular no le causaba pesadumbre que así fuese, si bien se advertía a sí mismo que, en el futuro, habría de abstenerse de relaciones que implicasen tales sentimientos. «Oh, no hay peligro de que ocurra», se dijo, «ahora te hallas solo como un perro», pero no hizo una tragedia de la comprobación, pues tenía fiereza suficiente para dominar con calma el paisaje de su propia soledad.

Llamó un carruaje y se hizo llevar al monasterio de San Martino. Era una tarde de luces cambiantes: las nubes oscuras se teñían, por momentos, con los rayos del rojo sol poniente. Los árboles se estremecían. El abate Vella, supersticioso, pensaba: «Tiempo de Semana Santa», mientras repasaba en su mente la forma en que se habían precipitado aquellos hechos dolorosos, aquellas desgracias.

Cuando preguntó en la portería del convento por los hermanos Di Blasi, por los padres Giovanni y Salvatore, entre los legos se produjeron intencionados cambios de miradas y de murmullos. Luego de muchos sí y tantos otros quizá, uno de ellos se decidió a ir a ver si... Después de largo rato, el lego regresó para anunciar al abate que el padre Salva-

tore, el padre Salvatore solo, lo aguardaba en la biblioteca; el padre Giovanni, pobrecillo, no se encontraba en condiciones de recibir a nadie.

«Ay, ay, la biblioteca —pensó el abate. Revivió por un instante la escena que había dado nacimiento a todo el embrollo: el embajador de Marruecos inclinado sobre el códice, monseñor Airoldi en ansiosa expectativa de la respuesta—. Quizá el padre Salvatore lo hace adrede, esto de recibirme en la biblioteca: el lugar del delito... Pero no puede ser, han de pasarle otras cosas por la cabeza.»

El padre Salvatore estaba dedicado a su trabajo. Se puso de pie y salió al encuentro de Vella. Sin hablar se estrecharon las manos. El monje hizo señas a su visitante para que tomara asiento y él mismo se sentó.

—Tal vez os causo una molestia —dijo el abate—, pero no he podido, tan pronto como he sabido la noticia, dejar de venir a veros, porque yo por vuestro sobrino ..

—Lo sé, lo sé —interrumpió el padre Salvatore. Vella creyó advertir una vibración de impaciencia en la voz del benedictino.

—Un hombre provisto de una inteligencia y un corazón como pocos tienen. Y no creo en nada de todo aquello que se vocifera por las calles de la ciudad: aquello del saqueo a las iglesias y el robo de los tesoros de los Sepulcros... Hablillas de malvados, de gente que no conocía a vuestro sobrino o que está interesada sólo en habladurías.

—Tenéis razón. No creo que jamás se hubiese rebajado a tanto, aunque, vos comprenderéis, en la pandilla podía haber individuos de otro parecer. Pero él no, no lo creo... Pero lo concreto es que tenía un plan aún peor: quería subvertir el orden, proclamar la república... ¡La república, Jesús, la república!

—Pero...

—Ahora experimentáis horror, jamás se os había figurado que pudiese concebir semejante plan... Os comprendo, hasta diría que os apruebo, si la sangre que me liga a él, la memoria de mi pobre hermana... —sacó un pañuelo para enjugarse los ojos—. Ah, sí, también vos tenéis derecho a sentir os horrorizado, *también vos*.

«Este es el primer golpe», pensó el abate y dijo:

—No; no me siento con derecho a juzgarlo y mucho menos con derecho a horrorizarme... Os aseguro que si hace unos momentos me sentía perplejo y lleno de incredulidad, ahora veo claro: no he creído a vuestro sobrino capaz de tramar el saqueo de las iglesias, pero si me decís que preparaba una revolución...

—¿No os asombra?

—No.

—Comprendo... Siempre sucede así: los familiares son los últimos en pecatarse de la locura de un allegado, sobre todo si se trata de una locura que crece con lentitud. Al vivir en contacto constante, nadie advierte en las caras de los demás los estragos de la vejez... Parecía un joven sano de juicio y, en cambio, estaba loco, loco...

—Me habéis entendido mal. He querido decir que la república era su idea más firme y que por ende no me asombra que haya intentado llevarla a la práctica.

—Ah —respondió el monje, entrecerrando los ojos para escrutar el rostro del abate, que se mantenía imparable.

—Cuando más —continuó el abate, luego de un largo silencio— se podrá discutir, en vista del fin que ha tenido, si el momento era oportuno, la fuerza

suficiente, y si la prudencia había llegado a su justa medida. Es decir que se podrá argumentar que, en el significado que comúnmente se le atribuye a la palabra, era una locura esa conspiración. Pero de aquí a decir que vuestro sobrino está loco, hay una gran distancia.

—Ah... ¿acaso vos también participáis de sus ideas? La revolución, la república...

—Para mí, república y monarquía son el mismo caldo, la misma superchería. Que haya reyes, cónsules, dictadores o como demonios se llamen, me importa tanto como el curso de los astros, y tal vez menos... En cuanto a la revolución, os lo confieso, mis sentimientos son distintos; aquello de sal de aquí que yo me pondré en tu lugar, me agrada... ¿qué he de hacerle...? Los poderosos deben meterse en una cueva y los miserables festejan sus triunfos...

—... Caen muchas cabezas —agregó con aguda ironía el benedictino.

—Pues, sí, alguna... —reconoció el abate sin alterarse: le parecía ser un jovencuelo que demostrase su despecho—. Alguna; ¿para qué sirve una cabeza que no razona?

—Pues no se diría que sois del todo indiferente a la forma del Estado, a las maneras de gobernar y a las personas que lo hacen. Si hacéis distingos, distingos que se relacionan con el filo mismo de la guillotina, entre las cabezas que razonan y las que no razonan, está claro que preferiríais ser gobernado por las que razonan, por aquellas que *según vos* razonan, previa caída, me figuro, de las cabezas que no razonan —y la voz del padre Salvatore temblaba de indignación.

—Ya —respondió el abate—, quizá tenéis razón... Por cierto que jamás he reflexionado acerca de estas cosas... Pues sí, tenéis razón, de verdad.

El benedictino sorprendió en su mente un pensamiento que, por la forma cruda en que estaba enunciado, le obligaría a pedir de modo expreso perdón a Dios en la oración de esa noche. «Este me toca las pelotas», pensó. Pero se equivocaba: el abate estaba realmente estupefacto al descubrir su interés en cosas que siempre había considerado lejanas e incluso repugnantes. En esa clase de estupor, sobre todo en los últimos tiempos, más de una vez se había sumergido el abate Vella, ya fuese a través de las conversaciones de los demás o en la soledad fértil de pensamientos. Uno de sus recuerdos de infancia era la parábola que explicaba lo que le ocurría. De niño, cuando había comenzado a asistir al catecismo, en los bancos del oratorio se hincaba junto a sus compañeros, alegres como pájaros. Al cabo de una semana, al pasarle el peine por la cabeza que empezaba a sufrir escozores, su madre le había descubierto piojos entre el pelo. La comprobación de su madre, mujer a quien la miseria no impedía un culto casi exagerado por la limpieza (y por cierto que el abate poco había heredado de ella en ese aspecto), seguía viva en sus oídos, en su conciencia: «Te han contagiado los piojosos», con un tono que era a la vez acusador y de advertencia. Los piojos del catecismo. Y ahora los piojos de la razón. Pero bien pronto, como de costumbre, alejó de sí la imagen, el recuerdo y la parábola: un pecado contra el catecismo, un pecado contra la amistad.

Se había distraído. Advirtió que el benedictino le dirigía una mirada inquisitiva, maligna. Se sintió intimidado, confuso. Casi como una disculpa, dijo:

—Pues así es: no piensas en ciertas cosas y después, de pronto, te las encuentras delante.

—Es que tenéis entre manos otros problemas —comentó el padre Salvatore con acritud.

Su gusto adolescente por el desprecio volvió a aflorar para hacerle responder:

—Oh, sí: todo aquel bendito trabajo de falsificación de los códices...

—¿Y me lo decís así?

—¿Cómo queréis que os lo diga? Es la verdad.

—¿Sabéis que, por loco que estuviese, mi sobrino fue el primero en sospechar de vuestro embrollo?

—¿De verdad? ¿Cuándo?

—La noche del día en que vos destruisteis a Hager, exactamente en ese día.

—Me llena de placer saberlo —respondió el abate—. Me llena de placer, realmente.

XIV

«Cuando hablan de sus pies, los campesinos dicen las peores groserías... ahora también tú puedes decirlos, y con razón.»

Tendido sobre la rústica mesa, se miraba en escorzo los pies, que sobresalían de la madera, no porque la mesa fuera corta, sino porque se había extendido para no tocarla con ellos, con esos pies informes como terrones adheridos a los arbustos desarraigados, sanguinolentos terrones de carne cubierta de coágulos. Y despedían un hedor de grasa quemada, de cosa putrefacta.

Pero, al mirarlos en esa posición, tendido sobre la mesa, entre sus ojos y los pies le parecía extenderse una distancia irreal y su dolor mismo se le antojaba distante. Pensaba en aquellos gusanos que viven enterrados en lugares húmedos: cortados en

dos, cada una de las partes sigue con vida; del mismo modo, sentía que una parte de su cuerpo estaba viva por el dolor, la otra por la mente.

Pero el hombre no es un gusano y también sus pies pertenecen a la mente: cuando los jueces lo llamaran a su presencia una vez más, debería reconquistar esa parte de su cuerpo ahora tan lejana, casi viviseccionada de sí, debería ordenar a sus pies que se posaran en tierra, que se moviesen. Delante de los jueces serían sus pies los responsables de expresar la serenidad y la fuerza de la mente. Esos pies que por siete veces, *cual suole il fiammeggiar delle cose unte*, habían sufrido tortura. El decimonoveno canto del *Inferno* le había ayudado a soportar; también otros versos de Dante, de Ariosto, de Metastasio eran formas de aquel maldificio en el que creían, y no sin razón, los jueces. También lo habían ayudado los juristas de la tortura, Farinaccio y Marsili, porque había rescatado de su memoria las definiciones establecidas por ellos, sus absurdos criterios. Después de haber sufrido cinco tratos de cuerda, cuarenta y ocho horas de vigilia y siete veces el fuego, con mucha mayor conciencia podía afirmar que aquellos que habían concebido la tortura y aquellos que la habían sostenido y la sostenían eran estúpidos, gente que del hombre y de su propio carácter humano tenían la misma idea que puede tener el conejo salvaje o una liebre al respecto. Acosados por el hombre, por su propio carácter de humanos, estúpidamente se vengaban a través de la *tortura*: el jurista, el juez, el verdugo. «Quizá el verdugo no, quizá el verdugo, por ser considerado inmundicia, del ejercicio de la crueldad, obtiene al menos un mínimo elemento humano: la conciencia de ser inundo de veras.»

Tenía fiebre. Y una sed desesperada. De tanto en tanto miraba la vasija del agua, pero no se movía;

no se movería hasta que los jueces lo volvieran a convocar a su presencia. Más atroz que la sed que lo abrasaba sería poner los pies en el suelo, y puesto que los demás no estaban presentes, ahorrraba sus fuerzas. Los demás. Los esbirros, los jueces, el verdugo. Pero también su madre ahora pertenecía al mundo de los demás, «al mundo en que se camina, en el que se posan en tierra los pies sin sentir dolores lacerantes». La tortura había dado forma absoluta a su soledad. Los demás hasta en eso se diferenciaban: eran capaces de andar sobre sus pies. Hasta su madre, desgarrada como se hallaba por la pena de los sufrimientos del hijo, tenía en común con quienes le aplicaban tortura, la posibilidad de moverse del lecho a la silla, de una habitación a otra. Y la veía así, agobiada en la casa silenciosa y oscura: imagen de la *soledad* (1), «como la Virgen que está en la iglesia de los españoles; nosotros la llamamos *Addolorata* (2), los españoles la llaman Virgen de la *soledad*: para ellos el dolor y el luto son soledad... Pero la soledad de mi madre no es la mía; el dolor físico, la mutilación o la disminución corporal otorgan a la soledad un matiz absoluto, cortan hasta aquellos tenues hilos que logramos mantener entre nosotros y los demás, aun en medio del más profundo dolor del alma... Has dicho alma... ¿Aún puedes pensar en el alma, aunque la tortura te haya demostrado que el cuerpo lo es todo? Tu cuerpo ha resistido, no tu alma. Tu mente que es cuerpo. Y tu cuerpo, tu mente, dentro de poco... *Mas tú y ello juntamente en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada...* Otro poeta: uno de los que no eran tus predilectos. Pero ahora todos lo son; eres como el borracho, que ya no distingue la calidad

(1) En castellano en el original.

(2) Dolorosa.

de los vinos. Ahora amas la vida como jamás la has sabido amarla. Ahora sabes qué es el agua, la nieve, el limón, cada fruto, cada hoja: como si estuvieses dentro de ellos, como si te hubieras transformado en su esencia». Eran las imágenes de su deseo, de la fiebre: las cerezas que estarían comenzando a madurar entre el verde intenso del follaje, las naranjas que dejaban de ser abundantes y tenían un sabor más dulce y fuerte, como si se convirtieran en pasas. Y los limones, los limones y la nieve: los vasos empañados por el hielo, el perfume penetrante... Veía el claustro de San Giovanni de los Eremitas, los frutos tan pesados y abundantes que, para impedir que cayesen de los árboles, estaban sostenidos por sutiles redes. El claustro de San Giovanni, la iglesia, las cúpulas rojas, los enormes árboles con su fragante carga. «No los verás más.» Las cúpulas rojas. Los árabes. El abate Vella. «A su modo, ha renunciado a la impostura de la vida: con alegría... No a la impostura de la vida: a la impostura que se alberga en la vida... No, en la vida no... Pero sí, también en la vida...» Los pensamientos se le confundían en las llamaradas de la fiebre. «También la tuya ha sido una impostura, una trágica impostura.» Por mucho que divagara, siempre iba a dar al recuerdo de aquellos a quienes había arrastrado a la conjuración; con piedad, con remordimiento, recordaba a quienes lo habían acusado ante los jueces. Quienes habían *soportado* pertenecían, como él, a la dignidad humana. Giulio Tinaglia, Benedetto La Villa, Bernardo Palumbo. Hubiera sido injusto experimentar piedad por ellos, sentir remordimientos por su suerte. El cabo Palumbo. Su entereza, su silencio, su desprecio hacia los jueces; quién sabe de dónde le venían, de qué anteriores experiencias. Se lamentaba de no haberle conocido mejor, de no saber

nada de su vida; ni siquiera recordaba quién lo había introducido en la conjuración, no recordaba el tono de su voz: un hombre sombrío, taciturno. «Algunas veces has llegado a sospechar de él, porque era tan cerrado, porque era un cabo: peor que un soldado, pensabas. En cambio...»

Pero los otros, eran los otros la causa de su tormento: aquellos que habían tenido miedo, que temblaban, que imploraban, que acusaban.

«Es inútil que busques amparo en tu soledad. No es cierto que te halles solo: estás entre ellos, su vileza te sirve de compañía. Porque si son viles, es por tu causa. Y cuando tengan conciencia de sus actos, se despreciarán... Pero ya no puedes hacer por ellos más que lo que has hecho durante los interrogatorios. Lo único que puedes esperar es que les apliquen un castigo más leve o, tal vez, que los absuelvan... ¿Por qué no? ¿Por qué podrían condenarlos?» Comenzó a desarrollar con toda lucidez la defensa de sus delatores, hasta que un sopor doloroso y helado se abatió sobre él.

En su sueño continuaba reuniendo ecos y detalles.

XV

El barón Fisichella, que cumplía funciones de correveidile entre el abate Vella y monseñor Airoldi, llegó a casa del abate a primera hora de la mañana. Era una visita por sorpresa, puesto que el barón, en general, se presentaba por la tarde, jadeante, sudado, confuso. Sus primeras palabras fueron de

advertencia: traía malas noticias y fue lo único que dijo antes de declarar lisa y llanamente:

—Os arrestarán, antes de la noche os arrestarán. El abate se mantuvo impassible.

—Monseñor lo lamenta mucho, está amargado... Es que de verdad no se lo esperaba.

—Yo sí me lo esperaba —dijo el abate.

—Pero, hijo de Dios, ¿no podíais haberos marchado a cualquier parte? ¿No podíais ocultaros?

—No me apetece moverme, me encuentro fatigado... Además, aunque creáis que estoy loco, os aseguro que tengo deseos de ver cómo terminará todo esto.

—Pero eso podría decirlo yo, que estoy fuera del asunto: veamos cómo termina este embrollo, veamos cómo se las apaña el abate Vella... Pero vos estáis metido hasta aquí —con el canto de sus dedos señaló una línea sobre el labio inferior, para indicar el nivel de las aguas en las que el abate estaba a punto de ahogarse, sin remedio.

Sin visible preocupación, el abate se encogió de hombros.

—No os comprendo —dijo el barón—, palabra de honor: no os comprendo.

—Tampoco yo —respondió el abate.

—Pero... la cárcel... ¿no os impresiona? ¿No os provoca terror?

—Me faltaba esa experiencia.

—A mí me falta la experiencia... Excusadme, he estado a punto de deciros una atrocidad... Vaya, sí, me falta la experiencia... Vos me comprendéis... ¿Y qué? ¿Me dejo...?

—Comprendo lo que queréis decir: esa experiencia que os falta no es propia del hombre... Pero la cárcel sí, la cárcel es propia del hombre. Casi os aseguraría que está dentro mismo de él.

—Ya, ya, ya —exclamó el barón, como si estuviese practicando un ejercicio de solfeo. Entretanto, pensaba: «A éste mejor será dejarle solo: está loco de remate.» Se puso de pie.

—¿Me creéis loco? —preguntó el abate.

—Oh, no, ni en sueños... Oídmelo bien, esto que os diré es el último pedido y la última advertencia de monseñor Airoidi: manteneos firme en cuanto al código de San Martino, afirmad que no lo habéis corrompido, que lo habéis traducido con puntos y comas y haced lo que os plazca en cuanto al *Archivo de Egipto*, que es falso o que no lo es, como os apetezca... Aunque confesarais que es falso, no os faltaría manera de justificaros, de atenuar vuestra culpa. Podríais decir que el *Archivo de Egipto* ha nacido de los vientos que soplaban, para servir de apoyo a aquello que Caracciolo y Simonetti intentaban establecer; incluso podríais decir que ellos os sugirieron componerlo, en forma velada o directa, como os parezca más plausible... Manteneos firme en esta actitud, en una palabra, y monseñor no dejará de ayudaros.

—Lo veremos —dijo el abate.

—¿Conocéis el dicho? «Ayúdate que Dios te ayudará.» En este caso, ayudándoos pondréis a monseñor en condicione de ayudaros.

—Lo veremos —repitió el abate.

Se saludaron. Vella permaneció en la parte superior de la escalera mientras el barón descendía. Antes de llegar al portal, el barón se volvió para un último saludo.

—Excusadme —dijo el abate—, había olvidado de preguntaros por Francesco Paolo Di Blasi. ¿Sabéis alguna nueva?

—Nada. Sólo que está cocido.

—¿Cocido?

—No ha querido hablar: le han aplicado el fuego, ya comprendéis...

—¿Y ha hablado?

—No. Pero ahora todos los elementos están en poder de los jueces, el proceso comenzará mañana... Le apretarán la mano, será un ejemplo que todos tendrán presente —se llevó la mano al cuello para describir el ejemplo: la horca.

—¿Es cosa segura?

—Oh, por cierto —respondió el barón.

Luego de un breve saludo con la mano, Fisichella atravesó el portal.

El abate regresó a su asiento delante de la ventana. Allí permanecía durante horas y horas, como un paralítico.

La ferocidad de las leyes, la existencia de la tortura, las atroces sentencias y su ejecución, de las que hasta había sido espectador alguna vez, jamás habían turbado sus sentimientos. Los consideraba hechos naturales o, si lo pensaba con más cuidado, obras de corrección de la naturaleza, similares y tan necesarias como la poda de las vides y el escamondo de los olivos. Sabía de la existencia de un libro contra la tortura y la pena de muerte. Su autor se llamaba Beccaria. Y sabía de la existencia de ese libro porque precisamente en esos días, monseñor López había ordenado el secuestro de todos los ejemplares. También conocía las ideas de Di Blasi acerca del tema. Pero son tantas las bellas ideas que marchan por el mundo; y sin embargo, el curso de las cosas es distinto, violento y desesperado. No obstante, en ese momento, al figurarse a una persona que conocía, a un hombre por quien experimentaba estima y afecto, desgarrado por la tortura y destinado a la horca, de pronto sentía la infamia de vivir dentro de un mundo en el que la tortura y la horca

perteneían a la ley, a la justicia. Lo sentía como un malestar físico, como una náusea que precede al vómito. «Me apetece leer el libro de Beccaria; sin duda monseñor Airoidi lo tiene... Pero están a punto de arrestarme: quizá ni siquiera me permitan leer libros no condenados... Quién sabe si me encerrarán en la Vicaría o en Castellammare; he olvidado de preguntarlo al barón; tal vez en Castellammare, monseñor Airoidi habrá interpuesto su palabra.» La cárcel no le producía temor, había caído en un estado de completa indiferencia ante las comodidades y placeres de la vida. En cambio, se le imponía, poderoso, el deseo de brindar al mundo la revelación de la impostura, de la fantasía que, como luminosa prueba de sí, había creado el *Archivo de Sicilia* y el *Archivo de Egipto*. Se había encabritado en su mente el hombre de letras, había vencido al impostor. Como uno de aquellos caballos negros de Malta, brillantes, briosos, lo arrastraba por el polvo, con el pie enganchado en el estribo.

Además, se había habituado a estar en la compañía de sus pensamientos. Examinaba los hechos de la vida, el pasado y el presente para extraer de ellos sentimientos y significados, como en otro tiempo extraía de los sueños de los otros los números de la lotería. «La vida es un sueño, de verdad; el hombre quiere tener conciencia de ella y sólo logra inventar cábalas. Cada época tiene su cábala, cada hombre la suya... Y del sueño que es la vida hacemos constelaciones de números: dentro de la rueda de Dios o dentro de la rueda de la razón... Y, al fin y a la postre, es más fácil obtener un quintero en la rueda de la razón que en la de Dios: el sueño de un quintero dentro del sueño de la vida...»

Su antiguo oficio de *numerista* de barrio le facilitaba las palabras necesarias para expresar, siquiera en forma aproximada, su cábala. Una cábala apenas

delineada, que se diluía y desembocaba en la superstición.

También estaban allí los recuerdos. Dentro del sueño del presente ahora soñaba el pasado. Veía la isla de Malta, recortada sobre el horizonte marino, envuelta en la dorada niebla del recuerdo. La imagen brincaba dentro de sus ojos como en la lente de un largavista, como en su corazón. Los campanarios afilados como minarettes, las chatas casas blancas, los miradores. Desde los bastiones de la ciudad vieja se perdía la mirada sobre los campos extendidos entre Siggeui y Zebbug: casi amarillas las espigas del grano mallorquín, de intenso verde la hierba naciente, el rojo alegre de la sulla florecida, el blanco reticulado de las hormazas. «*Issa yibda l-gisemin.*» Comenzaban a florecer los jazmineros. Su aroma cubría calles y terrazos. Los viejos disfrutaban, sentados en los cómodos sillones de mimbre; fumaban sus pipas, tomaban rapé. Las mujeres hilaban algodón, hacían sus tejidos delicados en los pequeños telares. Algún joven ocioso ensayaba acordes en su guitarra, iniciaba motivos que quedaban suspensos, vibrando en el aire absorto. Luego, al atardecer, las guitarras se encendían como grillos, mientras desde el puerto llegaba el canto de los marineros sicilianos, griegos, catalanes, genoveses: esencia de lejanía, de nostalgias. Esos marineros que, en sus cuentos de borrachos, desplegaban el mundo como si fuera un abanico. Ellos le habían revelado la vasta y diversa aventura que ofrecen los lugares al hombre, aun al más miserable; le habían dicho que sólo en la marcha de un lugar a otro es posible para el pobre gozar las alegrías de la vida. Alguna vez había sorprendido a esos hombres en los rincones oscuros del paseo marítimo, abrazados con las venus del lugar, venus deformadas y de carnes abundantes, como aquellas prehistóricas, que luego ha-

bían de tomar su nombre en Malta. Los marineros le habían revelado la existencia de la mujer: asco y ebriedad de donde habrían de hacer sus ardientes curiosidades en *voyages* con respecto de los hechos eróticos. Precisamente así, a partir de la mujer, había dado inicio a su falsificación del mundo: de lo que en ella veía, entreveía o adivinaba, obtuvo los elementos necesarios para entregarse por entero a una fantasía inagotable que, con los años, alcanzara la perfección.

A través de la mujer, a través de la fantasía que se había forjado acerca de la mujer, llegó a aquella fantasía del mundo árabe, hacia la que lo impulsaban el dialecto y las costumbres de su tierra, el oscuro latir de su sangre. «Sólo las cosas de la fantasía son bellas, y también el recuerdo es fantasía... Malta no es más que una tierra pobre y amarga, la gente sigue siendo bárbara, como antes de la llegada de San Pablo... Pero, a través del mar, admite la fantasía de asomarse a la fábula del mundo musulmán y a la del cristiano: tal como lo he hecho yo, como he sabido hacerlo... Otros pensarían en la historia; yo he pensado en la fábula...»

XVI

Eran ya las dos de la madrugada, cuando llegó al lugar de reunión de la plaza Marina, tal vez enviada por alguno de los jueces y escrita en el revés de un pliego. La sentencia salía de un proceso que se había desarrollado a puertas cerradas; soldados con la bayoneta calada habían impedido incluso la formación de pequeños grupos frente al Tribunal. Se

sabía, sin embargo, que la sesión dedicada a la sentencia había sido extensísima, desde las dos de la tarde hasta las diez de la noche, en razón de las esforzadas arengas de los abogados Paolo y Gaspare Leone, defensores de Di Blasi, y Felice Firraloro, defensor de los demás acusados. Palabras perdidas, claro está. Pero, sobre todo, los Leone, por tratarse de la defensa de un colega, se habían esforzado.

Del pliego se apoderó el marqués de Villabianca: todos le reconocían el derecho, puesto que necesitaba la noticia para su periódico. Comenzó a leerla en voz alta:

—*Iste Franciscus Paulus Di Blasi decapitetur absque pompa, et ante executionem sententiae torqueatur tamquam cadaver in capite alieno ad uocandos complices, et isti Iulius Tinaglia, Benedictus La Villa et Bernardus Palumbo suspendatur in iurcis altioribus donec eorum anima e corpore separetur, et executio pro omnibus fiat in planitie diuae Theresiae extra Portam Nouam...* (1).

El resto de la sentencia se perdió entre los comentarios que ahogaron la voz del marqués de Villabianca, entre preguntas y explicaciones. Todos se sentían satisfechos, pero no por la ejemplaridad de la sentencia, que no podría haber sido distinta para delito semejante y dada la necesidad de demostrar a los jacobinos y a la plebe el poder del Estado. Estaban satisfechos porque el tribunal había concedido la decapitación a Di Blasi, un hombre que, a pesar de todo, pertenecía a la clase alta y de

(1) Se ordena que Francesco Paolo Di Blasi sea decapitado sin pompa, y que antes de la ejecución de la sentencia sea torturado casi hasta la muerte, a fin de que nombre a sus cómplices, y que Giulio Tinaglia, Benedetto La Villa y Bernardo Palumbo sean colgados en la horca hasta tanto se separe su alma de sus cuerpos, y que la ejecución pública sea cumplida en la plaza de Santa Teresa, junto a la Puerta Nueva...

ese modo quedaba diferenciado de sus cómplices que sufrirían la horca.

Los sirvientes dibujaban, entre las mesas, un desenfadado mosaico al servir granizados, bebidas heladas y casatas. En cada caso, mentalmente, ofrecían los refrigerios acompañados por un «refréscate los cuernos» o «refréscate la...», según se tratara de un gentilhombre o de una dama. Luego, en la cocina, donde otros sirvientes se afanaban en torno a las botellas y los botes de helado, se perdían en comentarios rápidos y ocurentes acerca de la satisfacción de sus amos.

—Se sienten felices porque en lugar de ahorcarle le cortarán la cabeza.

—Nosotros les servimos los granizados, ellos se los toman... La horca para nosotros, el hacha para ellos.

—¿Y qué quieres darles a cambio? La satisfacción de hacerse cortar la cabeza...

—Es como comparar un plato de carne con un plato de simples alubias.

—No, no es cuestión de vitaminas, es nada más que una cuestión de clase.

—Clase ¡qué va...! Por mi parte, preferiría saber que mi cuerpo permanecerá entero; sólo pensar que mi cadáver está cortado en dos dentro de la tumba me haría sentir malo.

—¿Cómo pensarías eso?

—Lo pensaría con el alma.

—El alma no tiene pensamientos: se asa en el fuego del infierno y mira.

—¿Qué mira?

—Las burradas de los vivos... O la nada que es la nada.

—Pero con el hacha te mueres en seguida: hasta en eso, ellos se llevan la mejor parte.

—Y se quedan sin cabeza.

El mismo problema, si la guillotina, más allá de cualquier distinción, era mejor que la horca, se debatía entre la condesa de Regalpetra, don Saverio Zarbo y el marqués de Villanova.

—Decíme lo que os plazca, pero la cabeza, santo Dios, la cabeza... —decía el marqués tocándose la garganta, como si quisiera comprobar que su cabeza se mantenía unida a su tronco.

—Jamás hubiera creído que os importara tanto —dijo don Saverio, que tenía el vicio de zaherir a sus interlocutores.

—A él le importaba —observó la condesa.

—Y esto es lo que ha ganado gracias a la cabeza —repuso el marqués.

—¿Sabéis qué pienso? —dijo don Saverio—. Que él, como dice la condesa —y acentuó el pronombre para aludir a las antiguas relaciones entre la condesa y Di Blasi— que él sufrirá el castigo más duro por esta diferencia que ha hecho el Tribunal... Creía en la igualdad, luchaba por ella y he aquí que lo condenan a la decapitación y a sus compañeros, a la horca.

—Pues aun desde ese punto de vista, la sentencia es justísima: en casos como éste, la pena debe representar el reverso de las ideas de las que se halle culpable al individuo —aseguró el marqués.

—Ya —asintió don Saverio.

—Quién sabe en qué piensa en estos momentos: ha de estar sumido en el abatimiento... Le tengo compasión y creo que esta noche no podré cerrar un ojo —dijo la condesa.

—Pues sí que os creo —respondió don Saverio.

—¿Sabéis qué os aconsejo? Una infusión de cogollos de lechuga, una taza, una buena taza de esa

infusión y dormiréis como un ángel —aseguró el marqués.

—¿De verdad? Pero la infusión de lechuga debe ser de mal sabor, no creo que sea capaz de beberme una taza entera.

—Agregadle unas gotas de limón —aconsejó don Saverio.

XVII

Cada día le visitaba el padre Teresi. Tal vez una atención pedida por monseñor Airoidi, pero que no suscitaba el agradecimiento del abate Vella. Sabía que, en su carácter de capellán de la cárcel de Castellammare, Teresi era espía de monseñor López y Royo y, aunque es verdad que perro no come perro, Vella experimentaba un vago fastidio al verlo, tan dulce la expresión de su rostro como la de una persona que llevara el corazón en la mano, y a la cual se le podría entregar la propia vida. Pero después de diecisiete días de cárcel, el fastidio comenzaba a debilitarse, convertido en hábito. Además, Teresi estaba dispuesto siempre a hacerle algún favor.

De boca de ese hombre supo el abate Vella que Di Blasi había sido condenado a muerte y que la sentencia sería ejecutada en la mañana del día siguiente.

—A menos que —agregó Teresi— sea falso el proverbio que dice que verdugo jamás falta.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—Ha ocurrido que el ilustre Di Martino se ha caído de lo alto de una horca, mientras la estaba

montando en el llano de Santa Teresa y ahora se halla en el Hospital Mayor: no le ha quedado un hueso entero en todo el cuerpo.

—Es una señal del destino —comentó el abate.

—Pues del destino, nada... Di Martino ya tiene años, sus fuerzas ya no corren parejas con su celo. Ahora está necesitado de alguna ayuda...

—Sin él, no será posible ejecutar la sentencia.

—Tal vez sea preciso aplazarla durante algunas horas o un día. Pero encontrarán otro verdugo dispuesto para el caso, que no os quepa duda.

—Querría pedir os un favor —dijo el abate.

—En cuanto a lo que se halle a mi alcance, consideradme a vuestra disposición, como un hermano.

—Os lo agradezco... Pues, quería saludar al abogado Di Blasi.

—Esto, y os lo digo como a un hermano, no es posible: está rodeado por una vigilancia que mete miedo.

«Dale con aquello de hermano», pensó el abate antes de decir en voz alta:

—Pero vos lo veis, habláis con él... ¿No soy sacerdote yo también?

—Pero el caso no es el mismo.

«Lo sé: tú eres espía.» Pero repuso:

—Comprendo... Pero cuando menos podréis llevarle mis saludos, decirle...

—¿Qué? —preguntó Teresi; la súbita ansiedad de que el abate Vella revelara algo interesante, que luego pudiese transmitir a monseñor López, le hizo vibrar las orejas.

—Decirle... Pues... que estoy arrepentido de lo que he hecho... Me refiero a los códices, como comprenderéis... Sí, arrepentido, y que deseo que él lo sepa. Y que... No, nada más: que estoy arrepentido y que lo saludo.

—¿Qué es? ¿Vuestro confesor?

—No, no es por... Es un asunto muy complicado ¿me entendéis? Sería una complicación maldita explicarlo...

«Es algo tan complicado —se dijo— que ni siquiera es verdad que esté arrepentido. Pero no trato de engañarlo al hacerle saber mi arrepentimiento. Tampoco lo hago para confortarlo, porque en el fondo a él no le importa un bledo de mí y de mis códices, y menos en este momento. Es que...»

—Se lo diré. Aún hay algo más que puedo hacer: dentro de poco le llevarán de aquí, para aplicarle tortura y...

—¿Más tortura?

—Así lo dice la sentencia: *torqueatur tamquam cadaver in capite alieno ad uocandos complices...* Vos podríais anticipar vuestro paseo por el terrazo del alcázar... yo hablaré con los guardias. Si os apostáis sobre el lado que da sobre el patio mayor, le veréis mientras se dirija al carruaje. Le diré que vos estaréis en el terrazo y que alce los ojos por un momento. Iré de inmediato.

—Os quedaré muy agradecido —dijo el abate—. Y no olvidéis decirle lo que os he transmitido.

Un cuarto de hora más tarde los guardias fueron en busca de Vella para acompañarle en el paseo. La luz del sol enceguecía. El abate sintió un ligero vahído. Luego le pareció que se había convertido en un cuerpo libre y flotante como la bandera flordelizada que sobre su cabeza flameaba y batía según las ráfagas que llegaban desde el mar. En el patio mayor, negro como una cucaracha sobre la grava luminosa, aguardaba el carruaje.

El abate abrió su breviario: fingía leer, con los ojos fijos en el carruaje. Y se decía que lo que estaba haciendo era estúpido, hasta ridículo: como todas las cosas dictadas por el sentimiento, cosas que sólo

en el ámbito del sentimiento tienen significado y que, en cambio, son grotescas en la realidad.

Pero estaba de verdad ansioso y conmovido, con todo su ser vibrante en la espera.

Tal vez no había transcurrido más que media hora: cuatro soldados atravesaron el patio en dirección al carruaje. Por detrás de ellos, con el paso lento, vacilante, en medio de otros dos soldados marchaba Francesco Paolo Di Blasi. Por la distancia, por la oblicuidad de los rayos del sol, esas figuras que se movían en el patio parecían aplastadas, no más altas que sus propias sombras. Cuando estuvo junto al carruaje, ante la portezuela que un soldado mantenía abierta, Di Blasi pareció recuperar su estatura. Giró, alzó la cabeza hacia el alcázar. Luego se quitó el sombrero, con una leve inclinación. Por un segundo el abate se sintió presa del espanto y del horror: el hombre que lo saludaba desde allá abajo tenía los cabellos blancos. El negro de sus ropas, el negro del carruaje y de la sombra otorgaban a esas canas una blancura espantosa.

El abate no lograba distinguir las líneas del rostro, pero por debajo de esos cabellos blancos, le parecieron exhaustas, reseacas. Respondió al saludo agitando el breviario. Di Blasi desapareció dentro del carruaje. El atónito silencio suspendido se quebró con la voz del cochero; las ruedas rechinaron sobre la grava.

—Dios mío —murmuró el abate—. Dios, Dios mío.

Jamás se había hallado frente a la vida tan colmada de horror. Recordaba ciertos relatos de fantasmas malignos, de personas que ante su repentina aparición encanecían de pronto. En Di Blasi había visto cómo un hombre vivo se transformaba en fantasma maligno.

Teresi, que algunos minutos más tarde subió a

llevarle la respuesta de Di Blasi, lo encontró apoyado sobre el parapeto, en total estado de abandono: pálido, los ojos desorbitados y perdidos.

—¿Os encontráis mal? —preguntó.

—El sol —respondió el abate—, el sol me ha producido una alucinación. Me duele la cabeza.

—Bajemos —aconsejó Teresi, antes de cogerle del brazo, con solicitud.

«Tal vez haya sido el sol de verdad», pensó el abate Vella. Quería liberarse de aquella visión tremenda, de aquel recuerdo estremecedor. Tenía miedo. Ni siquiera le interesaba saber si el capellán había llevado su mensaje a Di Blasi.

Pero Teresi le comunicó:

—Le he dicho lo que vos me habéis pedido que le dijera.

El abate le dirigió una mirada fija y vacía.

El capellán Teresi siguió transmitiendo las palabras del condenado a muerte:

—Me ha respondido que la vida tiene tantas imposturas que la vuestra, al menos, posee el mérito de ser alegre y también, en cierto sentido, así me lo ha dicho, útil. Y que admira vuestra fantasía.

—¿Así os lo ha dicho?

—Exactamente... Y que os augura que retornéis pronto a la libertad y que os saluda.

—¿Habéis dicho que todavía lo someterán a tortura?

—Sí, creo que será sólo *pro forma*, sin embargo. Tiene los pies reducidos como pasas y el médico ha dicho que sería peligroso aplicarle el fuego nuevamente... Y... ¿qué os estaba diciendo hace unos pocos minutos? La sentencia será cumplida mañana, a la hora establecida. Entre los presos de la Vicaría se ha pedido por un verdugo voluntario, interino.

Se han presentado más de veinte. Han elegido a uno que parece un buey, de veras; tenía que cumplir condena de dieciséis años. No le parece cierto que se los hayan perdonado... Oh, sí, los dichos de los antiguos siempre resultan verdaderos; verdugo jamás falta.

XVIII

Se quitó los zapatos y el alivio que experimentó fue como la inspiración de quien emerge del agua para retomar fuerzas y volver a sumergirse: debía desprender las calzas de la sangre y del pus que rezumaban sus pies y debía hacerlo de un tirón, con terrible decisión de la voluntad y de la mano.

Los jueces se volvieron de espaldas, para no verle, e hicieron como que se consultaban acerca de algo. Hasta los esbirros desviaron sus miradas hacia otro lugar: hacia las ventanas, hacia el techo. Cuando lo miraron otra vez, Di Blasi ya no llevaba las calzas y de sus pies fluía un líquido viscoso y oscuro.

—De prisa —dijo uno de los jueces. El hedor de aquella putrefacción, mezclado con el olor de la grasa fundida, le producía náuseas.

La grasa fundida, hirviendo, sería el elemento de tortura en esta ocasión. Lo sería en lugar del fuego, que según la opinión del médico ahora no podría ser soportado por el reo.

—Os será aplicada la mínima tortura, sólo para cumplir con la forma de la sentencia —dijo el presidente.

—Os lo agradezco —respondió Di Blasi.

—El médico se ha opuesto a cualquier otra cosa —aclaró el presidente: se negaba a aceptar el agradecimiento de un reo de Estado.

En una vasija burbujeaba la grasa, ya líquida.

El pesado olor de cocina en la cámara de torturas le distraía un tanto del feroz dolor. Había algo grotesco, ridículo en aquellos hombres, esbirros y jueces, que se movían en derredor de la grasa que se fundía, tal como las mujeres que, en la cocina, luego de la matanza del cerdo, preparan el unto.

Por unos instantes se perdió en el recuerdo: de niño se acercaba a la cocina, en los días en que se fundía la grasa, para comer los chicharrones que tanto le apetecían. La cocina amplia, en la que marmitas y cazos de cobre, en medio de la humosa oscuridad, parecían pequeños soles crepusculares. Hacía años que no entraba en la cocina y que no comía chicharrones: sabor e imagen que permanecían ligados a la infancia.

Pero en el recuerdo, inquieto y doliente, se intensó el pensamiento de que los jueces y los esbirros también habían tenido una infancia, que quizá también en ellos ese olor hacía brotar el recuerdo de una lejana felicidad o las ansias de una quietud doméstica, el pensamiento de que, dentro de pocas horas, el desagrado por el oficio que cumplían se iría a sumergir en las dulces nieblas familiares: es decir, el desagrado de torturar a un semejante.

Dentro de pocas horas comerían y dormirían, jugarían con sus niños, harían el amor. Se sentirían preocupados por el constipado de su hijo o por el muermo del perro. La puesta de sol, el vuelo de las golondrinas, el perfume de los jardines les provocarían un estado melancólico o jubiloso. Y ahora estaban asistiendo a la tortura.

«Esto no le debe ocurrir a un hombre», pensó y también se dijo que jamás ocurriría un hecho tal

en el mundo luminoso de la razón. (La desesperación le hubiese acompañado en sus últimas horas de vida si tan sólo hubiera presentado que, en aquel futuro que veía lleno de luz, pueblos enteros se entregarían a torturar a otros pueblos; que hombres conocedores de la cultura y de la música, ejemplares en el amor a su familia y respetuosos de la vida de los animales, habrían de destruir a millones de otros seres humanos, con método implacable, con una ferroz ciencia de la tortura; y que hasta los más directos herederos de la razón habrían de plantear nuevamente la *tortura* en el mundo: no como elemento del derecho, como al menos ocurría en ese instante en que él la sufría, sino como elemento de la existencia, sin más ni más.)

—Sobre las llagas no —ordenó el juez al esbirro que se había ofrecido para sustituir al pobre Di Martino.

El pobre Di Martino, en ese momento, estaba gimiendo en el Hospital Mayor, sin que médicos ni enfermeros le echasen siquiera una mirada, tendido sobre un colchón de paja que habían arrojado en el suelo: como un perro, peor que un perro.

El esbirro se había ofrecido porque se trataba de algo que se pondría en práctica para salvar apariencias; y esperaba que no se supiese que lo había hecho, porque a la infamia de ser esbirro, se sumaría la de verdugo. Por ello se había forjado el propósito de hacer sufrir al reo de modo de poder decir, con la conciencia limpia y con el testimonio de los colegas presentes, que se había ofrecido para cumplir con ese servicio para no hacerle padecer, porque consideraba que en manos de cualquier otro tendría que haber sufrido. Todo lo cual, si se lo piensa bien, es la justificación que muchos esgrimen para apoyar su vocación o profesión de torturadores. Fuera como

fuese, en esa ocasión demostró tener mano ligera: alzó hasta una buena altura esa especie de cafetera, para que el líquido que cayera tuviese tiempo de enfriarse un poco en el aire. La inclinó lentamente, de modo que cayese una gota tras otra, casi a la altura de los tobillos, donde las llagas y heridas no eran visibles aún.

Di Blasi estaba tan habituado al dolor que sólo sentía débiles punzadas, como las de una aguja. Y no se extendió por más de un minuto.

Cuando el presidente dijo «basta», su cuerpo dejó de existir para los jueces. Su alma quedaba entregada a la confortación de la cofradía de los Blancos.

Lo llevaron, pues, al barrio militar de San Giacomo, en el que estaban situadas las tres iglesias de la Maddalena, de San Paolo y de San Giacomo. En razón de que esta última era la principal, fue destinada para la confortación del principal reo. El cabo Palumbo fue recibido en la de San Paolo, Tinaglia y La Villa en la de la Maddalena.

Para los caballeros de la Orden de los Blancos había sido importante elegir a la persona adecuada. Con el fin de confortar las últimas horas de Francesco Paolo Di Blasi, había sido elegido don Francesco Barlotta, príncipe de San Giuseppe: era el hombre exacto para esa función, puesto que después de veinticuatro horas en su compañía hasta la muerte tendría que tomar el aspecto de una solución. Pero Di Blasi no quería entregarse a la muerte como si fuese una solución. Conocía muy bien al príncipe de San Giuseppe y, espantado ante la perspectiva de una conversación acerca de las cosas eternas con un hombre como aquél, después de haber cambiado algunas fórmulas de cortesía, como las que podrían haberse dicho al encontrarse en un paseo o en un salón, Di Blasi dijo que debía escribir algunas cosas,

que era su deseo volcar en el papel voluntades y sentimientos que esas horas extremas le sugerían. En realidad no tenía nada que escribir. Hubiera preferido pasar esas horas en soledad.

A punto de comenzar a exponer los temas preparados para confortar al condenado, el príncipe experimentó una cierta desilusión. Se había preparado con empeño. Había leído *El idiota*, en una edición vulgarizada por el príncipe de Butera, y puesto que corría el mes de mayo, había recorrido las páginas de un grueso volumen de *Hebdomadarias Marianas*. Supuso que frente a un individuo que había sido asiduo lector de libros, y tan perverso en su criminalidad, debería apelar a temas de indiscutible doctrina, de verdad radiosa. Hacían al caso, pues, los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos de María Santísima. Pero en vista de que Di Blasi se apartó para escribir, el príncipe no tuvo otra cosa que hacer sino orar por él. En un libro que al efecto había llevado consigo, comenzó a leer plegarias de misericordia, de buena muerte y de salvación.

A su vez, Di Blasi sentía que no le era posible y que tampoco debía escribir las cosas verdaderas y profundas que se agitaban en su interior, de modo que comenzó a escribir versos.

La idea que por esa época se había impuesto, permitía que la poesía fuese vehículo de pensamientos no verdaderos, hasta mentirosos.

Hoy, la idea acerca de la poesía no consiente tal cosa, aunque quizá así lo acepta la poesía misma.

XIX

El Señor Dios, que ve en el corazón de cada una de Sus criaturas, ve y juzga el mío por la forma en que Le elevo mis plegarias. Pero sobre todo Le pido que conserve largamente el bien de este Reino y que a Vuestra Sacra Real Majestad con la Real Consorte y la Real Familia conserve y colme de felicidad.

—El bien de este Reino —sonrió con malicia el abate Vella. Dejó a un lado la pluma, esparció un poco de arenilla sobre el folio—. Está hecho; monseñor Airoldi, por fin, se sentirá tranquilo.

Sopló la arena, ordenó los folios de la carta. Releyó. El pasaje más hermoso de la carta era aquél en que, negando la falsedad, la admitía con sutileza: *Es preciso, pues, admitir que si yo no hubiese hecho más que adivinar o fantasear, no se podía haber adivinado con más justeza ni fantaseado con más vigor; y también ha de ser admitido que el creador de obras tan singulares, me permito decirlo, habría sido digno de una fama muy distinta a la del traductor modesto de dos códices árabes...*

Lejanas y espaciadas, las campanas doblaron a muerto. El abate se hizo el signo de la cruz, pidió luz eterna para Francesco Paolo Di Blasi. «Dentro de poco estará en el mundo de la verdad», pensó. Pero, para turbarlo, se le ocurrió el pensamiento de que el mundo de la verdad fuese éste, el de los hombres vivos, de la historia, de los libros.

Con igual pensamiento, pero más fuerte en sus raíces, más seguro, Di Blasi subía al cadalso en esos momentos.

La plaza estaba casi desierta; sólo se habían acercado los fanáticos, aquellos que al término de la ejecución, tan pronto como eran alejados los cadáveres, solían arrojarse sobre lo que quedaba para apoderarse de unas cuerdas o cualquier otra reliquia del *ajusticiamiento* que habían presenciado y gozado; luego, a modo de precaución, se fabricarían un homeopático amuleto contra la horca a la que se sentían destinados. Entre los grupos escasos de personas sucias y harapientas, bien vestido, rozagante y peinado, se movía de aquí para allá el doctor Hager.

«Esta gente quiere saberlo todo, verlo todo y termina por no ver las cosas esenciales, las cosas que cuentan... En su diario relatará mi decapitación, pero no escribirá una palabra acerca de las causas de mi condena.»

Recordó aquel día de primavera, en Monreale, donde había acompañado a ese escritor, Goethe. Hombre que se conmovía ante un tiesto de Selinonte, ante una moneda de Siracusa: en Monreale se había mostrado impenetrable, casi fastidiado.

El cadalso estaba cubierto de negro, estaban aprestados los negros velones que serían encendidos en torno a su cadáver. Habían preparado una muerte adecuada a su rango. Allí estaba el sirviente de librea, la librea de luto de su familia, que sostenía entre sus manos una jofaina de plata, dentro de la cual caería su cabeza. Era el sirviente más joven. Quién sabe por qué juego de persuasión o de prepotencia los otros sirvientes habían logrado que ese triste deber recayera en el joven: tenía los ojos llenos de lágrimas, se estremecía en un temblor como de frío.

«Ni siquiera mi madre ha sabido comprenderme, ni siquiera ella ha sabido escuchar la voz de mi corazón, si ha enviado a este pobre muchacho con

su librea y su jofaina de plata y los velones negros.»

Se acercó al sirviente y le puso una mano en el hombro:

—Cuando llegue el momento —le dijo—, cierra los ojos.

El muchacho asintió con la cabeza. Di Blasi le volvió la espalda; temía que estallara en un llanto sin consuelo.

Estaba frente al verdugo: un hombre robusto que, sin embargo, en aquel momento parecía retraído en sí mismo, intimidado, nervioso. Se llamaba Calogero Gagliano, era un cabrero de Girgenti que ya había matado a un hombre, y le parecía que no había nada malo en matar a otros y menos aún si lo hacía en nombre de la justicia y pensando en la condena de dieciséis años de cárcel que debía cumplir. En los tres hombres que debía ahorcar no pensaba. Sólo le producía cierto temor el hecho de que se hallaba a punto de cortar la cabeza de un señor, de un abogado. Por todo ello, se acercó a su víctima:

—Vuestra excelencia me perdone.

—Piensa en tu libertad —lo reconfortó el conde-

nado.

El príncipe de San Giuseppe le acercó la venda de seda blanca; luego, por debajo de su capucha blanca, comenzó a murmurar sus oraciones, casi en contrapunto con los tonos más agudos del capellán.

Di Blasi hizo girar una última mirada sobre la plaza. Allí estaba Hager, atento como si tuviese que descifrar un folio del código de San Martino.

Los espectadores hicieron la señal de la cruz. También el verdugo se persignó y comenzó a orar. Oraba a su Dios, al Dios de las cabras y el mal de ojo, para que le diese mano firme al cortar la cuerda, para que la guillotina cayera bien.

Su súplica fue escuchada.

Este libro se terminó de imprimir
el día 29 de julio de 1985
en los talleres de Lito Ediciones Olimpia, S. A.
Sevilla 109, 03300 México, D. F.
y fué encuadernado por Encuadernación Progreso, S. A.
Municipio Libre No. 188, 03300 México, D. F.
Se tiraron 4,500 ejemplares